

MARYSE CONDÉ

Tierra mezclada

II

Traducción de Martha Asunción Alonso





MARYSE CONDÉ

TIERRA MEZCLADA

Traducción del francés a cargo de Martha Asunción Alonso

IMPEDIMENTA

To Amy and Madeleine

SOLO

Jamás terminaré de remontar este río, de nadar a contracorriente. A mi alrededor, las aguas centelleantes, tranquilas en apariencia, pero en realidad animadas por una fuerza invisible, sibilina, dispuesta a destruirlo todo. En la orilla, los niños y las niñas de la escuela. Han venido para admirar el barco y asistir a mi partida furtiva, sin honor. Me han querido muchísimo estas criaturas. El maestro que me precedió las trataba con rudeza, pegándoles y castigándolas de pie durante horas, bajo el sol, en el patio desierto donde únicamente se alza un maltrecho *rônier*.^[1] Ciertamente es que el hombre llevaba meses sin cobrar. Las mujeres se desternillaban al verlo pasar con aquellas gafotas negras, el pantalón raído y unas sandalias con las suelas tan desgastadas que parecía ir descalzo. Se alimentaba a base de arroz con leche sin azúcar, pues el azúcar viene de muy lejos y resulta caro y difícil de conseguir; de beber, tomaba tan solo té a la menta. De manera que nadie lamentó que se largara por donde había venido. Un tío suyo que tenía contactos en la capital le consiguió un puesto en un ministerio. Cuando se marchó, todos exclamaron: «¡Tanta paz lleve como descanso deja!».

A mí me quisieron enseguida, tanto las criaturas como sus respectivas familias. Nunca se preguntaron qué diantres hacía yo tan

lejos de mi tierra. Cuando se celebraban bautizos y bodas me enviaban leche infusionada con menta y buñuelos de limón con jengibre. En los funerales me unía a los lamentos de las demás mujeres. Todo terminó con la irrupción de Solo[2] en mi vida. Era de esperar, supongo, que semejante felicidad no estuviera destinada a durar. Llevo remando a contracorriente desde el vientre de mi madre.

Mi madre se llamaba Solitude.[3] ¡Bonito nombre para una mujer cuyo corazón y cuya cama jamás estuvieron vacíos! Poco después de la Segunda Guerra Mundial, tuvo un hijo al que llamó José, fruto de su relación con un maestro que le hacía constantes promesas de matrimonio pero que no terminaba de decidirse a pasar por la vicaría. José tenía tres meses cuando el maestro se unió a la Disidencia. Cierta general se negó a aceptar la derrota de Francia y miles de jóvenes antillanos se sumaron a su causa, marchándose a participar en un combate que no les incumbía en absoluto. El maestro le suplicó a mi madre que lo esperara y pospuso la boda hasta su regreso del frente. Pero fueron pasando los años, los aliados ganaron la guerra y regresaron los últimos combatientes. Ni rastro del maestro. Presa de la desesperanza, mi madre cayó en las redes del hijo bastardo de un joyero italiano, dueño de una tienda en la Rue Frébault. Yo soy fruto de aquella unión, que no sobrevivió a mi nacimiento. Tenía apenas dos años cuando el maestro por fin regresó. Había aprovechado su estancia en Francia para proseguir sus estudios, matricularse en la Facultad de Derecho y convertirse en abogado. Al enterarse de la «traición» de mi madre, montó en cólera y se negó en redondo a casarse con ella. Y así fue como me convertí en el principal obstáculo entre mi madre y la felicidad, mi madre y la respetabilidad, mi madre y el ansiado ascenso social. Después de mí, aún tuvo media docena de hijos con su maestro

reconvertido en abogado. Pero, como este terminó casándose por todo lo alto con una mulata de la ciudad, jamás los reconoció.

Demasiadas criaturas malqueridas han contado ya sus historias. No es preciso que venga yo ahora y añada mi relato a los suyos. Me limitaré a decir que, por lo menos, conté con una salvadora: mi madrina, la hermanastra de mi padre, cuyo prometido había muerto en esa dichosa Segunda Guerra Mundial que tanto marcaría mi destino. Se llamaba Réza. Era pura y bella. Al menos, así es como yo la veo. Vivía en el cerro de Massabielle, en una casita baja pintada de verde. Murió de fiebre tifoidea cuando yo tenía diecisiete años. A partir de entonces, nada —excepto mi hermano José— me unía ya a aquella isla donde solamente Réza había encarnado, para mí, algo de calor y generosidad. Una mañana de septiembre desembarqué en Burdeos con el propósito de cursar estudios superiores. Durante meses, formé parte del triste batallón de los estudiantes sin hogar, sin dinero y sin amor. A pesar de eso, o tal vez precisamente por eso, aprobé los exámenes sin el menor esfuerzo. Con mi título de maestra en el bolsillo, solo albergaba un deseo: poner la mayor distancia posible —el océano más vasto y las tierras más lejanas— entre mi madre y yo. José me escribía que su cabello comenzaba a encanecer, que su andar se ralentizaba y que pronunciaba mi nombre con un tono imbuido de algo muy similar al remordimiento. Aun así, escribí a todos los ministerios. Un buen día me respondieron. Me proponían un contrato para enseñar en un pueblo perdido de la nueva República de T.

El amor es una costumbre. Algo que a ciertos seres humanos se les inculca desde la más tierna infancia, como la limpieza. El cariño que recibí en cuanto llegué a aquel pueblecito, en el fondo, me resultaba una forma de tortura: no estaba acostumbrada. Alababan mi inteligencia, mientras que yo me consideraba de lo más

mediocre. Celebraban incluso mi mutismo y mi torpeza. No me reconocía en absoluto en su mirada.

Todos los sábados había mercado en el pueblo. Los granjeros recorrían largas distancias para vender el poco ganado que quedaba tras la gran sequía: camellos de ojos hermosos, vacas de largos cuernos, ovejas de pelaje blanco. Las mujeres vendían aves de corral, leche fermentada y dátiles. Con la espalda apoyada contra los árboles de karité, los *sukunabe*^[4] se sentaban sobre pieles de cabra y disponían a su alrededor toda suerte de polvos, hojas, talismanes y amuletos. A veces, alguno de ellos, con gesto inspirado, lanzaba a lo lejos un puñado de cauríes y sacudía la cabeza misteriosamente. La magia —¿procede emplear esta palabra?— siempre me ha fascinado, pues mi madrina Réza la practicaba. Prefería el viernes, día del Espíritu, pero pasaba consulta a diario en una habitación de su casa, siempre herméticamente cerrada. Cuando me asomaba a hurtadillas, veía en las paredes un sinfín de imágenes de santos, la Virgen y Jesucristo, desnudo y sanguinolento. Había un altar con velas, lamparitas de aceite, cuencos de barro, botellas. El suelo estaba repleto de dibujos trazados con tiza. Flotaba en el aire el aroma del incienso, y yo me imaginaba cómo serían aquellas largas y benéficas sesiones: cómo mi madrina tomaba entre sus manos las cabezas doloridas y cargadas de males, reminiscencias, desesperanza; cómo las rociaba con agua lustral y las calmaba.

Una mañana, al acercarme al recinto del mercado, divisé un corro de niños. Rodeaban a un hombre joven, ataviado tan solo con un taparrabos harapiento y cubierto de polvo. Largos mechones de cabello enrojecidos por el sol y enmarañados como rastas le caían sobre los hombros. Miraba fijamente un punto en el vacío con aire de iluminado. Algunas mujeres se arrodillaban para dejarle calabazas con comida. Un niño me explicó:

—¡Es Solo! Cuando termina de comerse el arroz que le damos aquí, se marcha a otro pueblo. Y después vuelve.

—¿Qué le pasa?

—Nada, que está loco.

La imagen de Solo me persiguió durante todo el día. Quienes busquen explicaciones realistas dirán que me sedujo su rostro hermoso, la curvatura de su torso y sus piernas largas. Y quizá tengan parte de razón. Hasta entonces, no me había atrevido a mirar a ningún hombre, por miedo a tener que asfixiar mi amor una vez más. Pero aquel no podía rechazarme. Al ocaso, salí de la cabaña elevada donde vivía, algo apartada del pueblo, y regresé al mercado. Allí estaba Solo, inmóvil, envuelto en polvo, rodeado de las calabazas con arroz. Me siguió sin resistencia. Yo había encendido el fuego y calentado agua con un par de bolas de alcanfor y un puñado de hierbas olorosas para inducir el sueño. Lo bañé. Le lavé el pelo con pulpa de nuez de palma. Le embadurné los miembros con manteca de karité. Lo vestí con una túnica de percal blanca. Lo tumbé sobre una esterilla. Seguía dormido cuando me marché a la escuela. En el pueblo solo se hablaba de su desaparición. ¿Dónde se habría metido? ¿Habría remontado el río hasta la ciudad de la desembocadura? En cualquier caso, era un mal presagio. Alguien debía de haberlo enfadado o asustado. Alguien debía de haber perturbado sus rutinas y, por consiguiente, el orden de las cosas. Cuando les preguntaban al respecto, los *sukunabe* no sabían qué responder.

No me detendré demasiado en la paciencia y los cuidados que necesité para curar a Solo. Se convirtió en mi única obsesión. Empecé a desatender mis clases, que hasta entonces me llenaban por completo. Las preparaba de cualquier manera, con prisas y desgana. Las puertas de mi casa dejaron de estar siempre abiertas.

Me enclaustré hasta que, al cabo de no pocos meses, conseguí arrancarle al silencio de Solo alguna palabra, algún recuerdo a las brumas de su memoria. Y, un buen día, comenzó a contarme su historia.

Su madre, Nafaya, era hija del mozo de cuadra del palacio real. Cuando la nueva república derrocó la monarquía, su padre quedó reducido a un paria. Para mantener a su familia, Nafaya se puso a vender buñuelos de arroz con miel. Una noche, un rico comerciante que estaba de paso por la ciudad, fingiendo interés en comprarle toda su mercancía, la llevó al campamento donde se alojaba y la sedujo. Se marchó al amanecer, aunque enseguida sintió remordimientos y, en un intento por reparar su honor, envió al mozo de cuadra un canasto repleto de nueces de cola y 20 000 francos. Nueve meses después, Nafaya dio a luz a un niño a quien llamó Solo. Se negó a amamantarlo. Lo que nadie sabía es que mantenía una relación con un primo que, por aquel entonces, andaba en China estudiando las mejores técnicas para sembrar arroz, construir diques de protección y reconducir el río para irrigar el valle y devolverle su verdor. A su regreso, el primo montó en cólera y la abandonó.

El inicio de su historia se parecía tanto a la mía que, inevitablemente, quedé fascinada. Sin embargo, hube de esperar bastantes días para escuchar el resto.

A diferencia de mi madre, Nafaya sí llegó a pasar por el altar. Se casó con un campesino pobre. Pero sus tres primeros hijos murieron uno tras otro durante el parto.

Consultó a varios *sukunabe* y le explicaron que Solo, el bastardo, maldecía a los recién nacidos para que no hubiera hijos legítimos en la familia. Había que deshacerse de él. De manera que lo mandaron a casa de un pariente que se encargaría de liberarlo del mal que

llevaba dentro.

Quienes no están acostumbrados a la felicidad no saben cómo manejarla. Al cabo de un tiempo, no pueden evitar exponerla a la envidia y la maldad de los hombres para que estos la destruyan, y regresar así a su condición primera: la de excluidos. Porque, al fin y al cabo, la exclusión tiene su gracia.

Podríamos haber vivido felices en la clandestinidad de no ser porque, un buen día, Solo decidió reaparecer por el pueblo. Se acercaba la fiesta del cordero. Quería hacerse una chilaba de brocado para ir a la mezquita. Puesto que había recobrado la salud y se sentía como cualquier otro hombre, aspiraba a vivir como uno más. No me opuse. Durante meses había sido plenamente feliz. Por fin había podido entregar los tesoros que guardaba en mi corazón. Mi cuerpo, tierra fértil que hasta entonces nadie había sembrado, se transformó por completo. Descubrí el placer, las noches demasiado cortas y los días marcados por la impaciencia del deseo.

Llegó la fiesta y salimos a plena luz del día. Bajamos por la senda del río, rebautizada como Allée de l'Indépendance, y entramos al pueblo por la Porte Océane. Al principio, lo que más sorprendió fue verme en compañía de un hombre. ¿De dónde vendría? ¿De muy lejos, como yo? ¿Cuándo habría llegado al pueblo? De repente, un niño reconoció a Solo. Estupefacto, corrió a contárselo a su madre, que vendía panecillos de jengibre cerca de la Porte Sud. Con el ímpetu propio de las mujeres, esta dio un brinco y a punto estuvo de volcar su tenderete. Rodeada por sus compañeras, se precipitó hacia nosotros. Las demás mujeres nos observaban desde la distancia, cuchicheando entre ellas, mientras yo, ingenua, exclamaba:

—¡Sí, es Solo! ¡Es él! ¡Lo he curado!

Al escucharme, también los sastrecillos se levantaron de un brinco. Acudieron a todo correr los vendedores de mantas de lana, collares de ámbar, brazaletes de plata y cobre. Formaron un corro y, en un abrir y cerrar de ojos, nos encontramos en el centro. Aislados. Sospechosos. Excluidos. Otra vez.

Quizá deba abreviar mi relato. De hecho, me resulta demasiado doloroso continuar. Al día siguiente, nadie se acercó a mi puerta. Al ocaso, ninguna pastora vino a regalarme calabazas con leche y alegrar la sombra con su risa. En la noche, hostil de repente, tan solo se escuchaba el croar de las ranas. Cuando fui a la escuela a la mañana siguiente, me la encontré desierta. Esperé en vano varias horas. Después regresé a casa y le expuse la situación a Solo. No dijo nada. Sencillamente, esa misma noche desapareció de mi cama.

Pocos días después, hundida y sin saber qué hacer, recibí un mensaje de la gobernación: debía abandonar el pueblo y presentarme en la capital para ponerme a disposición de la función pública.

Estamos en temporada de lluvias y el río es el único camino. ¿Qué ocultarán sus meandros resplandecientes? Para mí, seguramente nada. Pero llevo en mi interior al hijo de Solo, fruto de nuestras exclusiones cruzadas, por un instante confundidas y transformadas en amor. Debo ser valiente. Por él. Trasplantar sus raíces. Enterrar su cordón umbilical a los pies de un *acoma*[\[5\]](#) real.

Madre y Tierra que nunca me quisisteis: os obligaré a adoptar a esta criatura.

Publicado originalmente en *Le Magazine guadeloupéen*, *Mag Gwa* (Pointe-à-Pitre)

AYISSE

En nuestros países, amenazados por el avance del desierto, acosados por la sequía y la hambruna, a los ingenieros se les reverencia como a señores, y se rodean de verdaderas cortes rurales. Supongo que, en tiempos remotos, antes de la colonización, así se recibía a los emisarios del monarca, encargados de transmitir sus mensajes y anunciar sus decisiones. Absolutamente todo se ponía a su disposición. Se les reservaban las cabañas más espaciosas, decoradas con alfombras y provistas de lechos mullidos.

Estudié en la Universidad de Zagreb y, desde que regresé a mi tierra hace cinco años, soy funcionario del departamento de Agricultura y tengo como misión mejorar la producción de cereales. De manera que recorro el país de norte a sur y de este a oeste, enseñando a nuestros campesinos a edificar diques de protección, a utilizar la carreta y a no sembrar guiándose únicamente por la posición de las estrellas o las fases de la luna. Me paso la mayor parte del tiempo fuera de casa, lejos de mis mujeres e hijos. Sin embargo, me gusta esta vida. No la cambiaría por ninguna otra.

Llegué a T. de noche. El barco que navegaba río abajo se detuvo a varios metros de la orilla y, cada cual con su equipaje, tuvimos que montarnos en dos piraguas. Bajo la luz de la luna se recortaban la

casa del comisario principal, la mezquita, la sede del Partido y las siluetas de nuestros anfitriones, envueltos en sendas mantas de lana, pues hacía más bien fresco en aquella época del año. Semejante espectáculo se me antojó propio de un cuento de hadas, irreal, como si estuviera contemplando el escenario de un teatro con un sinfín de objetos insólitos amontonados que únicamente dejaban entrever sus contornos. Al mismo tiempo, intuí que mi estancia en T. no sería en absoluto banal y estaría marcada por acontecimientos llamados a grabarse en mi memoria. Aunque olvidé enseguida esta corazonada. Tras una noche de reposo, pasé el día inspeccionando las llanuras inundadas a lo largo del río y conversando con los animadores rurales[6] sobre la cría y doma de los bueyes de carga de los campesinos. Poco antes del ocaso, retomé a toda prisa el camino de regreso al pueblo, deseando poder darme un baño. De repente, frente a la farmacia, me crucé con una joven cuyo rostro y cuyos andares me llamaron poderosamente la atención. Le pregunté al conductor del *jeep*:

—¿Quién es...?

—Es Ayissé, una de las hijas del imán.

Yo no soy mujeriego. Me comprometí en la adolescencia con una prima, nos casamos en cuanto regresé a mi país y me ha dado tres hijos. El año pasado, durante un viaje a la Cuarta Región para dirigir la llamada «Operación Arroz», aproveché para visitar a una rama de mi familia materna. Al despedirme, quisieron honrarme regalándome una muchacha y no pude rechazarla. Con el consentimiento de mi esposa, me casé con ella. Ahora está embarazada. Considero que no podría pedirle más a la vida. Y, sin embargo, me pasé la noche entera pensando en Ayissé. ¿Cómo acercarme a ella? La hija de un imán no es una criatura vulgar. Imposible seducirla con un par de billetes o unos metros de algodón percal. ¿Qué podía hacer?

Se me ocurrió entonces visitar a su padre con el pretexto de hablar de religión. Me estuve informando y supe que se trataba de un auténtico sabio, algo fanático y toda una autoridad en materia de libros sagrados. Su reputación trascendía los confines de T.: recibía a numerosos afroamericanos que cruzaban la mar para encontrar sus raíces e interesarse por nuestra fe. Lo encontré en el primer patio de su casa adosada a la mezquita, ambas del mismo color. Era un anciano escuálido que, ataviado con una chilaba de brocado, encarnaba a la perfección el ideal de asceta. Posó sobre mí su mirada penetrante, curiosamente cargada de animosidad.

—¿Así que tú eres el famoso Ismaëla? Nuestros campesinos te han apodado «el Señor de las Energías». ¿No te parece que solo Dios merece semejante nombre...?

Habría podido replicar que, en efecto, me sentía orgulloso de la confianza que los campesinos depositaban en mí; que no me avergonzaba en absoluto de intentar enseñarles que podían ser dueños de su destino, y que la miseria, la sequía y la hambruna no eran producto de la voluntad divina, sino más bien el resultado de un mal aprovechamiento de los recursos naturales. Pero no estaba allí para enzarzarme en una discusión. De manera que me limité a responder:

—¡Vengo a pedir tu bendición, padre, hombre de Dios! ¡No soy más que tu hijo!

Tras pronunciar las palabras rituales, el viejo imán se puso a divagar sobre los drásticos cambios que la gente como yo introducía en las estructuras campesinas tradicionales. Justo cuando pensaba que ya no podía soportar aquel discurso ni un segundo más, Ayissé apareció en el patio. Traía la típica bebida con jengibre que suele ofrecerse a las visitas y, al verla arrodillarse frente a su padre, su belleza me embriagó por completo.

Gacela de bridas celestes

Y perlas como estrellas en la noche de tu piel...

Me subieron a los labios las palabras del poeta. El imán no dejaba de mirarme fijamente, con una mezcla de severidad e ironía. Cuando Ayissé se hubo retirado, me dijo:

—Como parece que aún estarás un par de semanas entre nosotros, podrás asistir a la boda de mi hija con el capitán general del Ejército...

—¿La boda...?

—¡Así es! Hoy en día los hijos e incluso las hijas hacen lo que les viene en gana. Ayissé vino a informarme de su decisión y no tuve más remedio que acceder...

¡El capitán general del Ejército! Llegados a este punto, conviene decir que, en un régimen militar como el nuestro, todo el mundo aborrece al Ejército y a su gran aliada: la Policía. Ambos cuerpos detentan privilegios abusivos, se mofan de las leyes, oprimen a los campesinos y humillan a los intelectuales que no se pliegan a su voluntad. Me perturbaba sobremanera saber que aquel imán — último refugio de la espiritualidad— entregara la mano de su hija al representante de un poder laico, corrupto y depravado. No pegué ojo en toda la noche.

Por la mañana, pedí que me condujeran al Estado Mayor de las Fuerzas Armadas de la región, una imponente construcción de piedra de color ocre enfrente de la gobernación. Miré por la ventana. En el patio, de pie al sol, distinguí a un grupo de hombres y mujeres de diversas edades, cuyos rostros mostraban todos la misma expresión de desesperanza. Le pregunté al secretario:

—¿Quiénes son?

—Campesinos...

—¿Qué están haciendo?

—¡Esperar al capitán general para que les cante las cuarenta! Algunos no han pagado los impuestos. Otros no han entregado a las cooperativas su cuota de cereales. Y también los hay que han intentado hacer contrabando con países vecinos...

Me pareció indignante.

—¿Pero no sabéis de las dificultades que enfrentan esos pobres diablos y sus familias para sobrevivir? ¿Cómo os atrevéis a maltratarlos así?

Mientras hablaba, entró un hombre. Apuesto, no puede negarse, aunque su belleza se me antojó brutal: una barba corta y bien cuidada que le cubría las mejillas; labios violáceos, fuertes y sensuales; ojos ocultos tras unas enormes gafas negras. En resumen, ¡un auténtico *Tonton Macoute*!^[7] Avanzó hacia mí y, con una voz sorprendentemente agradable, me dijo:

—¡Mi tocayo, por fin! Estaba esperando su visita...

¡Tocayo! La idea de que ese hombre odioso se llamara igual que yo me pareció una cruel carambola del destino. Disimulé la rabia que me invadía y lo seguí hasta su despacho. Se desabrochó el cinturón y dejó su revólver sobre el escritorio.

—Me sorprende, tocayo, que no se haya dignado a presentarse antes...

—¿Y por qué debería? El gobernador está al corriente de mi misión.

—¿Acaso no sabe que yo estoy por encima del gobernador? Pero no quiero discutir con usted. Mejor bebamos. Una bebida de hombres, pues me consta que tiene usted lo que hay que tener.

Acto seguido, sacó de un armario dos vasos y una botella de Chivas, y tomó un puñado de hielos de un pequeño refrigerador.

—*On the rocks*, como dicen los ingleses.

Brindé con él.

Debería haber huido de aquel hombre, pues encarnaba todo lo que más odio en este mundo. O, al menos, debería haberle dicho lo que pensaba del régimen al que servía. Pero no hice absolutamente nada porque, detrás de él, entreveía la silueta de Ayissé. Me la imaginaba entre sus brazos. Me resultaba intolerable y, muerto de celos, en lo sucesivo me convertí en la sombra de mi tocayo. Nos volvimos inseparables. Curiosamente, todo lo que iba aprendiendo de él —sus estrechos lazos con el poder, su crueldad hacia los campesinos, las botellas de vino que les exigía a los comerciantes de la ciudad, los tejemanejes y el contrabando que perpetraba impunemente—, en lugar de alejarme, me atraía y me fascinaba aún más. ¿Cómo imaginar una relación amorosa y física entre semejante bárbaro y una joven a quien creía virtuosa y educada en los preceptos de la fe? Una noche, incapaz de contenerme por más tiempo, le confesé a Ismaëla:

—¡Tengo motivos para ofenderme, tocayo! No me ha dicho nada de su inminente boda. He tenido que enterarme por terceros...

Era casi medianoche. Ambos estábamos borrachos como cubas. Aun así, rellenó su copa hasta el borde y murmuró:

—Lo que pasa es que no termino de creerme la suerte que tengo. Temo que todo se tuerza si hablo de ello...

—¡Me sorprende sobremanera su actitud! ¡No lo reconozco!

—¿Cree usted conocerme? ¿Ignora acaso que en el corazón de todo hombre existen zonas vedadas incluso para el mejor de los amigos...?

Tardé una semana entera en conseguir que el capitán general me confiara la historia de su compromiso con Ayissé.

La había conocido tres años antes, nada más llegar a T., y, como

yo mismo y tantos otros, se enamoró al instante. Cuando pidió audiencia con el imán por mediación del gobernador, el primero declaró sin miramientos que jamás le concedería la mano de su hija.

El capitán general se resignó. Entretanto, un afroamericano llegó de California para participar en un programa de desarrollo rural.

—No me malinterprete —me dijo Ismaëla—. Sé que en los Estados Unidos hay musulmanes tan piadosos, creyentes y honestos como en cualquier otra parte. Sé que algunos llevan a cabo un trabajo admirable en las cárceles, ayudando a drogadictos, prostitutas y toda suerte de almas perdidas, e intentando devolver la dignidad a nuestros hermanos. Pero no era el caso de aquel tipo. Me di cuenta enseguida de que era pura fachada, un donnadie, todo cuento. No tardó en fingir que se interesaba por las enseñanzas del imán. Se bautizó con gran fasto y pasó de llamarse Lewis a Ahmed. Cumplía ostentosamente con las cinco oraciones y hablaba de peregrinar a La Meca. El incauto imán le abrió las puertas de su casa. Yo era el único que veía con claridad sus intenciones. Aquel hombre solo anhelaba una cosa: conseguir lo que yo no había logrado y poseer a Ayissé, joya sublime donde las haya. Un día me enteré de la fecha de su boda. Me quise morir. Escribí a mi tío que, como bien sabe usted, es ministro de Interior y pertenece al Consejo de Gobierno, para pedirle que me consiguiera un puesto en alguna embajada en el extranjero. Acto seguido, rompí la carta en mil pedazos, pues tuve la corazonada de que la historia de Ayissé y Ahmed aún no había terminado; de que todavía faltaba un epílogo monstruoso y de que me correspondía un papel importante en él. Un par de semanas antes de la fecha prevista para la boda, Ahmed tomó un avión a California. Según dijo, debía asistir a un coloquio sobre «la unificación de las diferentes corrientes del islam en América». Ya se imagina usted el desenlace, ¿verdad? Nunca

regresó...

En este punto del relato, el capitán general rompió a llorar y volvió a llenarse el vaso de Chivas hasta el borde.

—El mes pasado estuve en Z. Me habían informado de que el jefe del pueblo había injuriado al presidente y se negaba a entregar su cuota de arroz a la cooperativa regional. ¡Créame, bastaron un par de buenos golpes de fusta en la planta de los pies para bajarle los humos! Además, como colofón al castigo, dejé que mis hombres se distrajeran con sus mujeres.

Recordando esto, el capitán general soltó una carcajada; luego recobró la compostura.

—Estaba regresando, dando cabezadas en mi *jeep*, cuando cerca de un pozo vi a un grupo de campesinos que retenía a duras penas a una mujer que gesticulaba y chillaba como una loca. «¿Qué ocurre?», les grité. «Quiere tirarse al pozo, patrón.» Me bajé del coche. A la luz de las antorchas reconocí a...

—¡Ayissé!

—Sí... Era ella. Estaba embarazada de tres meses y, en tanto que hija de un imán, no podía permitirse dar a luz a un bastardo. ¿Qué habría hecho usted en mi lugar?

—¡No lo sé, tocayo, no lo sé!

—Me la llevé a casa. Fue la primera vez que la estreché entre mis brazos. La acuné, la calmé, la dormí. Al día siguiente le supliqué que se casara conmigo. Seré el padre de esa criatura. El mejor padre posible, créame. Lo juro.

Al regresar a casa —y se imaginarán en qué estado me hallaba tras semejante confesión—, me encontré el patio abarrotado de campesinos fuera de sí. Como no habían podido pagar los impuestos ni los préstamos de su material agrícola, los hombres del capitán general les habían embargado sus carretas y sus bestias de carga.

Por si fuera poco, habían detenido a una decena de ellos, acusándolos de ser los cabecillas. Puesto que yo era perfectamente consciente de la miseria que enfrentaban y de sus condiciones de vida, puesto que yo trabajaba con ellos y era además un hombre culto y del nuevo orden, ¿no podría hablar en su nombre y plantarle cara al capitán general? Alzaron hacia mí sus rostros demacrados de ojos hundidos y pieles reseca, resplandecientes de malnutrición. Me lo estaban suplicando. Pero ya no podía hacer nada por ellos. Tras balbucear un par de vagas promesas, los invité a dispersarse. Ahora que sabía que el capitán había ocultado la vergüenza de Ayissé, ¿cómo iba yo a perjudicarlo? Antepuse sin dudar los intereses de una sola mujer frente a los de todo un pueblo. ¿Quién es más despreciable, el capitán o yo? ¿Quién será juzgado con mayor severidad cuando se descubra que, al día siguiente, informé al capitán del descontento campesino que se estaba gestando, ayudándolo así a tomar medidas disuasorias?

Doce días más tarde, se celebró en T. el enlace de Ayissé y el capitán general. No tuve el valor de asistir y regresé a la capital, donde mi segunda esposa acababa de dar a luz a una niña. Mi primera hija: Ayissé...

Fueron pasando los años.

Aunque nunca me olvidé de Ayissé, intenté no pensar más en aquella historia. A finales de la última estación seca, regresé de una estancia en la Sexta Región completamente desanimado. Había sido testigo de demasiado sufrimiento. Me preguntaba si algún día, a pesar de la indiferencia del mundo industrializado, conseguiríamos alimentar a nuestra gente. Mi equipo y yo decidimos pasar la noche en la pequeña localidad de R. Estaban enterrando a un difunto. Nos enteramos de que se trataba del jefe del pueblo, que, incapaz de hacer frente a los préstamos del Estado para la siembra de bancales

de arroz y la instalación de una bomba de agua, había sido convocado ante el comandante jefe de las Fuerzas Armadas de la región y molido a palos. Más que por la paliza, aquel desdichado — que presumía de estar emparentado con el Profeta— había muerto de humillación. Contemplé el miserable montón de carne y huesos bajo la mortaja blanca, todo lo que quedaba de un hombre noble, y sentí cómo la rabia se apoderaba de mí. Salté al volante de mi *jeep* y recorrí como una exhalación los cincuenta kilómetros que nos separaban del centro administrativo de la región.

Me encontré una ciudad exaltante de júbilo. Se celebraba el ascenso del comandante jefe de las Fuerzas Armadas a ministro de Estado para el Desarrollo Rural. Un sinfín de bombillas de colores colgaban de las ramas de los *rôniers*. Había altavoces transmitiendo música *reggae* y la voz de Bob Marley me pareció un auténtico sacrilegio. Irrumpí en la residencia del comandante. No estaba. Me indicaron que lo esperase. Tomé asiento en un salón ricamente amueblado al estilo marroquí: con pufs, divanes y mullidas alfombras de lana. La visión de semejante lujo no hizo sino acrecentar mi cólera. Al cabo de un rato, apareció una mujer. Se me heló la sangre en las venas. Ayissé. La maternidad había redondeado un poco sus formas, pero seguía siendo arrebatadoramente hermosa. Me sonrió.

—Al saber que se trataba de usted, no he podido evitar venir a saludarle. Ismaëla me habla de usted constantemente. ¡Qué contento se va a poner!

Caí en la cuenta de que era la primera vez que escuchaba el sonido de su voz y que me encontraba tan cerca de ella, respirando su perfume. Perdí la cabeza y caí de rodillas a sus pies:

—¡Ayissé, Ayissé! Dime, ¿eres feliz?

—¿Que si soy feliz? A veces mi felicidad me asusta, después de todo lo que he pasado en esta vida. Me he casado con un hombre

delicado, sensible y generoso que se desvive por mí y nuestros hijos. Ya tenemos cuatro...

¿Estaba al corriente de las actividades de su marido? ¿De la reputación que le precedía? ¿De los motivos de su ascenso? ¿Cómo se las arreglaba para desligar la imagen del esposo perfecto y la del vil militar, la del amante y la del verdugo? Me disponía a preguntárselo cuando la puerta se abrió. Ismaëla.

—¡Mi hermano y tocayo! —exclamó—. ¡Dios te envía precisamente en este día de fiesta y orgullo para los míos! Te habrás enterado de mi ascenso, ¿no?

Abrió los brazos. Nos abrazamos. Sí, abracé a aquel asesino. No le hablé del jefe del pueblo cuyo entierro acababa de presenciar. Todo lo contrario. Pasé varias noches bajo su techo. Cuando al fin retomé el camino hacia la capital, lo hice cargado de regalos como muestra de amistad y con la firme promesa de volver a vernos lo antes posible.

Publicado originalmente en *Soleil
éclaté*, antología
de Jacqueline Leiner en homenaje
a Aimé Césaire (Tübingen,
Alemania)

LA CASTAÑA Y EL FRUTIPÁN

Conocí a mi padre a los diez años.

Mi madre nunca pronunció su nombre en mi presencia, y llegué a creer que yo había nacido de su única e inflexible voluntad. Mi madre caminaba con pasos rígidos por el camino recto de la vida y, al parecer, tan solo se desvió una vez: para seguir a aquel hombre sin rostro —mi padre— que logró engatusarla para después devolverla definitivamente al deber y la religión. Era una mujer alta y de una severidad tal que, a mis ojos, carecía de cualquier atractivo. Llevaba la frente estrecha cubierta por un madrás violeta y blanco. El pecho disimulado bajo un vestido negro sin forma. Los pies enfundados en unas zapatillas cuidadosamente blanqueadas con cal. Era lavandera en el hospital de Capesterre, en la isla de Marigalante, y cada mañana se levantaba a las cuatro para ordenar la cabaña, cocinar, lavar, planchar y no sé cuántas cosas más. A las siete menos veinte abría la pesada puerta y gritaba:

—¡Sandra, me voy! ¿Vale?

Vente minutos después, Sandra, nuestra vecina, aporreaba la pared contigua y chillaba:

—¡Étiennise, a levantarse!

Me incorporaba de inmediato sobre el colchón que cada noche

extendía junto a la cama de caoba de mi madre, y contemplaba el rostro sombrío del nuevo día. Los lunes, los martes, los miércoles, los viernes y los sábados se parecían entre sí como gotas de agua. Solo los jueves y los domingos eran algo diferentes, por la catequesis y la misa infantil.

Cuando cumplí diez años, mi madre se agachó y se sentó frente a mí.

—Tu padre morirá como el perro que es. Pero tú debes estudiar en el liceo de Pointe-à-Pitre. No tengo suficiente dinero para pagarte el internado. Tampoco contactos. Así que no me queda más remedio que pedirle ayuda.

Supe entonces, al mismo tiempo, que había aprobado el examen para ingresar en sexto curso, que iba a salir de aquel islote mío que era como una celda y que me marcharía a vivir lejos de mi madre. Experimenté una felicidad tan inmensa que por poco me ahogo. Al principio no pude articular palabra. Pasado un rato, logré fingir un tono apesadumbrado y balbuceé:

—¿Y tú... te vas a quedar aquí tú sola?

La mirada de mi madre dejó claro que mis palabras no la engañaban en absoluto.

Hoy sé por qué creía odiarla: estaba sola.

Jamás un pesado cuerpo de hombre se deslizó bajo las sábanas de su cama, tirantes e impolutas como las de una niña a punto de hacer la primera comunión. Jamás una risa masculina rompió el silencio de sus ocasos grises. ¡Jamás un buen *goumé*^[8] le hizo añicos el corazón al amanecer! Entre sollozos, nuestras vecinas exhibían moratones, bultos, labios partidos que hablaban por igual de dolores y placeres. Mi madre no pescaba ni un resfriado. Se dedicaba, simplemente, a vestir santos.

Por aquel entonces —me refiero a finales de los años cincuenta

—, no sé cuántas almas habría en la pequeña ciudad de Capesterre. Todo en ella parecía dormitar. Los maestros que nos hacían recitar: «El Loira nace en el monte Gerbier-de-Jonc...». Los curas que nos hacían salmodiar: «Dios es uno y trino...». Y el pregonero que anunciaba al son del tambor: «Se hace saber...».

Su único encanto era la mar, mujer demente con ojos de amatista, saltando sobre las rocas e intentando agarrar por el cuello a bestias y personas por igual.

Tres veces por semana, un barco que salía de Grand-Bourg conectaba Marigalante con la Guadalupe propiamente dicha. Iba cargado de cerdos de pelaje oscuro, aves de corral, cabritos, garrafas de ron de 55 grados, matronas entradas en carnes y criaturas llorando como Magdalenas. Una mañana de septiembre, mi madre me trazó una cruz en la frente, me besó con frialdad y, junto con mi escaso equipaje, me confió al capitán. Apenas nos habíamos alejado del muelle, donde el gentío comenzaba a empequeñecerse, cuando mi felicidad dejó paso a un sentimiento de pánico. La mar abría sus fauces como un monstruo rabioso, dispuesto a devorarnos. Su abismo nos aspiraba y acto seguido nos expulsaba, nos vomitaba con asco antes de arrastrarnos de nuevo. Aquel vaivén infernal duró dos horas y media. Las mujeres, rosario en mano, rezaban avemarías sin parar. Por fin entramos en un canal violeta y divisamos al fondo la sonrisa de Pointe-à-Pitre.

Estuve tres días sin poder ver a mi padre, que se encontraba «de viaje de negocios» en Martinica. En su ausencia, me familiaricé con mi madrastra, una mujer menuda, inflexible y cubierta de joyas de pies a cabeza, y con mi hermanastra, casi rubia, vestida con faldas plisadas y toda una experta en el arte de ignorarme olímpicamente.

Cuando vi su silueta recortada en el umbral del desván que me habían asignado, me pareció que salía el sol en mi vida. Era un mulato de tez bastante oscura, cabellos rizados que ya encanecían y ojos grises enmarcados por una fina telaraña de arrugas. Al verme rompió a reír, dejando al descubierto una dentadura resplandeciente:

—¡Menuda pieza, tu madre! Ni siquiera se dignó a informarme de tu existencia y, de buenas a primeras, me escribe para pedirme cuentas. Pero no hay duda, ieres mi vivo retrato!

Me sentí profundamente honrada de parecerme a semejante caballero. Étienne Bellot, mi padre, pertenecía a una familia distinguida. Su padre había sido notario. Su hermano mayor había seguido los pasos del patriarca y su hermana iba a casarse con un juez de paz. A los veinte años, cuando acababa de suspender los primeros exámenes del bachillerato por cuarta vez, se le ocurrió la excelente idea de dejar embarazada a Larissa Valère, la única hija del famoso ferretero de la plaza del mercado. De manera que se casó por todo lo alto en la catedral Saint-Pierre-et-Saint-Paul, cuatro meses antes del nacimiento de su hija, y después heredó el puesto de su anciano suegro. Aunque no le duró demasiado. Pronto se supo que la nada despreciable recaudación diaria de la ferretería iba a parar directamente a los hombres contra quienes perdía jugando a las cartas en los bares de Carénage, a las mujeres con quienes se acostaba por doquier y a vividores de todo tipo. De manera que Larissa lo sustituyó definitivamente en la caja.

Yo no era la única bastarda de Étienne —inada más lejos de la realidad!—, aunque sí la única bajo su techo. Los domingos, después de la misa infantil, hordas de niños y niñas de todas las edades y de todos los colores acudían a saludar a su progenitor y a recibir de manos de Larissa un flamante billete de diez francos, que esta sacaba de una caja reservada para la ocasión. El flujo de visitas se

interrumpía a la hora de comer y durante la siesta para reanudarse, con más ímpetu si cabe, a partir de las cuatro y no cesar hasta el atardecer. Los domingos, día del Señor, mi padre no salía de la cama y ni siquiera entornaba la puerta de su alcoba para dispensar algo parecido a una sonrisa o una caricia.

De hecho, en su corazón solo había sitio para Jessica, mi hermanastra, que rara vez levantaba de sus novelas baratas los ojos grisáceos, casi idénticos a los de nuestro padre. No tardé en saber que, por las malas artes de una amante de Étienne, una misteriosa maldición pesaba sobre Larissa y le había hecho enterrar a dos hijos legítimos —dos varones, para colmo—, lo que convertía a Jessica en el bien máspreciado de la pareja.

Larissa había debido de ser muy hermosa. Por entonces ya estaba toda marchita, pero, tras las gafas, conservaba unos ojos de color helecho y unos dientes como perlas que sus escasas sonrisas rara vez dejaban vislumbrar. Tan solo salía de casa para sentarse, con la espalda bien recta, tras la caja de la ferretería o para ir a confesarse y a misa. Al igual que mi madre, se levantaba a las cuatro de la madrugada y, aunque había tres sirvientas en la casa, no permitía que nadie se ocupara de planchar los trajes de dril de su marido, sus camisas, su ropa interior y sus calcetines. Ella misma le enceraba los zapatos. Le preparaba el café. Le hacía el desayuno, la única comida que tomaba siempre a la misma hora. El resto del día se dedicaba a aparecer y desaparecer. Su plato se quedaba en la mesa durante horas. El hielo se derretía en un pequeño cubo junto a su vaso y las moscas se ahogaban en él, desesperadas. Cuando estaba en casa, siempre había alguien esperándolo en el salón, en la acera, al volante de algún coche, y enseguida se iba corriendo hacia citas misteriosas de las que regresaba bien entrada la noche, tropezándose siempre con el quinto peldaño de la escalera que

ascendía al primer piso. No sabría decir cómo nació su interés por mí. Estuvo semanas sin mirarme apenas, le parecía de lo más natural que me trataran casi como a una criada, que anduviera vestida con los vestidos viejos de Jessica y sus viejas sandalias, y que estudiara con sus libros viejos, a menudo hechos trizas. Los domingos, cuando tocaba dar la paga a los bastardos, Larissa me daba dos billetes de diez francos y me iba al cine-teatro La Renaissance a ver películas americanas en technicolor.

Un día estaba yo sentada en el patio, estudiando. Recuerdo que recitaba un poema de Émile Verhaeren:

*La ardiente madera se resquebrajaba en rojas brasas
y de dos en dos, con ayuda de una pala, en el vientre
del horno metían los panes blancos las criadas.*

Mi padre apareció junto a mí, envuelto en un cálido olor a ron, tabaco y agua de colonia Jean-Marie Farina, y me arrancó el libro de las manos:

—¡Santo cielo! ¡Las sandeces que os enseñan en la escuela! ¿Te enteras de algo?

Negué con la cabeza.

—¡Espera, espera! ¡Tengo justo lo que necesitas!

Se adentró en la casa, donde hubo de pararle los pies a Larissa, que enseguida se puso a revolotear a su alrededor:

—¡No, mi *doudou*^[9] querida! No tengo tiempo de comer.

Regresó blandiendo un librito:

—¡Toma! ¡Mejor lee esto!

Larissa intervino y se lo quitó con firmeza de las manos:

—¡Étienne, no le llenes la cabeza de pájaros a la criatura!

Nunca llegué a saber qué lectura me ofreció mi padre, pero, misteriosamente, a partir de aquel día se estableció la comunicación

entre nosotros. Tomó la costumbre de quedarse de pie en el salón cerca de la esquina de la mesa donde yo hacía los deberes y hojear mis libros. Comentaba:

—¡Los Alpes! ¿A santo de qué os mandan estudiar la cordillera de los Alpes? ¿Acaso sabes cómo se llaman las montañas de nuestro país?

—Está la Soufrière...

—Venga, el jueves que viene te llevo de excursión a la Soufrière. Saldremos con el primer canto del gallo. Jessica se vendrá con nosotros también. ¡Buena falta le hace! Se pasa todo el día leyendo noveluchas de tres al cuarto. Larissa, encárgate de prepararnos el almuerzo.

Larissa ni se dignó a responder y continuó repasando las cuentas de la cocinera:

—Un preparado de verdura para sopa. Un paquete de cebollinos. Una caja de clavos de olor...

No le guardo rencor a mi padre por todas las promesas incumplidas y todas las citas a las que nunca acudió. En general, roncaba a pierna suelta si debíamos partir al amanecer. O no regresaba antes de medianoche si debíamos marcharnos al ocaso.

No, no le guardo ningún rencor.

Sin él, yo nunca habría aprendido a soñar, imaginar, desear.

Sin él, yo nunca habría sabido que, para nuestro gran deleite, el mango crece en los árboles de mango, la quenepa en los quenepos y el tamarindo en los tamarindos. Nunca habría visto que el cielo puede ser azul pálido como los ojos de un recién nacido de Europa, verde oscuro como el lomo de una iguana o negro como la noche negra, ni habría comprendido que cada día hace el amor con la mar. Nunca habría probado las manzanas rosas de la orilla tras bañarme en el río.

Tan solo me sacó de la casa en una ocasión. Un sábado por la tarde, Larissa y Jessica habían salido a hacer una visita y yo estaba charlando tristemente con una criada que se sentía tan sola como yo en aquella vieja casona de madera donde los espíritus aguardaban la caída de la noche para perturbar nuestro sueño. Mi padre entró como una exhalación y me miró sorprendido:

—¿Estás sola?

—¡Sí! Mamá Larissa y Jessica se han ido a Saint-Claude.

—Vente conmigo.

Una mujer lo estaba esperando al otro lado de la Place de la Victoire. Una mujer negra con la boca pintarrajeada de rojo pasión y pendientes criollos que danzaban en sus orejas. Preguntó asombrada:

—¿Y esta niña?

—Es mi hija.

La mujer suspiró:

—Hay que ver cómo se las gasta Larissa. ¡Ni que fuera a arruinarse por comprar dos metros de tela de algodón! ¿No ves las pintas que me lleva, la pobre criatura?

Mi padre me miró, viéndome quizá por vez primera, y reparó en mis harapos de Cenicienta. Exclamó con perplejidad:

—¡Pues es verdad! ¿Y si le compramos un vestido en *Chez Samide*?

Me compraron un vestido de tafetán color salmón con tres volantes que desentonaba con mis zapatillas deportivas. No se les ocurrió cambiármelas también. Mientras caminábamos, la mujer me deshizo las cuatro trenzas que llevaba, engrasadas con aceite de ricino y tan tirantes que me dolía la piel de la frente, y me peinó el cabello como formando vainas de vainilla. Metamorfoseada, tomé asiento en el coche de línea *María, madre de todos los santos* y

partimos traqueteando hacia Sainte-Rose. Se casaba Sabrina, embarazada de un tal Dieudonné, que se ganaba la vida como maestro velero. Por suerte, el bueno del cura había decidido hacer la vista gorda ante el imponente vientre de la novia y otorgar a la pareja la bendición nupcial.

La boda se celebraba en una casa amplia, rodeada por una galería y un sinfín de buganvillas y almendros malabares, a escasos metros de la mar, siempre reluciente bajo el sol. Una mesa de varios metros de largo estaba dispuesta bajo una suerte de toldo hecho con hojas de palma trenzadas y decorado con ramilletes de flores rojas y amarillas. Las mujeres llenaban los platos de ristras de morcillas anchas como brazos, acompañadas de rodajas de aguacate. Una pequeña orquesta estaba tocando a la sombra de un árbol y la flauta de bambú respondía al *ti-bwa* y al *gwo-ka*.^[10] No me uní al grupo de niños, pues sus juegos se me antojaron de lo más insulsos. Preferí quedarme a cotillear las conversaciones de los adultos, trufadas de picardías que no entendía del todo. Así fue como terminé sentada al lado de mi padre, de lo más locuaz e iluminado por el ron:

—¡Solo se vive una vez, Étiennise! Bajo tierra no hay precisamente caballitos de madera, y el tiovivo deja de girar. Estamos completamente solos, encerrados en el ataúd, reducidos a pasto para los gusanos. Así que, mientras el corazón siga latiendo, tenemos que disfrutar. No hagas ni caso a quienes te digan: «La vida es una auténtica canalla. Una loca de atar que no atiende a razones. Golpea sin mirar a quién y hemos nacido para sufrir». Escúchame bien: la vida es una mujer que...

Por desgracia, alguien nos separó justo entonces y nunca supe cómo terminaba la historia. Cuando mi padre regresó a mi lado, ya tenía otra cosa en la cabeza y me dijo:

—Mis padres no hacían más que repetirme: «Somos mulatos. No debemos codearnos con los negros». Jamás entendí el porqué. Te digo una cosa: mis mejores amigos son negros. La primera mujer con la que hice el amor era negra. ¡Y qué mujer! ¡Madre mía, qué mujer! Abría las piernas y me devoraba entero. ¡Igualita que tu madre! ¡Otra que tal! Madame Delépine se la recomendó a Larissa, que estaba buscando una planchadora, pues tu madre hacía maravillas con sus planchas de hierro. ¡Y no solo con las planchas, créeme! Desgraciadamente, era muy formal. El padre Lebris le había llenado la cabeza con toda clase de tonterías sobre María y la virginidad. Dormía en el desván. La tarde en que me abalancé sobre ella como la miseria sobre el mendigo, estaba sumida en la lectura de *La imitación de Cristo*. Tendrías que haberla escuchado suplicar: «Déjeme. Dios lo castigará, Monsieur Étienne. ¡Suélteme!». Ni loco la hubiera dejado escapar...

Y yo, en lugar de indignarme ante el calvario de mi pobre madre violentada, por no decir violada, me reí a carcajadas. Carcajadas cobardes.

—Siempre me costaba Dios y ayuda meterme en su cama. Pero estoy seguro de que era una teatrera y de que, en el fondo, le gustaba tanto como a mí. Y, de repente, un buen día desapareció. Sin ninguna explicación. Ni siquiera nos reclamó el sueldo del mes. Larissa montó en cólera...

Debo añadir un nuevo crimen a mi lista: tampoco entonces me compadecí en absoluto de mi madre. Del terror que sentiría al descubrir su embarazo. De su vergüenza. De su fuga hacia su islote natal. Del duelo de su familia. De las maledicciones de los vecinos. Ni de aquel patético gesto para dignificar mi bastardía: me llamó Étiennise, hija de Étienne.

Cuando regresamos el domingo sobre las tres de la tarde,

Larissa, que jamás me había puesto una mano encima, me molió a palos con el pretexto de que había perdido mi vestido bueno de la escuela. Sé perfectamente que el motivo de su rabia era mi creciente intimidad con mi padre.

Mi madre se dio cuenta al instante. En cuanto puse un pie en el muelle donde me estaba esperando, me miró con gravedad y afirmó:

—¡Ahora sí que eres su hija!

No respondí. Pasé las vacaciones de Navidad atrincherada en aquel silencio hostil que me empeñé en imponer entre ambas y que, aunque no me di cuenta hasta que ya fue demasiado tarde, resultaba sumamente cruel.

No fui consciente del sufrimiento que esto le provocaba. No supe ver cómo las arrugas fueron conquistando su rostro anguloso. No presté atención a su respiración ronca, entrecortada por la pena. Sus noches estaban pobladas de pesadillas. Al alba, se deshacía en plegarias.

La intimidad con mi padre enseguida tomó un cariz de lo más inesperado al que, evidentemente, no me atreví a oponer resistencia.

Me encargó la tarea de entregar notitas galantes al sinfín de alumnas ante cuya visión le hervía la sangre.

—Dale esto de mi parte a la pequeña *chabine*[\[11\]](#) de 4.º C.

—Y esto a la *câpresse*[\[12\]](#) alta de 2.º A.

Aquello no tardó en convertirse en un verdadero comercio de mensajes de amor. Resulta increíble hasta qué punto estaban dispuestas a escuchar las proposiciones deshonestas de un hombre casado y con una sólida reputación de mujeriego aquellas jovencitas

de buena familia que se veían los domingos en la iglesia, escoltadas a la derecha por su padre, a la izquierda por sus hermanos y su madre, y que regresaban a sus bancos tambaleándose de éxtasis después de comulgar.

Perfeccioné una técnica de lo más audaz. Me acercaba a la presa en cuestión mientras charlaba con sus amigas en el patio de la escuela. Me plantaba frente a ella y, sin mediar palabra, le tendía la hojita doblada en cuatro. Algo sorprendida, pero sin un atisbo de desconfianza, la víctima la tomaba, la abría, empezaba a leerla y, de repente, se sonrojaba tan intensamente como el tono de su piel se lo permitiera. Y es que mi padre no se andaba con rodeos:

Queridísima:

Te vi el otro día en la Place de la Victoire y desde entonces estoy completamente loco por ti... Si no quieres cargar con la muerte de nadie en tu conciencia, te ruego que te sientes mañana a las cinco de la tarde en el segundo banco del Paseo de las Viudas. Allí te estaré esperando con una dalia roja prendida en la chaqueta...

Espero con ansia tu respuesta, que ojalá sea favorable.

El efecto de semejante epístola era inmediato. Antes de que terminaran las clases, la víctima me hacía entrega de otra notita plegada en la que aceptaba la cita.

Cuando yo estaba en cuarto curso, llegó al liceo Marie-Madeleine Savigny. Venía de Dakar, donde su padre había sido magistrado, y conservaba de su infancia africana una languidez aristocrática. Llamaba a las sandalias *samaras* y *boyesses* a las sirvientas de su madre. Todos los hombres cabales de Pointe-à-Pitre se enamoraron de ella, con mi padre a la cabeza.

Cuando le llevé la ya tradicional carta de amor, Marie-Madeleine la recorrió con la mirada color avellana y, sin dudarlo, la rompió y esparció los pedazos a los pies de un almendro malabar centenario. Mi padre no se dio por vencido. Volvió a insistir al día siguiente y al siguiente y al siguiente. Al cabo de la tercera semana, la resistencia de Marie-Madeleine seguía intacta, mientras que mi padre era una auténtica piltrafa. Apenas salía de casa y espiaba mi llegada desde el balcón para bajar corriendo la escalera nada más verme, con el ímpetu de un adolescente:

—¿Y bien?

Yo sacudía la cabeza:

—Ya ni siquiera se digna a tomar la carta de mis manos.

Entonces se derrumbaba y volvía a convertirse en un niño mimado.

En efecto, había sido el ojito derecho de su madre, su abuela, las hermanas de su padre y las hermanas de su madre, que lo colmaban de besos, le consentían todos los caprichos y lo llamaban cariñosamente *Ti-mal*.^[13]

En el mes de junio, Marie-Madeleine causó conmoción al no presentarse a la primera parte de los exámenes de bachillerato. Un par de semanas después, se supo que se casaba con Jean Burin des Rosiers, el cuarto hijo de un gran industrial *béké*.^[14] El asombro fue total. ¿Cómo? ¿Un *béké* casándose con una chica de color? ¡Si al menos fuera mulata! Porque Savigny padre, por mucho que se las diera de magistrado, no era más que un vulgar negro de tez roja. En cuanto a la madre, ¿no era acaso una *chappée-coolie*?^[15] Algo así solo había ocurrido en 1928, el año del terrible ciclón, cuando un tal Martin Saint-Aurèle se atrevió a casarse con una mujer negra. Pero su familia le dio la espalda y la pareja vivió en la miseria. En cambio, los Burin des Rosiers recibieron a su nuera con los brazos abiertos.

Desde luego, ¡el mundo estaba patas arriba!

Las aguas volvieron a su cauce cuando Marie-Madeleine, liberada de fajas y corsés, empezó a lucir un vientre de al menos seis meses bajo sus amplios vestidos de seda floreada.

Mi padre participó del linchamiento público. Se unió de buena gana a los corrillos maledicentes, donde le escuché contar con pelos y señales que él también había probado el pan dulce de Marie-Madeleine, pero había sido más listo que Jean y no había caído en la trampa.

Pasé unas vacaciones de verano horribles en Mariegalante. Como iba a empezar a estudiar en el liceo de la calle AchilleRené-Boisneuf y a compartir clases de Física y Química con los chicos, mi madre se empeñó en confeccionarme un fondo de armario. Así que bajó a Grand-Bourg y compró kilómetros de tela, patrones de costura, tiza de sastre, tijeras dentadas... Todos los días, al regresar del hospital, daba comienzo una interminable sesión de pruebas de los modelitos. No soportaba el contacto de sus manos torpes ni escucharla refunfuñar:

—Tiene vuelo de este lado. ¿Por qué del otro no?

El domingo 15 de agosto, me negué a acompañarla a misa con el vestido plisado del que estaba más orgullosa. Ella me plantó cara:

—Si tu padre te adora tanto como dices, ¿por qué no te viste él?

Porque, en los tres años que llevaba viviendo con él, a excepción del par de billetes crujientes que me dio Larissa en aquella ocasión, no había visto ni rastro de su dinero.

Vivía condenada a mirar siempre de lejos los libros en las librerías, los perfumes en las perfumerías y los helados en las heladerías.

Siempre que podía, mi madre me enviaba dos o tres billetes

mugrosos, invariablemente acompañados por la misma nota:

Espero que te encuentres bien.

Con cariño, de tu madre,

NISIDA

Gracias a eso podía comprar cuadernos y plumas, y llenar mi tintero con tinta azul de los mares de China.

A principios de octubre, mi padre dejó de confiarme sus misivas de amor. Viéndome despojada de mi dudosa misión de mensajera, me sentí tan frustrada que yo misma le habría presentado a las lindas «gallinitas» (así es como él solía llamarlas) que picoteaban alegremente el patio de la escuela. Pronto descubrí el misterio. Se había enamorado perdidamente de una mujer preciosa, casada con un sastre puertorriqueño llamado Artemio que acababa de abrir una tienda en la Rue Frébault. Pero resultó que Lydia era una mujer decente. O tal vez, simplemente, no amaba a mi padre. El caso es que le confesó a su marido la molesta insistencia de mi padre, y el sastre, de sangre caliente como todos los latinos, decidió darle una lección memorable a aquel donjuán. Contrató a tres o cuatro matones, entre ellos un exboxeador apodado Doudou Sugar Robinson. Una noche se abalanzaron sobre mi padre cuando cruzaba la Place de la Victoire con su paso elegante y lo dejaron por muerto al pie de un flamboyán. Hacia la medianoche, le llevaron a Larissa el cuerpo inerte y ensangrentado. Fuera de sí, esta se derrumbó sobre su esposo, por fin a su merced. Durante semanas se sucedieron las infusiones, cataplasmas, friegas con árnica y sanguijuelas del pantano para chupar la mala sangre. En cuanto el médico y sus sulfamidas salían por la puerta, hacían su aparición el *kimbwazè*^[16]

y sus raíces. Cada domingo, después de la misa mayor, el cura aprovechaba para venir a describirle a semejante pecador el color de las llamas del infierno.

Mi padre jamás superó aquella tragedia. Doudou Sugar Robinson se había esmerado de lo lindo: le había fracturado el arco de la ceja, aplastado el tabique nasal y roto la mandíbula en tres partes. Las heridas no curaron precisamente bien, de manera que las buenas gentes de Pointe-à-Pitre tuvieron ocasión de menear la cabeza y comentar:

—¡Dios no sabe lo que hace! ¡Con lo apuesto que era este hombre!

Pero, sobre todo, mi padre se sintió herido en su orgullo y en su estado de ánimo. Se convirtió en el hazmerreír de todos. Se volvió de lo más irritable y susceptible. Se peleó con sus mejores amigos. Perdió aquella chispa suya que antaño enloqueciera a las mujeres. Se volvió triste, rencoroso, llorón.

En cuanto a mí, con la típica crueldad de las adolescentes, me apresuré a distanciarme de aquel héroe caído en desgracia que arrastraba los pies rumiando sus antiguos éxitos. Empecé a replantearme todo lo relativo a su persona. ¿Qué valía realmente?

En esas estaba cuando supe que habían ingresado a mi madre en el hospital.

Apenas un año después, moría de un cáncer cuyos síntomas nos había ocultado a todos por completo.

Publicado originalmente en *Voces de hijas, voces de padres*, Maren Sell (París)

VARIACIONES SOBRE UN MISMO TEMA: NO WOMAN, NO CRY

A nadie en Morne-Gabriel le caía bien Létitia.

Sí, es verdad que daba los buenos días y las buenas tardes a todo el mundo y que, además, lo hacía con una sonrisa. Pronunciaba las palabras necesarias para consolar a los golpeados por la desgracia. No se perdía ningún bautizo, boda o celebración. Conocía incluso algunas recetas infalibles y las compartía de buena gana. Quienes frecuentaban su casa —bien pocos, a decir verdad— sabían que no hablaba en exceso, escuchaba con generosidad, cortaba en seco las habladurías y reprendía con firmeza a los calumniadores.

Vivía completamente sola. Así había sido desde la tarde en que volvió a abrir la puerta de la casa de sus padres, que llevaba tanto tiempo cerrada que muchos lugareños ni siquiera recordaban haberla visto de otro modo.

Jamás se vio a ningún hombre intentando volverse invisible y caminando de puntillas para deslizarse en secreto hasta su cama. El único que iba a su casa lo hacía a plena luz del día, aproximadamente una vez al mes. Llegaba el viernes en el coche de línea exprés de Sainte-Fleur y se marchaba el domingo antes del ocaso.

Lo cierto es que no había nada censurable en la conducta de

Létitia. Sin embargo, bajo el agua oscura de sus ojos parecían agazaparse recuerdos inconfesables. Su risa, cuando estallaba, sonaba modulada y perturbadora como un solo de saxofón. Su cuerpo mostraba claros signos de envejecimiento —se calculaba que rondaría los cincuenta— y huellas de antiguos abandonos, abrazos extintos y caricias caducas que tal vez burlaron el peso de la ley, mas no por ello el tiempo los hacía menos culpables.

Las mujeres no podían verla ni en pintura.

Sobre todo si sus hombres las dejaban noche tras noche frente a sus telenovelas americanas y no regresaban hasta casi el amanecer para dormir la borrachera roncando a pierna suelta. Sobre todo si ya no tenían hombres, si estos las habían abandonado a su suerte en mitad de la vida, sustituidas por el dominó o los dados.

Y, sobre todo, si nunca los habían tenido y se veían obligadas a jugar día tras día al juego aterrador de la virtud.

Pero, por encima de todo, había un detalle, un pequeño detalle de su vida, que enfurecía a la gente de Morne-Gabriel: su gusto por las largas caminatas solitarias al amanecer. Dejaba el pueblo a sus pies y se adentraba en las alturas de Bois-Vert. Su silueta desaparecía al abrigo de los árboles. ¿Qué placer podía procurarle vagar por la tierra enfangada y recorrida por las nerviosas serpientes de las raíces trenzadas de helechos arborescentes? ¿Por qué diantres le gustaría respirar aquel aire denso, mojado, cargado de los olores de la vida en descomposición? Ya se arrepentiría cuando le saliera al paso un *volan*^[17] o un hombre lobo. Pero entonces sería demasiado tarde.

Aquel día Létitia había subido hasta la aldea de Paquette, que se reducía a un puñado de cabañas negras suspendidas sobre el verde océano de los bananeros y unas pocas familias del mismo color que

sus cabañas, curtidas por la pena y sostenidas por mujeres en pie desde mucho antes que los hombres para alimentar a sus criaturas. Le atraía muy especialmente el rincón que se recostaba contra el flanco del volcán, oculto tras la bruma, inaccesible como una sacerdotisa al fondo de su cueva. Allí, si una le daba la espalda, se encontraba frente a las inmensidades del cielo y de la mar, que se confundían entre sí. De este modo era posible creer que, a excepción de esos dos elementos, no existía nada más —y, sobre todo, no existía aquella isla abarrotada de desgraciados—; que el mundo estaba aún por nacer. Las gentes de Paquette, por el contrario, apreciaban a Létitia. Lo demostraban no lanzándole esas miradas que suelen reservarse para los forasteros, incluso cuando se trataba de empleados de la Compañía Bananera que, una temporada tras otra, acudían a pesar y llevarse sus cosechas. A menudo se le acercaban los niños y, con resuelta ternura, ella les limpiaba los mocos de la nariz y acariciaba los granos de pimienta roja de sus cabellos. A veces, con algo muy parecido a una sonrisa en sus rostros, las mujeres incluso le ofrecían un hermoso racimo de *figues-pommes*^[18] o plátanos maduros. Létitia siguió un sendero que bordeaba las plantaciones de banano y que, tras serpentear un trecho bajo la bóveda de los *malimbés*, desembocaba en un precipicio vertiginoso. Recubriendo los flancos y el fondo del acantilado, se entreveía la maraña impenetrable de las lianas, epífitas y ramas de árboles centenarios. Desde las entrañas mismas de la tierra parecía elevarse una voz que tal vez fuera la de la propia isla, aterrada por las autopistas, los puertos deportivos y los hoteles de cinco estrellas que la invadían; la isla quejándose a los cuatro vientos.

Cuando se disponía a internarse bajo los árboles, Létitia divisó un hilo de humo que caracoleaba entre las hojas de un arbusto.

Tiempo atrás, una joven pareja, Lucien y Delphine, había instalado en ese mismo lugar su cabaña de planchas de zinc y tablones de madera. Se ganaban la vida haciendo carbón de madera de campeche, abundante por aquellos parajes. Al mismo tiempo, criaban a un niño precioso que gorjeaba mirando las brasas prendidas por sus padres. Por desgracia, alguien los delató, detuvieron a Lucien y lo condenaron a pasar un año entre rejas. En consecuencia, Delphine no tuvo más remedio que refugiarse en casa de una hermana en Grand-Étang. Desde entonces, la choza estaba abandonada. ¿O tal vez no tanto?

Al acercarse, Létitia vio a un hombre en cuclillas avivando un fuego entre las piedras del hogar. Al principio, solo distinguió la maraña rubia de sus rastas. Alzó la cabeza y Létitia pudo contemplar su rostro. Era joven. Podría haber sido el hijo que tanto había esperado, antes de darse cuenta de que ese cuerpo suyo tan dotado para el amor era, sin embargo, incapaz de gestar. De ahí que le doliera infinitamente el destello hostil y malvado en su mirada. Cuando el hombre se puso en pie, Létitia vio que estaba medio desnudo. Piernas y torso al aire. Únicamente vestía un calzoncillo de algodón con estampado de flores, lo bastante ceñido como para permitir adivinar lo esencial. Bajo la maraña de sus cabellos, la miró de arriba abajo. Dejando claro que no le interesaba en lo más mínimo lo que tenía frente a sus ojos, volvió a agacharse sin tomarse la molestia de saludarla y se concentró de nuevo en avivar el fuego. ¿Qué extraño impulso se apoderó de ella? Recorriendo con la mirada las curvas de aquella espalda musculosa, preguntó:

—*Ou sé moin ki koté? Dominic?*^[19]

El hombre se giró y, con un fuerte acento, respondió:

—*Woman*, no hablo criollo. Soy americano, si es eso lo que quieres saber.

Dicho esto, le dio la espalda. Avergonzada de sí misma, Létitia decidió no decir nada más y reanudó su camino.

En los días siguientes no pudo dejar de pensar en «el rastafari americano», como su corazón lo llamaba en secreto. ¿De dónde habría salido? Ella había estado en Nueva York, como todo el mundo, y atesoraba en la memoria las típicas estampas para turistas: la Estatua de la Libertad, el Empire State Building...

Se le aparecía mientras picaba finamente manojos de cebollino y cocía raíces para el almuerzo, mientras ponía la ropa a blanquear y secar, más desaliñado si cabe que cuando lo vio en Paquette. Completamente desnudo o ataviado tan solo con un abultado taparrabos. La seguía a su cama a la hora de la siesta y se deslizaba bajo las sábanas empapadas de agua marina. Allí se lo encontraba también al anochecer, recostado sobre las almohadas almidonadas, dispuesto a que ocurriera lo inevitable. En ocasiones, simplemente se pasaba la noche entera durmiendo y ella lo abrazaba como a su propio hijo. Otras, el alba los sorprendía con los ojos abiertos de par en par, aún sin resuello y jadeando como nadadores a la deriva.

Por aquella época fue cuando Hugo le propuso a Létitia que pasaran juntos el resto de sus vidas. Hugo y Létitia se conocían desde hacía mucho tiempo. Desde la infancia, cuando ella vivía en Bas de la Source. Desde antes de que su padre —el músico Aubert Garan— se marchara con su clarinete, su esposa y sus cuatro hijos a probar suerte en París. Se reencontraron en el entierro de Aubert, que murió prematuramente de un infarto. Cada uno estaba a un lado de la tumba abierta, con una rosa en la mano. En lo sucesivo sería siempre así: los duelos, matrimonios y nacimientos servirían para unirlos de nuevo. Aquel día lloviznaba y una brisa fresca levantaba las faldas de las mujeres. Un par de semanas después, tras un baile

en el ayuntamiento del distrito V, terminaron la noche en la misma cama.

En ese terreno, hay que reconocer que Hugo no lo hacía nada mal. Le gustaba alardear de ello. Que él supiera, jamás había dejado a una mujer insatisfecha. Pero no estaba acostumbrado a las negras como Létitia: mujeres insaciables que siempre piden más. Cada vez que pasaban la noche juntos, se prometía no volver a verla. Lo cierto es que le daba miedo aquel sexo voraz. Sin embargo, por más que se lo jurara a sí mismo, al final siempre se sorprendía, con un nudo en el estómago y la boca seca, subiendo de cuatro en cuatro los escalones del triste edificio de la Rue Lhomond donde Létitia tenía alquilada una buhardilla. Se habían perdido de vista cuando ella se marchó a África a casa de su hermana mayor, Estrella, que estaba casada con un médico marfileño.

Hugo le propuso matrimonio a Létitia una medianoche, después de que esta le propinara un último caderazo y lo dejara exhausto al borde de la cama. Enjugándose el sudor de la frente, la mujer refunfuñó:

—Lo hablamos mañana, ¿vale?

Pero al día siguiente, fuera de sí, Hugo tomó el coche de línea en dirección a La Pointe. No había conseguido arrancarle una respuesta, ni afirmativa ni negativa. ¿Acaso se estaba burlando de él, enfermero jefe del hospital general, que además duplicaba su sueldo —no precisamente bajo— pasando consulta a domicilio? ¿Él, que podría haber escogido a cualquier jovencita para alegrarle la mediana edad? En realidad, aunque no hubiera dicho nada, Létitia no pensaba más que en las palabras de Hugo, resuelto a convertirla en lo que nunca había sido: una mujer honesta con un anillo en el dedo. Se iría a vivir a La Pointe, a la vieja casa de madera que Hugo había heredado de su padre maestro. Pero no podía evitar que sobre

el rostro de Hugo y sobre su enorme cuerpo marcado por los años se superpusiera una y otra vez la gloriosa desnudez del rastafari americano, como en un juego obsceno que solo se detenía para volver a empezar. Lo que más la torturaba era que su deseo por aquel joven desconocido se entremezclaba con una suerte de instinto maternal. Se apoderaba de ella el impulso de tranquilizarlo, de meterle los pechos en su boca golosa, guiarlo con la mano hasta lo más profundo de su ser, como el feto que nunca tuvo, y así alcanzar el tan ansiado estado de gracia. Pensó tanto en ello durante todo el día que no se enteró de que había caído la noche y de que sábanas, bueyes, árboles de mango y todo Morne-Gabriel, en fin, nadaban en la oscuridad. La luna creciente titilaba sobre la copa del *filao*. Salió a encender las luces de la galería y entonces lo vio, acurrucado contra el seto de dragos del jardín. Al principio pensó que se trataba de una alucinación. No sería raro, teniendo en cuenta su estado de confusión. Enseguida se convenció de que era él, en carne y hueso, pero en esta ocasión iba vestido con unos vaqueros rotos a la altura de las rodillas y una cazadora de cuero con el cuello tachonado de estrellas e insignias. Preguntó ansiosa:

—¿Qué quieres?

Soltó una carcajada:

—¡Lo mismo que tú!

Létitia dudó y volvió a entrar en casa, pensando que sus vecinos ya estarían al tanto y seguro que la estarían mirando tras las celosías. Al mismo tiempo, desfiló por su mente un torrente de imágenes de esa violencia que suele asociarse con los Estados Unidos. Atemorizada, balbuceó:

—No tengo nada. Ni joyas ni dinero. Nada de nada.

Él la miró a los ojos.

—*iWoman*, no es eso lo que me interesa! Y lo sabes.

Al abrigo de las puertas cerradas, la noche se extendió hasta la eternidad.

Létitia había olvidado hasta qué punto el placer la transformaba. Hacía tiempo que Hugo la trabajaba como el labrador anciano, cada vez con menos fuerza para la siembra. Cuando por fin conseguía terminar, Létitia lo escuchaba resollar en un vano intento por recuperar el aliento, antes de exclamar con sumo respeto: «¡Dios mío, no hay quien pueda contigo!». Roy, sin embargo, era todo hierro candente y volcán en erupción. Con él se sintió como la mismísima Pelée, como la mismísima Soufrière, como el mismísimo Pinatubo.^[20] La cama dejó de ser refugio para volverse río de lava, demasiado estrecho para la inmensidad de sus deseos. Se ataron las piernas al cuello y bebieron hasta la saciedad cada gota de sus cuerpos. Les brotaban nuevos labios, nuevas manos, nuevos sexos como cráteres sin fondo, incapaces de saciar el hambre de sí mismos. Létitia se oía gemir, chillar, reventar. Aquel hombre la sometía a su voluntad, soberano, desplegando sus alas sobre ella como un *mal-fini*.^[21] Cuando la tenía al borde del desmayo, la desgarraba por dentro y lamía su sangre a lengüetazos furiosos.

Al amanecer, empezó a caer la lluvia, como intentando apagar aquella hoguera incombustible. La luz del día se filtró por la ventana. Solo entonces, medio muertos, se dejaron caer sobre una blanda ensenada, respirando aún el olor calcinado de su carne.

Hugo miró a Létitia con recelo. Llevaba más de un mes sin verla; se había jurado a sí mismo esperar a que ella diera el primer paso. Ella parecía haber recobrado la juventud. Su piel había recuperado su antiguo color de zapote maduro. Se habían esfumado las arrugas incipientes en torno a sus párpados y tenía el contorno de los labios amoratado, con marcas de mordiscos. También había adelgazado y

adoptado una actitud de mansedumbre que él no le conocía.

Létitia sirvió el café en las tacitas con motivos japoneses, se balanceó de un lado a otro y por fin dijo:

—¿Recuerdas lo que me preguntaste la última vez que viniste?

Hugo optó por hacerse el sueco. Frunció el ceño:

—¿De qué estás hablando?

Ella sonrió.

—Sabes perfectamente de qué estoy hablando.

Se hizo el silencio. Él intentó parecer indiferente y miró por la ventana a un colibrí que libaba con pasión los pétalos de un hibisco. Létitia continuó, con cierta torpeza:

—Si no has cambiado de opinión...

A Hugo le dio un vuelco el corazón, olvidó sus buenos propósitos y tomó su mano, tartamudeando:

—¿Eso es un sí?

Ella asintió. Él la atrajo hacia sí. Mientras la cubría de besos, leyó en su rostro una expresión que le sorprendió. Era como si aquel matrimonio inesperado no le alegrara lo más mínimo. Como si se estuviera resignando a su suerte. Lo cierto es que, en los últimos días, Létitia había reflexionado mucho sobre el sigiloso e implacable paso del tiempo, sobre la vejez en soledad y sobre la muerte, que siempre anda al acecho y golpea sin avisar. ¿No sería aquella oportunidad un regalo de Dios, su manera de pedirle que renunciara a esa fuerte inclinación suya por el placer que tantos quebraderos de cabeza le había causado a lo largo de su vida?

Roy había vivido con ella durante casi un mes. Luego había regresado a su país, su familia, su vida. Desde entonces, no se había dignado a enviarle ni una triste postal. La había usado a su antojo. Y eso era todo. La había abandonado con el corazón vacío y el cuerpo seco. Cuando pensaba en él —es decir, constantemente—, los ojos

se le llenaban de mar. Pero no sabía por quién lloraba. ¿Por su hijo o por su amante?

Los habitantes de Morne-Gabriel siempre habían sabido que Létitia no era una mujer decente y que les tenía reservado un escándalo descomunal, algo nunca visto ni oído y que perduraría en el recuerdo. De modo que no se sorprendieron en absoluto cuando el rastafari americano dejó Paquette y se fue a vivir con ella. Anselme, el carpintero, temía el mal ejemplo que pudieran recibir sus cuatro hijas y propuso denunciarla ante la policía. Otros, mejor informados, señalaron que tener un amante más joven no constituye ningún delito a efectos legales. A menos que el amante en cuestión fuera menor de edad y, claramente, no era el caso. Anselme pasó entonces a preocuparse por lo que el rasta pudiera esconder en su mochila. ¿Acaso el otro día no habían detenido a unos traficantes de droga en Marie-Galante? ¿No tendría algo que ver con ellos? Habladurías y más habladurías. Al final, ni Anselme ni nadie hizo nada, más allá de darle la espalda a Létitia y retirarle el saludo en la panadería. Lo peor era que ella no parecía darse cuenta, absorta como estaba en sus pensamientos y con aquella expresión extasiada. Las mujeres observaban los mordiscos y arañazos de su cuello con una mezcla de rabia y envidia.

Hacía semanas que nadie veía a Hugo y, por tanto, lo creían al corriente de su desgracia. Cuando entró en Chez Christian —cosa rara en él, pues no bebía—, se hizo el silencio. Un silencio sepulcral. Él, en cambio, parecía estar en la gloria. Dio una palmada sobre el mostrador y exclamó:

—Invito a una ronda. ¡A todos!

La gente se miró. Anselme se echó hacia atrás el sombrero *bakoua*^[22] y preguntó:

—¿Qué se celebra?

Hugo le quitó a Christian la botella de las manos y se sirvió una copa.

—Létitia y yo hemos decidido pasar por la vicaría.

Alguien tenía que decirle la verdad, revelarle que la mujer con quien quería casarse le había faltado al respeto de la forma más vil. ¡Y nada menos que con un matón de tres al cuarto! ¡Un drogadicto! ¡Un donnadie venido del otro lado de la mar!

Resuelto, Anselme tomó a Hugo por el brazo, pero este se apartó.

—Lo sé. Sé perfectamente lo que me vas a decir. Nadie en Morne-Gabriel conoce a Létitia mejor que yo. Sé que ha hecho tonterías. Muchas. Bastantes. Puede decirse sin exagerar que ha bailado con Lucifer y coqueteado con Mac-Mahon.^[23] Que se ha ofrecido hasta al viento. Pero nada de eso importa. Yo le tiendo mi mano porque, en realidad, eso es justo lo que le falta. Sin la mano de un hombre a la que agarrarse, no hay mujer que sepa caminar derecha.

Antes de que Anselme pudiera abrir la boca, Hugo salió por la puerta brincando de alegría, y la noche se lo tragó.

Publicado originalmente en *Le serpent à plumes* (París)

TIERRA MEZCLADA

1.

¿Por qué me dispongo a contar esta historia, tal vez totalmente falsa, recreada gracias al poder de mi imaginación y la paciencia de mis pesquisas?

Soy médico. Jefe del hospital Sainte-Hyacinthe, antiguo hospital general de Fort-Pilote. De manera que he visto muchos cadáveres, moribundos, condenados, torturados. He conocido no pocas tragedias. Entonces, ¿por qué aquellas dos muertes me dolieron mucho más que el resto?

El 23 de enero de 1984 explotó una bomba en las oficinas de la principal organización independentista de nuestro país y acabó con la vida de un joven que debía de estar montando guardia en ese momento. Me trajeron el cuerpo ensangrentado. Solo pude confirmar la muerte. Se llamaba Antoine Suréna, había nacido el 24 de marzo de 1964 y estaba a punto de cumplir veinte años. Al día siguiente, me trajeron a una mujer escuálida, frágil, sumida en un coma profundo. Estaba a punto de trasladarla al servicio de reanimación cuando, con gesto mecánico, miré su ficha, claramente garabateada por un estudiante: «Berthe Suréna. Nacida el 28 de

diciembre de 1945 en Fort-Pilote».

Le pregunté al estudiante en cuestión. No sabía nada. Una enfermera nos informó. Sí, se trataba de la madre del joven militante. Al enterarse de la muerte de su hijo, se había desplomado sin un grito, como una bestia de carga que ha llegado a su límite. Me empeñé en revivir aquel cuerpo inerte. Inyecciones. Perfusiones. Masajes. Nada funcionó.

Al otro lado de los postigos del hospital, Fort-Pilote, petrificada por el calor, contenía la respiración a la espera del próximo atentado.

¿Suréna? No me sonaba. Y eso que, como buen nativo de Fort-Pilote, soy un perfecto genealogista y conozco al dedillo los orígenes de cualquiera con apellido.

¿Pero Suréna? Nada de nada.

Debía poner remedio cuanto antes a mi ignorancia.

He tardado dos años en reconstruir los hechos, en volver a trenzar los cabos sueltos. Admito que me he visto obligado a inventar, a rellenar no pocas lagunas. Pero estoy satisfecho. No he traicionado a Berthe ni a su hijo. ¿Merecerían tal vez otro testigo mejor que yo?

En cualquier caso, esta es mi historia. Quiero decir, su historia.

Hacia 1896, en nuestra ciudad de Fort-Pilote, una negra apodada Belle llamó la atención de sus compatriotas.

Hasta hace no mucho se hablaba bien poco de Fort-Pilote. Pero el furor independentista ha conseguido sacar del anonimato un lugar que parecía condenado a la fatuidad y la decadencia colonial. Ahora, apenas pasa una semana sin que su nombre aparezca en las portadas de los periódicos de todo el mundo. Atentados. Explosiones. Coches bomba. La libertad vale cara.

Seamos francos: Fort-Pilote no es precisamente una ciudad

bonita. Esto es una realidad que sus habitantes, incluso quienes la aman tanto como yo, no tienen más remedio que admitir. Aparte de una estatua del Descubridor idéntica a la que puede verse en Columbus Circle en Nueva York, no cuenta con ningún edificio ni público ni privado que llame la atención, y los turistas, tras dar una vuelta por la Place de la Victoire, se largan sin mirar atrás rumbo a la arena blanca de las playas.

Hacia 1896 Fort-Pilote apenas contaba con 12 000 habitantes. Se dividía en tres partes: Le Bas du Bourg, un conjunto de casitas similares a las chozas de los esclavos recién liberados; La Folie, donde se construyeron las mansiones de madera con balcones de hierro forjado en lo que hoy se conoce como estilo «colonial»; y Le Carénage, donde se encontraban los almacenes y las sucursales de las empresas bordelesas en las que se pesaban la manteca de cerdo, el arroz y el azúcar de caña.

Belle vivía en Bas du Bourg y era lavandera. Como había conseguido un puñado de clientas fijas en La Folie, se recorría la ciudad entera transportando la colada sobre la cabeza, unas veces en un enorme fardo y otras en una bandeja tapada con un madrás. No la llamaban Belle por sus encantos físicos. De hecho, su aspecto era bastante corriente. El apodo era una abreviatura de su nombre de pila, Mirabelle: su madre, a saber dónde, había escuchado la palabra y le gustaba cómo sonaba. Aun así, aquella mujer poco agraciada y de origen humilde consiguió despertar la pasión de un conocido político, Jean Hilaire Endomius, a quien los historiadores presentan actualmente como uno de los fundadores del Partido Socialista.

Jean Hilaire era un hombre de lo más atractivo, orador formidable, panfletista incansable y columnista de *Le Cri du nègre*, un periódico con una tirada de 1600 ejemplares.

En aquel entonces, granjearse los favores de un hombre con posibles era para la mayoría de las mujeres la única forma de ascender en la escala social. Intentaban conquistarlos por la cama y el estómago para así conseguir una casa y un pedacito de tierra y dedicarse después a parir ristras de hijos que, aunque bastardos, se permitirían mirar a la plebe por encima del hombro, como si no hubieran salido de ella. Belle rompió con esta tradición. Se negó en redondo a cambiar Le Bas du Bourg por La Folie, como le sugirió Jean Hilaire; se negó a abandonar su oficio y a aceptar anillos, brazaletes, gargantillas, collares *choux*^[24] o cestos de palma trenzada. En vano insistía Jean Hilaire, sintiendo cómo el fuego en su interior se avivaba con cada negativa. Sus arrebatos no tardaron en convertirse en la comidilla de todos. Descuidó por completo a su mujer, hija de un gran empresario que defendía los intereses azucareros en el Consejo General, y cambió abiertamente la cama conyugal por la de Belle.

Un buen día, Belle desapareció. Roto de dolor, Jean Hilaire, que siempre había tenido cierta inclinación por la tafia, se dio por completo a la bebida. Pero esto no afectó a su carrera. A pesar de andar siempre medio borracho, en 1898 ganó las elecciones legislativas, fue elegido diputado y, por primera vez en su vida, abandonó su isla rumbo a Francia.

Nunca sabremos de primera mano dónde pasó Belle los quince años que vivió lejos de Fort-Pilote. Cuando reapareció, traía de la mano a una niñita de ocho o nueve años. Era tan corriente como su madre, pero con una notable diferencia: su tez era muy clara. ¡Una *chabine*! Tenía el labio superior algo curvado hacia arriba y lo único especial en ella era su inusual nombre de pila: Pourméra. ¿Qué significaba? ¿De dónde salía? ¿En qué circunstancias habría decidido su madre llamarla así? Belle retomó su antiguo oficio, pero dejó de

recorrer la ciudad con fardos o bandejas de colada: Pourméra tomó el relevo.

En aquel tiempo, Fort-Pilote ya contaba con casi 25 000 almas. A los tres barrios ya mencionados se añadía un cuarto, Morne Alizé. Allí se habían refugiado los blancos y los mulatos que huían de esos «negros más o menos letrados» que, gracias a la política, ascendían a pasos agigantados los peldaños de la escala social con intención de alcanzarlos.

En cuanto Belle regresó, Jean Hilaire volvió a caer rendido a sus pies. Cuando no estaba en la Asamblea Nacional de París, aquel hombre ilustre dividía su tiempo entre las salas llenas de humo de los mítines políticos y la humilde casita de su amante. Fue sentado en su cama, en mangas de camisa, como redactó sus arengas, incluida la más célebre, que ha pasado a la posteridad: «¡Adelante, hermanos, formad batallones y marchad este domingo hacia las urnas electorales para que el nombre de Jean Hilaire Endomius salga triunfante y demuestre a todos que...», etc., etc., etc.

La relación entre Jean Hilaire y Belle solo terminaría con la muerte de esta.

Si alguien le hubiera preguntado a Pourméra por los años que su madre había vivido fuera de Fort-Pilote, habría respondido encantada. Pero ignoramos a las criaturas. Nunca les preguntamos nada. Pourméra atesoraba un sinfín de recuerdos en su cabeza, y de vez en cuando se le escapaban. Echaban a correr por las calles embarradas de Le Bas du Bourg rumbo a las callejuelas bordeadas de hibiscos, flores de Pascua y dragos que conducían a las mansiones de las familias burguesas a quienes su madre hacía la colada. Sandrine, la hermana de Belle, se había mudado a Kali, una pequeña ciudad de Sudamérica, con la familia libanesa para la que

trabajaba. Dos años después, la pobre mujer murió víctima de unas fiebres y el marido se quedó solo con un rebaño de criaturas. Hizo entonces lo que tantos otros hombres en tales circunstancias: liarse con la criada. Esta adquirió así un estatus tan ambiguo como envidiado. A pesar de su nueva opulencia, Sandrine no se olvidó de Belle. Como era de salud frágil y cada año se veía más debilitada por los partos, tomó la decisión de compartir las responsabilidades domésticas con su hermana, no fuera a ser que a su libanés le diera por buscarse una compañera más vigorosa. Así que le pidió a Belle que se mudara a Kali. Belle pasó quince años con su hermana mayor, ayudándola con la crianza de sus seis hijos y cuatro hijas, la cocina y la colada. Al fallecer su hermana, a pesar de la insistencia del libanés, regresó a Fort-Pilote. Tan solo aceptó llevarse a modo de recuerdo un par de joyas que habían pertenecido a Sandrine. Estuvo a punto de ceder a las presiones de la familia y dejar a Pourméra en Kali, para que pudiera tener un futuro mejor. Pero al final cambió de opinión y se llevó a su hijita consigo.

Pourméra conoció el mundo desde una inmensa mansión de catorce habitaciones con la tienda familiar en la planta baja. ¿Qué vendían? De todo: cuchillos, espadas, telas, ollas, cerraduras, comida para animales. Pourméra dio sus primeros pasos en el balcón con vistas a una calle muy transitada, siempre llena del estruendo de los escasos coches de los ricachones, los burros de los campesinos que acudían a vender sus verduras y los caballos de los terratenientes. Como el resto de criaturas de la casa, llamaba papá al libanés, mamá a Sandrine y Belle a su propia madre. Aprendió a hablar árabe y criollo antes que francés, y a persignarse ante las imágenes de Jesús, la Virgen María y todos los santos. Cuando su madre decidió abandonar Kali, su mundo se derrumbó. Nunca le perdonó que se la llevara y Fort-Pilote fue el objeto de ese odio

ciego, injusto e incontrolable tan típico de la infancia. ¿Era Kali una ciudad más hermosa que Fort-Pilote? Nada parece indicarlo.

Aun así, cuando Pourméra rememoraba sus días en Kali, veía un oasis de hermosura y ligereza, una suerte de paraíso donde reinaba la eterna felicidad.

Hay que decir que Jean Hilaire Endomius no movió un solo dedo para ayudar a Pourméra a instalarse en Fort-Pilote. Más bien todo lo contrario. A sus ojos, aquella niña era una prueba de su insignificancia en la vida de Belle, una mancha en su vanidad y una vergüenza, en fin. En un fugaz arrebató de pasión, otro hombre había poseído a su amante y no precisamente a escondidas. Otro hombre la había dejado embarazada a la vista de un barrio, una ciudad, del mundo entero. Otro hombre le había regalado algo mucho más valioso que el oro y los diamantes, algo que forjaba con ella un vínculo indestructible: ¡una hija! Por eso, sus ojos se llenaron de lágrimas de dolor y rabia en cuanto vio a Pourméra y tuvo que morderse los labios para no blasfemar.

No le habría supuesto mucho esfuerzo lograr que la admitieran en un colegio. Sin embargo, disfrutaba viéndola crecer ignorante y tosca; contemplándola caminar sin remedio hacia un futuro de servidumbre y mediocridad.

Este drama de tres personajes no pasó desapercibido y pronto se posicionaron a favor de Pourméra todos los enemigos de Jean Hilaire. Y eran muchos en Fort-Pilote. Estaban, en primer lugar, los mulatos que no habían digerido el ascenso social y político de aquel «hombre casi sin instrucción y sin verdadera inteligencia, pero enérgico e inquieto, siempre dispuesto a arengar a las masas...», tal y como lo describió el editorialista del diario *La Vérité*. Luego estaban los negros, que, desde la noche de los tiempos, no soportan que alguno de los suyos consiga destacar sobre los demás. Por

último, estaban los sirios y libaneses, que temían por sus intereses comerciales. Jean Hilaire los llamaba «sanguijuelas extranjeras». Pourméra se convirtió en la hija mimada de todos ellos. En todas las casas donde recogía o entregaba la colada siempre se encontraba con algún detallito. Por la mañana, un tazón de leche fresca aromatizada con canela. A la hora de comer, un poco de guiso de atún y arroz blanco servido en un *couis*.^[25] A las cuatro de la tarde, sorbete de coco. Por la noche, un plato de sopa grasa^[26] con tuétano. Nadie le tenía en cuenta su silencio, su extraño humor, su aire distante, sus vagabundeos sin rumbo. Todos coincidían en que la pobre criatura estaba algo tarada, pero esto solo hacía que la quisieran más aún.

Belle murió cuando Pourméra acababa de cumplir los diecisiete años.

A ojos de sus compatriotas, Belle era todo un enigma. En una época en la que las mujeres no se cuestionaban su dependencia de los hombres ni su sometimiento a los hijos, su comportamiento resultaba de lo más chocante. Ya he mencionado el modo en que trató a Jean Hilaire Endomius. En cuanto a su única hija, en lugar de quererla como a la niña de sus ojos, dejaba que fuera descalza, raspándose los talones con los guijarros de las callejuelas, ataviada con un vestido de algodón harapiento y desteñido, con el pelo enrojecido por el sol y el sudor. Sin embargo, por muy severamente que el mundo la juzgara, Belle se juzgaba a sí misma con más dureza aún. Pero eso nadie lo sabía.

Nunca había querido a Jean Hilaire, pero le gustaba tener a su merced a un hombre así. Por añadidura, Jean Hilaire presumía, y con razón, de poder satisfacer nada menos que a cinco mujeres y una yegua por noche, y ella sentía verdadero placer en sus brazos. No

obstante, por sorprendente que pueda parecer en una mujer sin educación, Belle fantaseaba con otro tipo de relación, con un amor que la incendiara y la redujera a un puñado de cenizas ardientes en un columbario. ¡Ah, ojalá pudiera abandonar el estrecho horizonte de Fort-Pilote! ¡Dejar atrás ese pueblo pequeño, mediocre y sin ideales, esa tierra de lenguas viperinas y carente de aspiraciones! Se hallaba absorta en estas ensoñaciones románticas, por llamarlas de algún modo, cuando recibió la llamada de Sandrine. Mientras bajaba por la pasarela del barco con el canasto en la cabeza, el gran amor con el que tanto había soñado se encarnó en el libanés, esto es, el compañero de su propia hermana.

No hay hombre que no fantasee con poseer a dos hermanas, la forma más completa y deliciosa de poligamia. Pero, al mismo tiempo, el libanés era un buen cristiano, y la culpa le carcomía la conciencia. En un intento de poner fin a su aventura con Belle, se la pasó literalmente a su empleado, Carlos Martínez, un mestizo bogotano de ojos tristes.

Aun así, su historia con Belle continuó. ¿Qué pensaba Sandrine? Los escasos testimonios que he podido escuchar al respecto sugieren que padeció un auténtico martirio. Por motivos de salud, pasaba cada vez más tiempo en su habitación. Allí se reunía con hechiceros de todo tipo —los que hablan con la noche, los que doman sus sombras y levantan las olas del mar—, en un intento por deshacerse de su rival y hermana. Hizo dos peregrinaciones en carreta de bueyes hasta Sainte-Marie-des-Bons-Vents y vertió en el océano leche de oveja, sangre y pulpa de frutas diversas. Todo fue en vano. En cuanto a Carlos Martínez, el mestizo de Bogotá, terminó cansándose de la situación y una buena mañana se largó a otra ciudad costera del sur, abandonando sin remordimientos a su amante y a la recién nacida, Pourméra, que por carambolas del

destino resultó ser hija suya.

Todo terminó, como ya sabemos, con la muerte de Sandrine. Un atajo de médicos incompetentes levantaron el cadáver y autorizaron el entierro sin descubrir que había sido asesinada. No con puñales o veneno, sino con armas más secretas y mortíferas. ¿Fue tal vez la mala conciencia lo que empujó a Belle a volver a Fort-Pilote? En absoluto. El libanés, pese a sus cincuenta años, seguía siendo un hombre de lo más atractivo: torso bien marcado, vientre plano, piernas como las columnas de un templo griego. Se encaprichó de una joven italiana, hija de una de las muchas familias inmigrantes que, desde 1850 hasta la Primera Guerra Mundial, cruzaron el charco por millones dispuestas a «hacer las Américas», y pensaba casarse con ella como Dios manda. Por más que le juró a Belle que aun así seguirían siempre juntos, esta no pudo soportar la idea. ¿Qué se habría imaginado? ¿Que se instalaría en la alcoba principal donde su hermana, aunque humillada, había dormido como una señora frente a un azulejo pintado a mano y una reproducción del Cristo torturado de Aleijadinho? No tenemos forma de saberlo. En cualquier caso, hizo las maletas y regresó a Fort-Pilote. Al igual que su hija, pero por razones diferentes, odiaba aquel lugar y pensaba que nunca tendría que volver. Le parecía que nada había cambiado en quince años, que el río bordeado por latanias que dividía Fort-Pilote en dos seguía arrastrando en sus aguas turbias la mezquindad, la ruindad, la estrechez de miras y las ambiciones sin fin de aquella pequeña y triste sociedad colonial. Así las cosas, a nadie puede sorprender que se distanciara aún más de Jean Hilaire; ni tampoco la indiferencia con que trataba a su hija.

Aquella mujer vivía en otro mundo. Nunca abandonó del todo Kali, que su corazón idealizó completamente: transformó en grandes avenidas las calles mal asfaltadas e inundadas con las primeras

lluvias; en palacios los chamizos agrupados en barriadas repletas de buganvillas, cáñamo, tulíperos y, por supuesto, hibiscos; en el mismísimo Campo de Marte la plazuela central y triangular donde antaño se azotaba a los esclavos y donde hoy las mujeres venden buñuelos de harina de mandioca, gambas secas, cocos o anacardos. ¿Qué habría sido del libanés? ¿Cuántos hijos le habría dado su nueva esposa, por fin todos blancos y destinados a gobernar a sus hermanos mulatos? Belle se mordía los labios para no aullar de dolor.

2.

Al día siguiente de la muerte de su madre, a quien enterraron bajo los almendros malabares del cementerio marino de Briscaye, Pourméra se transformó. La joven a quien todos creían tarada —o, en el mejor de los casos, completamente inútil— llamó a la puerta de las Hermanas de la Instrucción Cristiana. La superiora la recibió con gran reticencia. ¿Pero cómo darle la espalda a una oveja sin pastor? A cambio de alojamiento, de comida y de poder asistir a las clases, Pourméra empezó a trabajar como lavandera y costurera, y resultó que tenía unas manos de oro. Finos zurcidos, bordados, encajes de ganchillo, punto de abeja, blusones, fruncidos... Todo se le daba de maravilla. Al cabo de tres años ya sabía leer, escribir y contar. Así que dejó a las hermanas y abrió una mercería-lencería que llamó Au Dé d'Argent. ¿De dónde sacó el dinero para montar su propio negocio? Algunos documentos me permiten afirmar que habló con su padre adoptivo, el libanés, y que este no dudó en transferirle una suma considerable a través del Banque de Paris et des Pays-Bas

y en enviarle mercancías desde París.

En pocos años, Pourméra se convirtió prácticamente en una dama.

Conviene recordar que en aquella época las categorías sociales no estaban claramente definidas, de manera que el grueso de la sociedad vivía en condiciones casi de servidumbre, y se admiraba sobremanera el espíritu emprendedor, el ingenio y la inventiva. Hubo un hombre, nacido de una madre sirvienta y de padre desconocido, que llegó a ser constructor. Otro, hijo bastardo de un registrador de poca monta, se hizo impresor y sus hijos terminaron siendo abogados. Para las hijas, por supuesto, el ascenso era más difícil. De ahí que el caso de Pourméra resultara tan admirable.

Estamos en 1930. La población de Fort-Pilote es de 28 604 habitantes.

El comercio al por mayor se ha desarrollado mucho y los almacenes ocupan ahora todo el muelle. El comercio de novedades como telas, ropa, modas, mobiliario y artículos para el hogar se ha multiplicado y asentado, aumentando la animación del muelle; el pequeño comercio o comercio al por menor también se ha extendido y se ha organizado en sindicatos. O al menos eso dicen los historiadores.

Volvamos a Pourméra. Vivía en una casa preciosa en el barrio de La Folie, no muy amplia: cuatro o cinco habitaciones, una buhardilla, agua corriente, electricidad y una ducha en el patio. Tenía su propio banco en un callejón lateral de la catedral de Saint-Benoît. Incluso contrató a una criada para que le hiciera la compra y le fregara la acera con agua abundante. La única sombra en esta estampa de ensueño era que Pourméra vivía sola. No se le conocían amigos, amantes ni familia, y las gentes de bien empezaron a murmurar. Las mujeres están hechas para dar frutos. Las mujeres están hechas

para dar a luz. Entonces llegó a la ciudad un hombre de tez rojinegra del que nadie sabía nada. Se llamaba Abelardo, lo que sugiere que era de origen español. Sin embargo, hablaba criollo perfectamente y se defendía en francés. ¿Quizá era simplemente un negro del Caribe francófono que había vivido en América Latina? No se sabe. Consiguió trabajo en uno de los comercios de Carénage, primero como recadero y luego como tendero. ¿Cómo conoció a Pourméra, que tenía entonces, no lo olvidemos, cuarenta años? El amor, como todos sabemos, hace lo que le viene en gana, así que el romance de Pourméra y Abelardo no debería sorprendernos. Sin embargo, aunque los habitantes de Fort-Pilote se convencieron rápidamente de la intensidad de la pasión de Pourméra, se mostraron más bien escépticos ante los sentimientos de Abelardo. Lo vieron mudarse a la casa de La Folie, gestionar la caja de Au Dé d'Argent y dar órdenes a la sirvienta. Pero no puso un pie en la catedral, prueba de lo impío, borrachín y truhan que era.

Será mejor que acorte esta parte de mi historia, pues resulta demasiado predecible. Abelardo pronto mostró su verdadero rostro.

En pocos años arruinó completamente a Pourméra. Asediada por los acreedores, tuvo que vender su tienda, su casa y todos sus pesados muebles de roble, que terminaron en manos de una de las hijas legítimas de Jean Hilaire Endomius. Al igual que su madre, esta se la tenía jurada tanto a Belle como a su descendencia y no dejó pasar semejante oportunidad para vengarse. Abelardo desapareció y se largó a sembrar la desgracia en otra parte. Pourméra se quedó sola. Pronto se dio cuenta de que estaba embarazada. ¿Es el amor maternal una mera invención? Quizá merezca la pena debatir sobre el tema. Generaciones de mujeres que abandonan a sus hijos en arroyos o vertederos vienen a confirmar esta tesis. Sin embargo, quienes defienden ferozmente las alegrías de la maternidad se

ocupan de refutarla. En el caso de Pourméra, no cabe duda. Nunca quiso a esa niña de tres kilos y medio que dio a luz una tarde de diciembre y a la que llamó Berthe.

He dicho que Pourméra no quería a su bebé. No es del todo cierto. Simplemente, no le interesaba. Cuando las enfermeras le pusieron a la criaturita en brazos, ni siquiera se dignó a mirarla y la sostuvo con tan poco empeño que bien podría habersele caído. Se negó a darle el pecho.

De todos modos, no le subió la leche, así que la niña habría mamado de un odre vacío. Madre e hija estuvieron en el hospital bastante tiempo, porque Pourméra, que ya iba para vieja, no colaboró en lo más mínimo en el parto y tuvieron que practicarle una cesárea. Cuando ambas se recuperaron, no tenían adónde ir. De manera que una mujer conocida como Martha-la-de-los-ojitos-negros convenció a su marido, Marcius, para acoger a la madre y a la criatura. Martha-la-de-los-ojitos-negros había trabajado como criada junto a Pourméra en las Hermanas de la Instrucción Cristiana, y esta última siempre la había tenido presente durante su breve época de opulencia.

A las pocas semanas de nacer Berthe, Pourméra empezó a aullar por las noches.

La primera vez, Martha-la-de-los-ojitos-negros pensó que era un perro callejero dialogando con la muerte y estuvo a punto de salir a arrojarle un cubo de agua fría. Luego se dio cuenta de su error. Corrió a la habitación contigua y se encontró a Pourméra desnuda, su grácil cuerpo recubierto de sudor y tenso como un arco. Echaba la cabeza hacia atrás y sus labios, finos y bien dibujados, dejaban al descubierto unos dientes muy blancos y afilados, de entre los que emergía un grito estremecedor. La bebé dormía profundamente en su moisés, gracias a Dios. Martha-la-de-los-ojitos-negros, sin saber

qué hacer, despertó a Marcius. Este corrió a buscar a un vecino y juntos se las ingenieron para calmarla con pociones de asafétida, friegas de trementina y álcali volátil. Lo mismo volvió a ocurrir la noche siguiente y, desde entonces, cada noche. Puntual como un reloj. A las 11:30 en punto, Pourméra comenzaba su *sabbat*. Duraba hasta la media noche, con escasos intervalos para retomar el aliento. Al cabo de tres meses, Martha-la-de-los-ojitos-negros y Marcius decidieron consultar al doctor Blonfort. El doctor Blonfort era hijo de Isaac Blonfort, elegido senador en 1885, reelegido en 1894, y uno de los fundadores de la Liga para la Defensa de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. Como tal, formaba parte de la élite de Fort-Pilote, pero seguía siendo un hombre sencillo y generoso, y a menudo pasaba consulta gratuitamente. Cuando le llevaron a Pourméra, admitió su total incompetencia ante semejante caso. Pidió consejo a un médico francés, que tampoco supo cómo proceder. Tras muchas dudas, decidieron internar a Pourméra en el hospital Baumettes el 28 de septiembre de 1947. Su hija estaba a punto de cumplir dos años.

Por suerte, en el hospital Baumettes de Fort-Pilote, los métodos psiquiátricos habían avanzado. Ya no se encadenaba a los pacientes ni se les ponían camisas de fuerza. En resumen, ya no se les castigaba por locos o locas. Se intentaba que todos los internos se mantuvieran activos, de manera que a Pourméra solían darle ropa para zurcir y, sobre todo, bordar. Por las noches, para que no molestara a sus compañeras, le suministraban grandes dosis de lo que más tarde se llamarían tranquilizantes. Además, la tenían bien alimentada.

La enfermedad y el posterior internamiento de Pourméra causaron sensación en Fort-Pilote. Era como si hubiera vuelto a ser la niña que un día fue, digna de compasión y ternura, una víctima y

un chivo expiatorio cuyo sufrimiento conmovía incluso a los corazones más duros. Algunos querían buscar a Abelardo y llevarlo a los tribunales. ¿Pero de qué lo acusarían? ¿De destrozarle la vida a una mujer? Si eso fuera delito, faltarían cárceles para encerrar a tanto hombre. Un joven jurista llamado Michel Desnard emprendió una investigación, pero pronto se dio por vencido.

¿En qué pensaba Pourméra, vestida con aquella blusa gris, con el pelo recogido en cuatro moñitos y la mirada distante? Quién sabe. ¿Se imaginaría Kali, la casa donde nació; el rostro de Carlos Martínez, su padre fugitivo; el de su tía Sandrine, tan víctima como ella; el de su tío Lucien y los del sinfín de criaturas blancas, morenas, caramelo y chocolate que este había concebido? ¿O pensaba en su madre? La había odiado por no haberla querido, por no haberla abrazado como era debido. Pero ahora ella estaba siguiendo sus pasos, poniendo a su hija en manos extrañas, abandonándola a su suerte y dejándola irremediabilmente herida para siempre. En aquel momento de su vida, entendió a Belle y se dio cuenta de que, cuando naufragan el amor y la esperanza, los hijos no pueden nada. Se arrepintió de no haberse acercado a su madre para consolarla y hacerse un hueco en su corazón. Paradójicamente, ni se acordó de Berthe, pedazo de carne marchita, excrecencia malsana de su amor.

Debía de pensar, sobre todo, en Abelardo. ¿Dónde andaría? ¿Cuántos hijos habría tenido con otras mujeres, tan ingenuas y crédulas como ella? ¿Cuántas cuentas bancarias habría vaciado con sus extravagancias? Pero no le guardaba rencor. Aprisionado en su bata de lona, su cuerpo ajado se acordaba de absolutamente todo y tenía que morderse los labios para no ponerse a chillar de nuevo, pues, si lo hacía, vendría corriendo el enfermero y le pediría encarecidamente que no perturbara la paz de la comunidad. No

soportaba la forma en que se dirigía a ella.

Michel Desnard no había buscado a Abelardo con demasiado ahínco. De lo contrario, lo habría encontrado fácilmente, a pocas islas de distancia, en la pequeña ciudad de Sangre Grande. Abelardo había alquilado una habitación en un triste hotel de un barrio popular lleno de tugurios, en un entresuelo cerca de los chalés de madera pintada donde antaño residían los ricos, entre jardines de eucaliptos y mangos. Internaron a Pourméra en la estación de las lluvias. Las calles de Sangre Grande se transformaron en torrentes de barro y había que cruzarlas saltando sobre grandes piedras colocadas a intervalos regulares. Con el dinero de Pourméra, Abelardo compró acciones en una naviera caribeña que se proponía dar servicio a todas las islas del archipiélago y a algunos países centroamericanos: un proyecto que, como todos en los que había participado hasta entonces, resultaba absolutamente inviable. Se suponía que las oficinas de la compañía estarían situadas en el quinto piso del único rascacielos —aún inacabado— del lugar, el Sorocaba, pero tanto el tesorero como el director general se hacían de rogar.

Abelardo pensaba a menudo en Pourméra. No es que la amara. Sentía por ella esa lástima rayana en la ternura que suelen experimentar los hombres por las mujeres a quienes han usado y maltratado. Sin embargo, no le culpo en exceso. No sabía nada de su embarazo ni del nacimiento de Berthe. De haber estado informado, tal vez se habría comportado de otro modo. Abelardo habría querido escribir a Pourméra, pero no sabía cómo empezar la carta. Al mismo tiempo, en su aburrimiento, empezó a idealizar Fort-Pilote y olvidó hasta qué punto se había burlado de sus habitantes, usos y costumbres. Si el proyecto de la compañía naviera fracasaba, no sabía qué sería de él. ¿Tendría que volverse a la plantación a

cargar fardos de algodón? ¡Antes muerto!

Y esa muerte que Abelardo rechazaba con todas sus fuerzas vino a su encuentro. Por puro azar. Hay que decir que, en aquella isla, los trabajadores de las plantaciones estaban sujetos a una forma de aparcería llamada *compagnonnage*, que los vinculaba a los dueños mediante un contrato de un año, a menudo verbal. Ahora bien, a finales de la Segunda Guerra Mundial, este sistema dejó de parecer rentable. Los grandes terratenientes empezaron a tomar el control directo de sus explotaciones y a crear sociedades anónimas para aumentar aún más los beneficios. La institución del *compagnonnage* quedó desmantelada. Los campesinos comenzaron entonces a acudir en masa a las ciudades. Por la noche se gastaban sus últimas monedas en borracheras y se peleaban a machetazo limpio, pues sus antiguas herramientas de trabajo resultaban inútiles en la jungla urbana. De haber contado con algún líder, quizá la cólera y la frustración de aquellos hombres podría haberse transformado en furia revolucionaria. Como no era el caso, todo se quedaba en trifulcas y reyertas efímeras que nunca salían de tal o cual barrio. Una noche, en un bar sucio y repleto de humo, Abelardo se encontraba bebiendo un vaso tras otro de pinga, un aguardiente de caña de azúcar muy distinto del ron, mezclado con zumo de limón helado. Sabía que, para cuando la cresta de las montañas se fuera recortando como una hoja dura y dentada sobre el cielo algo menos negro, estaría felizmente borracho. Así olvidaría que, una vez más, él solito se había metido en un callejón sin salida y muy pronto se encontraría entre la espada y la pared. No se sabe con seguridad por qué motivos estalló una pelea al otro lado del mostrador. El hecho es que Abelardo se involucró y recibió varias puñaladas. Poco después perdió la vida desangrado en el hospital de las Hermanas de la Visitación. Una muerte sin gloria.

A las mentes fantasiosas les encantará especular. ¿Qué habría pasado si Abelardo no hubiera muerto aquel día? ¿Habría regresado con Pourméra, acorralado y sin blanca? ¿Se habría curado esta de su locura porque, en realidad, su ausencia era la única causa? ¿Habría tomado Abelardo a su hija en brazos? ¿La habría querido? ¿Le habría enseñado a querer a su madre? ¿Y habría sido diferente, en consecuencia, la vida de Berthe? En cualquier caso, todas estas preguntas carecen de sentido, pues la realidad es la que se acaba de contar. Nadie sabe dónde se encuentra la tumba de Abelardo y a nadie le importa.

3.

Berthe nació el 28 de diciembre de 1945. Debe su nombre a la matrona que intentó asistir el parto de Pourméra antes de llamar al médico. Ante la incapacidad de la parturienta de elegir un nombre del santoral, la partera tomó la iniciativa. Se inscribió a la criatura con el patronímico de Suréna, que tanto su madre como su abuela habían llevado antes que ella. Berthe Suréna.

A pesar de las circunstancias que rodearon su nacimiento, hasta los cinco años Berthe fue una niña feliz, porque las ignoraba por completo. Para ella, su madre era Martha-la-de-los-ojitos-negros y su padre era Marcius, ebanista de profesión. Creció en el jardincillo contiguo a su casa, entre campanillas y rosas, y pronto aprendió a no arrancar las hierbas medicinales, como la citronela y la grama, pues Martha-la-de-los-ojitos-negros las usaba para preparar infusiones. Cuando se cansaba de jugar, se metía en el taller de Marcius y se enroscaba virutas de madera en los dedos, respirando

el perfume de trementina y barniz. Había heredado la fragilidad de su madre y de su abuela, pero su rostro poseía más gracia: los hermosos ojos rasgados de Abelardo compensaban aquella nariz chata en exceso y aquella boca demasiado pequeña heredada de Pourméra, y el resultado era encantador. A los seis años empezó a ir a la escuela.

No sé si le enseñaron la famosa cantinela que tanto indigna a las generaciones actuales: «Nuestros ancestros los galos blablablá...». Pero estoy seguro de que los niños la rodearon y le cantaron: «Tu madre está loca... Tu madre está en un manicomio... Tralarí, tralará...».

Berthe no tenía ni idea de lo que querían decir esas palabras. Solo entendía que significaban exclusión. Volvió a casa bajo el ardiente sol de las once, a todo correr por las callejas de lo que se había convertido en el casco antiguo. Este comprendía los barrios de La Folie y Le Bas du Bourg, y se oponía a Morne Alizé y Morne Moustique, el último de los nuevos barrios donde vivían los nuevos ricos en sus nuevas mansiones diseñadas por arquitectos brasileños. Sin aliento, les contó a Martha-la-de-los-ojitos-negros y a Marcius lo que acaba de oír. Ambos se quedaron callados. El domingo siguiente, tras una larga charla con el doctor Blonfort, llevaron a Berthe al hospital de Baumettes.

El hospital de Baumettes, como ya hemos dicho, no tenía nada de prisión ni de cámara de tortura. Era un edificio de cuatro plantas de color blanco sucio, con una fachada desnuda y austera, excepto por una hornacina en el segundo piso que albergaba una estatua de cuerpo entero de Francis Orlando des Baumettes, por entonces gobernador de la República Francesa en la isla. Este lo había mandado construir en 1802 en recuerdo de su madre loca, fallecida unos años antes. Por la parte trasera, daba a un inmenso parque

dividido en dos por una vía de tren hoy en desuso, pero que antaño se utilizaba para transportar caña de azúcar. La zona inferior estaba plantada de guayabos y caquis de carne rosada como llagas de niños.

¿Había pacientes que salían definitivamente del hospital de Baumettes? Hay que reconocer que no era frecuente. En diez años solo se registraron tres casos así y además parece que se trataba de personas que no estaban realmente enfermas, sino que habían sido ingresadas por sus familias para deshacerse de ellas. En el momento de la visita de Berthe, Pourméra tenía poco más de cincuenta años. Parecía una niña que hubiera entrado sin transición en la vejez. Llevaba el pelo cano cuidadosamente engrasado con aceite de ricino. Le habían frotado *bay rum* detrás de las orejas y en el cuello para que oliera bien y estaba sentada, un poco encorvada, en una silla de respaldo alto.

—Dale un beso a tu madre...

Berthe obedeció y posó su boca fresca sobre la mejilla caliente, flácida y arrugada como papel de estraza. Todos los que presenciaron la escena —el doctor Blonfort, Martha-la-de-los-ojitos-negros, Marcius y un par de enfermeras— esperaban una señal, una reacción, una curación milagrosa como la de los inválidos que en Lourdes se levantan de un brinco y echan a andar. No ocurrió nada. Los ojos rasgados no expresaron la menor emoción. Los labios no se curvaron en algo ni remotamente parecido a un amago de sonrisa. En mitad de un silencio sepulcral, una enfermera le regaló a Berthe una manzana de Francia, escarlata, como recién barnizada. La niña le hincó el diente mientras el doctor Blonfort le acariciaba la mejilla. La visita duró poco, pues corría el mes de septiembre, es decir, estaban en plena estación de las lluvias. En torno a las seis de la tarde se desencadenaban las tormentas y el agua traspasaba los

tejadillos de chapa con sus agujas afiladas.

A la mañana siguiente, Berthe no pudo levantarse de la cama. Decía que le pesaba la cabeza.

El termómetro marcaba cuarenta grados. Por la tarde sufrió convulsiones. El doctor Blonfort, a quien llamaron a toda prisa, convino en que había sido un error permitir aquel encuentro y ordenó que la niña no volviera a visitar a su madre. Cuando le bajó la fiebre, Berthe se sumió en un mutismo agitado, con los ojos cerrados y los párpados temblorosos. El doctor Blonfort la observaba de lo más angustiado. Le hubiera gustado poder leer la mente de la pobre criatura mientras sostenía su mano entre las suyas, enormes, y le acariciaba la muñeca. ¿Qué pensamientos, qué imágenes se agolpaban en su cerebro? Los remordimientos lo torturaban. Había recetado lo que creía correcto, basándose en los preceptos de cierta escuela de psiquiatría a la que pertenecía y que acababa de celebrar un congreso en Filadelfia. La escuela en cuestión proclamaba a voz en grito que la locura de los pacientes no era más que el resultado del declive de la sociedad y que ellos mismos la escogían para protegerse: se trataba de un disfraz, un ardid, una caricatura grotesca.

Esta corriente apostaba por devolver a los pacientes a sus familias, a la vida, como en esas aldeas africanas donde los enfermos deambulan libremente, mezclándose con los hombres y las mujeres sanas. ¿Se equivocaba?

Berthe pareció recuperarse de aquel cara a cara con su madre. Volvió a jugar, correr y tomar *kilibibi* y *kakodou*.^[27] Aunque los niños no dejaron de torturarla en la escuela, supo defenderse y nunca volvió a hablar de ello con Martha-la-de-los-ojitos-negros ni con Marcius.

Mademoiselle Latéral, la maestra que le dio clase durante

aquellos años, no guarda prácticamente ningún recuerdo de ella. Desde luego, no era una de las niñas de piel clara y familia rica a quienes se esmeraba en preguntar la lección todos los días. Tampoco era una de las clásicas zopencas cuya estupidez suele quedarse grabada indeleblemente en la mente de los profesores. Era una niña amable y bastante tranquila, que cuidaba relativamente bien sus cuadernos, que recitaba la fábula de *El zorro y el cuervo* de manera aceptable y que pasó, en fin, completamente desapercibida.

Por entonces murió el hermano mayor de Martha-la-de-los-ojitos-negros. A los diecisiete años, se había exiliado a la isla hispanohablante de Canete, donde había montado una pequeña plantación de café, que ahora regentaba su padre. Como no tenía mujer ni hijos, Martha-la-de-los-ojitos-negros heredó todos sus bienes. ¿Quién no ha soñado alguna vez con tener un negocio de éxito? Martha-la-de-los-ojitos-negros y Marcius no lo dudaron. La ebanistería no daba dinero, así que decidieron vender sus escasas posesiones y emigrar a Canete. Solo había un problema: Berthe. ¿Qué hacer con aquella niña de casi diez años, escolarizada en una escuela francesa y acostumbrada a cierto entorno? ¿Debían trasplantarla a un país totalmente distinto, a una finca aislada de la civilización, a 1200 metros de altitud? Una vez más, Martha-la-de-los-ojitos-negros y Marcius pidieron consejo al doctor Blonfort. Fue él quien dio con una familia de confianza dispuesta a acoger a Berthe: los Aubrun, parientes suyos por parte de madre.

Para comprender bien la naturaleza de la familia que aceptó hacerse cargo de Berthe, quizá sea necesario remontarse bastante atrás en nuestra historia.

Hacia 1860, los Maheux de La Folie, una familia de *bekés* arruinados por la abolición de la esclavitud y el consiguiente malestar social, tomaron una decisión de considerable importancia:

casar a sus hijos e hijas con mulatos. Esto no es signo de amplitud de miras ni de una sana ausencia de prejuicios. Se trató más bien de un cálculo de lo más inteligente. Jos Maheux de La Folie, el jefe del clan, entendió que los mulatos eran la nueva clase dominante. ¿Acaso no estaban comprando todas las destilerías de ron y todas las plantaciones de café y cacao? ¿No acababan de adquirir Belle Eau? ¿Cuántas tierras poseían ya? Pronto serían los dueños de la isla entera. Había que darse prisa antes de que se hicieran con todo y se volvieran arrogantes e intratables. Los mulatos de la región de Sofaya se abalanzaron sobre las muchachas Maheux de La Folie, que eran tan rubias y bellas como se podía ser, y que además cantaban maravillosamente los *Lieder* de Schubert. Los varones del clan Maheux de La Folie no aceptaban una esposa que no llegara a cierto tono de piel y cuya cuenta bancaria no tuviera un número de ceros determinado. Después de muchas dilaciones, Charles Emmanuel, el primogénito de Jos, se decidió a pedir la mano de Emma Devarieux. Fue un matrimonio muy feliz. Tuvieron diez hijos: cinco niños y cinco niñas. La menor, Bélia, demostró desde muy pequeña ser una niña prodigio.

Hacia 1896, es decir, en la época en que Belle era el centro de atención de sus compatriotas en Fort-Pilote, a ciento veinte kilómetros de Sofaya, Bélia publicó una novela titulada *Bajo el sol de las Antillas*. Las opiniones han cambiado en lo que respecta a los títulos de las novelas. En la actualidad un título así nos parecería facilón, demasiado folclórico e incluso naif. En aquella época se trataba de un título provocador y agresivo. Toda una declaración de intenciones por parte de Bélia, que pretendía exponer los sórdidos tejemanejes, la hipocresía y el egoísmo de la clase a la que pertenecía. *Bajo el sol de las Antillas* provocó un verdadero escándalo. Ahora resulta ilegible, pues el concepto mismo de

escritura también ha cambiado. Los lectores actuales no tolerarían el petrarquismo irritante de algunos diálogos amorosos y la incongruencia de ciertos recursos melodramáticos. Jos Maheux de La Folie estuvo a punto de sufrir un ataque de apoplejía leyéndolo y se dice que el retrato que hizo su nieta de él aceleró su fin.

Poco después Bélia decidió que la isla era demasiado pequeña para albergar su genio y se marchó, el mismo año en que Belle zarpó hacia Kali para ayudar a Sandrine. ¿Dónde estuvo? Primero en Francia. Su presencia destacó en los salones literarios parisinos. Luego su pista se perdió durante un tiempo. Años más tarde se vuelven a tener noticias suyas en Largo do Boticario, en Río de Janeiro. Vivía en una casa de fachada azul claro con cuatro ventanas altas, dos de las cuales daban a un balcón de forja repleto de plantas. Se entraba por una verja amplia que se abría al frescor de un patio. Pues no hay que olvidar que a Bélia nunca le faltó el dinero. Como hija predilecta de su padre, le bastaba una llamada para que, *ipso facto*, este le mandara lo que le hiciera falta. Después de Río, cuando el hombre que amaba la abandonó, comenzó su declive moral.

Los vagabundeos de Bélia duraron quince años. Terminó regresando a Sofaya, prematuramente canosa, bastante alcohólica —la familia no tardó en darse cuenta de esta desgracia— y con una niña tan hermosa como arisca entre sus faldas, que además no hablaba ni una palabra de francés. La niña se llamaba Altagras. No es necesario detenerse en la infancia y adolescencia de Altagras. Basta decir que no fueron felices. Los círculos con ínfulas de aristócratas no tienen piedad con las ovejas negras. Marcaron a Bélia con un hierro candente, y su hija, una bastarda cuya paternidad fue objeto de especulación nacional, se vio igualmente despreciada, excluida y excomulgada. A los veinte años, para escapar del infierno

que era su vida, Altagras se casó con un veterinario negro, Emmanuel, más conocido como Mano Aubrun. Tuvo tres hijos: dos varones, Antoine y Jean-François, y una niña, Dominique.

Estas eran las personas con las que Berthe iba a vivir. En teoría, los cálculos del doctor Blonfort eran bastante acertados. Su intención era colocar a Berthe en una familia de clase media que se ocupara de su educación y su formación, pero que no fuera demasiado rica y orgullosa y, por tanto, que no tuviera la tentación de tratarla como a una sirvienta. Además, su madre era prima hermana de Mano Aubrun, a quien respetaba y apreciaba mucho.

En la práctica, la elección del buen doctor resultó desastrosa y, en dos ocasiones, sus decisiones marcaron muy negativamente el rumbo de la existencia y la personalidad de Berthe.

En aquella época no se consultaba suficientemente a las mujeres. No me cansaré nunca de repetirlo. Si el doctor Blonfort se hubiera tomado la molestia de entrevistarse con Altagras Aubrun, otro gallo habría cantado. Pero se limitó a hablar con Mano, que siempre andaba en las nubes, muy ocupado y que, sobre todo, no quería dar la impresión de ser un cero a la izquierda en su propia casa.

A los cuarenta años, cuando Berthe comenzó a compartir su vida con ella, Altagras Aubrun era una mujer muy hermosa. Mulata con gloriosa sangre negra. Su piel era de color miel; sus cabellos, de ébano, dispuestos en finos surcos, como tallados con cincel; su boca, carnosa y ligeramente violácea. Toda ella transmitía una sensualidad que la devoción no acertaba ni remotamente a disimular. Todos los jóvenes burgueses que habían visitado las numerosas residencias del clan Maheux de La Folie soñaban con tenerla entre sus brazos. Pero ninguno se atrevía a pedirla en matrimonio y, con

un ramo de flores blancas entre las manos, Altagras había visto casarse a sus primas, una tras otra. Incluso Germaine, enfermiza y tímida. De manera que se resignó y aceptó al negro Mano Aubrun.

¡Qué calvario para una mujer compartir su lecho con un hombre al que no ama! Para desgracia de Altagras, Mano pertenecía a la misma especie que Jean Hilaire Endomius: la especie de los que presumen de ser capaces de satisfacer a cinco mujeres y una yegua en pocas horas. Y así, varias veces al día, tenía que soportar su peso sobre ella, recibir su miembro brutal que, contra su voluntad, conseguía darle cierto placer, y consentir sus tocamientos en las partes más secretas de su cuerpo. En su desesperación e impotencia, empezó a imaginar las peores catástrofes. El Citroën de Mano estrellándose contra una palmera en la alameda Dumanoir. El caballo con el que Mano recorría los campos para ocuparse del ganado de los campesinos encabritándose y arrastrando su cuerpo durante kilómetros por una pista sembrada de rocas volcánicas. Justo cuando en sus sueños se inclinaba para constatar la muerte, una mano la agarraba con brusquedad por los hombros y una voz apasionada le susurraba: «¡Vamos, cariño, ya sabes lo que toca...!».

Quizá las palabras de Mano le horrorizaran más que el acto que las seguía.

¿Por qué Altagras no quería a Mano, por quien habían suspirado tantas herederas de las mejores familias del país, incluidas las hijas legítimas de Jean Hilaire Endomius? Sería simplista achacar tales sentimientos al desprecio por el color de su marido. Más bien, creo que esta mujer inteligente y orgullosa odiaba la dominación que implica el matrimonio; la imposibilidad de, por el mero hecho de ser mujer, dirigir su propio destino, cometer los errores o realizar las hazañas que jalonan cualquier vida digna de tal nombre. Bélia, su madre, había pagado demasiado cara su libertad. No tenía fuerzas

para imitarla, y su pusilanimidad la consumía. Balanceándose en la mecedora del porche, se imaginaba en París, Madrid o Río de Janeiro, los lugares donde había vivido su madre. Se imaginaba a la gente susurrando: «Es Altagras Maheux de La Folie. La autora de...». Estaba escribiendo una novela mucho mejor que *Bajo el sol de las Antillas*. Una novela que ganaba un importante premio literario. Pero entonces abría los ojos y se encontraba de nuevo en la Rue du Sable, con la mar a un lado y la silueta del Morne à Vaches al otro. En la parada del autobús, un vendedor de *sinobol* agitaba su campanilla. Mademoiselle Destremaux se dirigía a la catedral para asistir a la misa vespertina.

Afortunadamente, Altagras tenía a su hijo mayor, Antoine, para consolarla. Para ella, era como si sus hijos pequeños no contaran, como si con el primogénito se hubieran agotado de golpe todos los tesoros de su corazón. Antoine era un auténtico Maheux de La Folie. Era la viva imagen de su abuelo materno, Charles Emmanuel.

Hasta que Antoine cumplió los cinco años, Altagras fue perfectamente feliz. Lo vestía con trajes de marinero, le hacía tirabuzones en su larga y sedosa cabellera, le ponía perfume en la nuca y lo llevaba a la iglesia para que todos lo admiraran. Por desgracia, a esa edad le sobrevino una meningitis y tuvo convulsiones. Aunque sobrevivió, quedó debilitado para el resto de su vida. Apenas podía hablar. No pudo seguir en la escuela. A veces se orinaba encima.

Todos los testimonios coinciden en que, a partir de ese momento, el ya difícil carácter de Altagras se echó a perder por completo. Se volvió amargada y sarcástica. Evitaba aún más la compañía y solo salía de su casa de la Rue du Sable para acudir a misa. Nadie se atrevía a preguntarle por la salud de su hijo, pues rechazaba violentamente a cualquier interlocutor. Con el paso del

tiempo, hasta dejó de dar los buenos días.

Su marido se tomó la desgracia de su hijo con mucha más filosofía.

Mano Aubrun se había sentido tentado de entrar en política, ya que, como hemos dicho, junto con la educación, este era el mejor medio de ascenso social para un negro. Sin embargo, en su época, la década de 1930, las cosas ya no eran tan sencillas. Medio siglo antes, había bastado con un grupo de estudiantes de origen modesto, todos salidos del liceo de Fort-Pilote, para crear un periódico y fundar el Partido Socialista. Para estos jóvenes, era evidente todo lo que estaba en juego. Aunque en la sociedad posterior a la esclavitud se suponía que todos los ciudadanos eran iguales, el color negro seguía siendo una desventaja. El socialismo, en tanto que ideología igualitaria nacida de los grandes principios republicanos, parecía dar respuesta a esta contradicción. Pero, en la época de Mano, la sociedad ya se había estratificado en clases y la burguesía negra era tan arrogante como la mulata. Aunque su padre fuera un honorable maestro de escuela, en realidad Mano no había nacido en su seno, sino más bien en su periferia. Para ascender en la escala social hacían falta una energía y un talento que él no poseía. Se conformó con su oficio. Fue uno de los primeros en estudiar en Francia, pero al vivir en Burdeos se encontró aislado de la agitación intelectual de sus compatriotas de París. Por ello, nunca oyó hablar del movimiento de la Negritud ni tomó parte alguna en la incipiente lucha anticolonialista.

No me he olvidado de Berthe. Tiene casi diez años. Sostiene la mano del doctor Blonfort en el muelle y ve zarpar al Doña Flor, que se lleva a Martha-la-de-los-ojitos-negros y a Marcius a la isla de Canete.

—No llores —le han dicho—. Los verás en las vacaciones de verano...

Así que intenta no llorar. El día anterior el veterinario, Emmanuel Aubrun, había ido a ver a Martha-la-de-los-ojitos-negros y a Marcius, y les había asegurado que su pequeña estaría a salvo con él. Como ocurre con la mayoría de las criaturas, la curiosidad por la nueva vida que le esperaba pudo más que la aprensión. Además, el hombre parecía simpático. El doctor Blonfort la lleva hacia su coche, un Studebaker americano. Nunca se había montado en un coche tan bonito.

La familia Aubrun vivía en la Rue du Sable, en Fort-Pilote. Llegados a este punto, quizá merezca la pena dar algunas indicaciones sobre la isla. En su parte norte, montañosa y frondosa, se asienta una mayoría de mulatos desde la expulsión de los *bekés* del panorama económico; mientras que en la zona meridional, llana y a menudo pantanosa, se instalan sobre todo los negros, en parcelas que no suelen superar la media hectárea. Dos ciudades ilustran bien esta bipolarización. Al norte, Sofaya, la capital, esencialmente mulata, fundada en 1040 y asentada al final de una magnífica bahía, aunque con un puerto poco profundo. Al sur, Fort-Pilote, centro comercial con una población variopinta pero predominantemente negra. Los Maheux de La Folie tenían su feudo en las alturas de Sofaya, en la zona de Carmel, y despreciaban a cualquiera que viviese más allá de una línea imaginaria trazada desde Anse Paradis hasta Camarene, a treinta kilómetros por debajo de Sofaya.

Por supuesto, en los años cincuenta estas distinciones ya no eran

tan estrictas, pues los caprichos de la administración, la búsqueda de empleo y el desarrollo del turismo habían provocado la movilidad de los habitantes. Aun así, Altagras había sentido que abandonar Sofaya e instalarse con su marido en Fort-Pilote era el símbolo inequívoco de su caída en desgracia. Sin embargo, la casa de la Rue du Sable era hermosa, con su tejado de tejas rojas barnizadas, su fachada blanca y desnuda, sin balcón, iluminada por la noche por un farol hexagonal. Tenía diez habitaciones y un desván.

Cuando Berthe llegó a casa de los Aubrun, la familia se disponía a cenar. La mesa estaba puesta y cada plato tenía un servilletero con el nombre de su dueño bordado a punto de cruz: Papá, Mamá, Antoine, Dominique, Jean-François. Berthe vio en aquello el símbolo de su nueva existencia. Fueron entrando todos los actores y ocuparon sus lugares en el escenario. Por extraño que parezca, aquella noche a Berthe no le impresionó especialmente Altagras. Le dio un poquito de miedo, pero no más que cualquier otro adulto. Altagras llevaba de la mano a una niñita. Un niño pequeño se agitaba en brazos de su padre. En un momento dado, ordenó a una criada que asomaba la cabeza con curiosidad a través de las cortinas que llevara a Berthe a su habitación del segundo piso, y allí, en la escalera, sentado en el último peldaño, con el rostro apoyado sobre la barandilla, observando a los visitantes sin querer ser visto, se encontró con aquel muchachito.

Berthe era una niña bastante tímida. Sin embargo, en algún lugar de su interior encontró el arrojo necesario para preguntar:

—¿Cómo te llamas?

Fue la criada quien contestó y Berthe notó la malevolencia en su voz:

—Antoine. *I pa sa palé*, ino!^[28]

¡Cuánto me hubiera gustado preguntarle a Berthe por aquel

momento!

¿Qué sentiste?

¿Cómo fue experimentar todos los síntomas de la pasión sin tener ni la menor idea de lo que es?

No intentemos señalar responsabilidades: los corazones no quieren saber nada de eso, ni tampoco de culpa. Altagras no era culpable de idolatrar a su desgraciado hijo, que era el hazmerreír de la buena sociedad. Berthe no tuvo ninguna culpa de sentir lo que sentía. Antoine no era culpable de inspirar y recibir tanto amor. Tratemos simplemente de ver las cosas con cierta claridad. Hasta entonces, Altagras lo había significado todo para su hijo mayor. Ella era la única que percibía sonidos coherentes en el murmullo que a veces escapaba de sus labios, la única que sabía calmar sus ataques de ira —sus «rabiets», como las llamaban los demás—, la única capaz de arrancar una carcajada de su boca taciturna. De un día para otro, se vio obligada a compartir y, como bien sabemos, para quienes aman, compartir significa perder. Empezó a ver cómo Antoine se pegaba cual sombra a los pasos de otra, cómo acechaba por la ventana su regreso de la escuela para abalanzarse sobre ella como un perro rabioso, y luego quedarse hecho un ovillo en un rincón de su habitación mientras Berthe, de lo más aplicada, hacía los deberes y cómo se apagaba cuando esta se marchaba en vacaciones. ¡Una rival! Y no una rival cualquiera: una vulgar negra huérfana de padre, cuya madre estaba en un manicomio y a la que había aceptado en su casa ante la insistencia de su marido...

A partir de entonces, dos sueños ocuparon las noches de Altagras. El primero ya lo conocemos. El Citroën de Mano estrellándose contra una palmera en la alameda Dumanoir o su caballo encabritándose por pistas sembradas de rocas volcánicas. Este era el segundo: Berthe víctima de una de las muchas fiebres

tifoideas que diezmaban Fort-Pilote por aquel entonces, vaciándose de agua pútrida por arriba y por abajo. Berthe mordida en el talón por una de esas serpientes trigonocéfalas que gustan de esconderse entre la hierba, tirada detrás de un arbusto, hinchada, amoratada, echando espumarajos por la boca.

Y a pesar de todo lo que le pasaba por la cabeza y el corazón, Altagras seguía siendo una católica devota. Así que por la mañana iba diligente a la iglesia, colocaba ramos de flores a los pies de todos los santos, prendía velas y se encerraba en el confesionario. El padre Van der Brucken le daba la absolución y la reprendía:

—Vamos, no te acuses en falso. Estoy seguro de que, en el fondo, no le deseas la muerte a esa criatura, esa pobre huérfana a la que tuviste la bondad de acoger. Además, ¿no hace feliz a tu hijo?

¡Claro que lo hacía feliz! ¡Precisamente ese era el crimen!

Al salir de la iglesia, Altagras se cruzaba con los niños de los barrios chabolistas que se habían desarrollado en Fort-Pilote en los últimos años. Acarreaban agua para que sus familias pudieran lavarse y cocinar. Se detenía en el puente sobre la Rivière des Lataniers y contemplaba el agua marrón, espumosa, tan fría en su nacimiento que se podían enfriar botellas de refresco, pero que iba calentándose a medida que se acercaba a la mar.

Cuentan los historiadores que fueron años muy importantes para el país. Al parecer, la irrupción del capitalismo industrial y la mecanización de las manufacturas provocaron la desarticulación de la sociedad tradicional, con el consiguiente despoblamiento del campo en favor de los núcleos urbanos. La población de Fort-Pilote se triplicó y aparecieron los barrios chabolistas que acabo de mencionar. Nuestros historiadores lamentan asimismo el descenso considerable de las exportaciones de azúcar, que provocó huelgas de

cortadores de caña. Denuncian un empeoramiento de las tasas de desempleo, analfabetismo y mortalidad infantil. Hablan de enfrentamientos raciales y, sobre todo, describen con todo lujo de detalles «las sangrientas jornadas de octubre».

Un incidente relativamente menor fue el origen de estas «jornadas».

Un anciano, apodado La Linterna Mágica, se ganaba la vida remendando los zapatos de los escolares. Para ser lo más eficaz posible, montó una especie de puesto ambulante frente a una preciosa tienda llamada À la Pantoufle de Vair. Era un negro educado y honrado, pero su presencia en la acera disgustaba al dueño de À la Pantoufle de Vair, un blanco de origen polaco llamado Jaruzelski. El tal Jaruzelski aprovechaba cualquier pretexto para insultar al viejo. Un día en que estaba de muy mal humor —bien porque se había follado mal a la fresca de su mujer, bien porque la había pillado en la cama con algún amante, como decían las malas lenguas—, le propinó al viejo una patada en el trasero, y sus puntas, tenazas, tiras de cuero y herramientas se desparramaron por el suelo. Dos horas más tarde, À la Pantoufle de Vair fue saqueada y a Jaruzelski lo sacaron a rastras de detrás de su mostrador, dejándolo medio muerto en mitad de la calzada.

Durante toda la noche, una turba enfurecida prendió fuego a los coches de los blancos y saqueó sus propiedades. La cosa no quedó ahí. Un albañil llamado José Laran salió de las sombras donde había permanecido hasta entonces y, desde el balcón de la Cámara de Comercio, instó al pueblo a tomar las riendas de su destino, expulsar a los blancos y organizar una revuelta, como ya había ocurrido en algunas islas vecinas. Los estudiantes e intelectuales se unieron a la causa. Naturalmente, las tropas de la Francia continental no tardaron en llegar como refuerzo y sofocaron violentamente los

disturbios. Con esposas en las manos y grilletes en los pies, embarcaron a José Laran en un avión para que respondiera por sus crímenes ante un tribunal especial reunido en Versalles, antigua residencia de los reyes de Francia.

Para quienes puedan sorprenderse de tanta violencia, reflejo de la gravedad de las tensiones sociales, cabe señalar que, ante el hundimiento de la economía, el turismo se había convertido en el único recurso de la isla. Los europeos —principalmente franceses, pero también canadienses y estadounidenses— acudían en masa en busca de sol y playa en invierno, de casinos y discotecas todo el año. Blancos y más blancos por todas partes. Se había alcanzado e incluso superado con creces el famoso umbral de tolerancia del que hablan los sociólogos. Los nativos se sentían extranjeros en su propia casa.

Si a esto añadimos que por entonces daba sus primeros pasos la política de traslado de la población autóctona a Francia, no es difícil entender las razones de tan espectaculares represalias. Al menos, así lo explican los analistas. ¿Qué huellas dejaron estos acontecimientos en Berthe? Casi ninguna. El clamor de estas grandes luchas políticas le llegó amortiguado, lejano. Lo único que recordaba de las sangrientas jornadas de octubre era una muchedumbre furiosa agolpándose en la Rue du Sable. Antoine, Dominique y ella observaban a través del ventanuco de la buhardilla sin entender el porqué de tantos gritos rabiosos y pancartas airadas. El liceo Félix-Éboué estuvo cuatro semanas cerrado. Cuando volvió a abrir, Berthe se enteró de que algunos profesores habían sido trasladados a la metrópolis y sustituidos por otros. Blancos.

Pero hay un recuerdo que destaca sobre el resto.

Por la misma época, seis campesinos se declararon en huelga de hambre en la catedral de Saint-Benoît para llamar la atención sobre

su trágica situación. El cultivo de la caña de azúcar siempre ha sido estacional, de enero a junio. Después no hay prácticamente nada que hacer, pues no es necesario replantar la caña y las mismas plantas producen durante varios años. En consecuencia, los trabajadores del sector azucarero se encontraban en paro de julio a diciembre, obligados a vivir de lo que hubieran podido ganar.

Si antes ya eran miserables, el abandono del monocultivo de exportación los condenaba a una muerte lenta. Con Dorothée, una de sus compañeras de clase, Berthe fue a ver a los huelguistas, tendidos en catres en el crucero de la catedral. Aunque era de origen modesto, por no decir plebeya, Berthe no tenía conciencia de serlo. No sintió afinidad alguna con aquellos negros demacrados, ataviados con pantalones de lona deshilachados, con los pies como ñames nudosos, ni tampoco con sus compañeras que, con la frente ceñida con pañuelos de madrás oscuros, les humedecían la cara con agua sacada de una calabaza. Toda aquella gente apestaba a sudor y miseria, olores que ella nunca había respirado, así que Berthe se volvió corriendo a la Rue du Sable. Allí la esperaban una taza de chocolate caliente y dos tostadas con mermelada de guayaba. Pues, repitémoslo, Altagras nunca pudo torturar a Berthe como habría deseado. En el plano material, Mano siempre se ocupó de que la trataran como al resto de criaturas de la familia.

Si los acontecimientos políticos y la visión de la indigencia de sus compatriotas no dejaron huella en el carácter de Berthe, ¿qué era lo que la impactaba y la conmovía? La naturaleza de su país, al parecer. Mano Aubrun había heredado de su padre una casa en Raisins Clairs, un pueblo de pescadores reconvertido en lugar de vacaciones, pero que se había mantenido al margen del floreciente auge turístico. Cuando Berthe, desde un saliente rocoso que dominaba la playa, divisaba la mar, las palmeras, la arena blanca y, a

lo lejos, la débil silueta de un islote, se convencía de que Dios, al asignarle semejante lugar de nacimiento, le había concedido un inmenso privilegio. Del mismo modo, cuando tomó el barco hacia Canete, una vez que se apaciguó la pena de separarse de Antoine, algo se movió en su interior y sintió el impulso de expresar su asombro.

Le habría encantado escribir poemas. Pero ¿a quién se los iba a enseñar? Antoine no sabía leer.

Hasta ahora no he hablado mucho de Antoine, y esto supone, estoy de acuerdo, una laguna.

Era alto y bien desarrollado para su edad, como ese héroe del que nos habla Vitaliano Brancati, que cuando iba a la catedral de Saint-Benoît con su familia lograba «desviar del púlpito las más bellas miradas». Pero, a diferencia de lo que ocurría en sus primeros años, ya no era solo para admirarlo. Lo miraban para verlo hurgarse en la nariz, tirarse nerviosamente de los rizos, retorcerse con rabia en el regazo de su madre, como exigiéndole que pusiera fin al suplicio que le infligía.

Pues, aunque en casa era relativamente fácil de controlar, Antoine se volvía insoportable en público. A los doce años, Altagras y Mano tuvieron que renunciar a sacarlo de paseo contra su voluntad. La casa de la Rue du Sable daba a un vasto jardín, un verdadero parque donde crecían libremente quenepas y guayabos. Antoine se pasaba allí la mayor parte del tiempo, semidesnudo, tumbado al sol, incluso bajo ese sol del mediodía que todo lo reseca, o girando incansablemente sobre sí mismo como un perro. Desde la ventana de su habitación, Altagras lo observaba con los ojos anegados en lágrimas, murmurando una plegaria inútil:

—Dios mío, haz que se cure...

Todo cambió con la llegada de Berthe, porque gracias a ella descubrió la pintura. Nadie sabe exactamente cómo ocurrió. Probablemente un día, en mitad de alguna crisis, Berthe le puso un par de pinceles y papel en las manos, y lo animó a probar. En cualquier caso, se convirtió en una pasión.

Mientras ella estaba en la escuela o haciendo los deberes, él pintaba incansablemente enormes frescos con formas tan atormentadas como poéticas que surgían triunfantes de su imaginación. Pronto empezó a pintar los rostros que veía a su alrededor y todos empezaron a temer reconocerse, parecidos y a la vez diferentes, indescifrables y descifrados, secretos y descubiertos. La pintura se convirtió en su medio de comunicación con su entorno y, sobre todo, con Altagras, ya que Berthe aparecía muy poco en sus cuadros —al menos en los de esta época: no empezó a pintarla hasta que la perdió—. Como muestra de su amor, transformaba a Altagras en diosa o sirena, con un hibisco por ombligo y estrellas en los párpados. Cuando se disgustaba, la convertía en tronco rugoso, flanqueado por ubres colgantes como odres. La dotaba de dos cabezas, tres pies y una boca voluptuosa de la que podían caer a voluntad diamantes o sapos, como en un cuento de hadas. En resumen, la poseía a su antojo a través de su pintura.

Al principio, hay que decirlo, la familia consideraba la pasión de Antoine como una diversión sin importancia. Mano hacía gala de generosidad y le daba a su desdichado hijo cuanto necesitaba para comprar materiales en Case Prêcheur, la única tienda de bellas artes de Fort-Pilote. Altagras enmarcó varios cuadros y los colgó por la casa, pero no era una muestra de admiración, sino de amor por su hijo. Un día, un amigo que regresaba de Haití se detuvo en seco ante uno de esos lienzos y preguntó si se trataba de un auténtico Salnave Philippe Auguste.

Les reveló a los asombrados padres la existencia de la pintura naif haitiana, que se disputaban los museos más importantes del mundo, y el genio de artistas que no habían pasado por ninguna escuela. Les recomendó que estuvieran atentos, pues podrían encontrarse ante un inmenso talento. Altagras se entusiasmó con esta posibilidad, pero Mano mantuvo la cabeza fría. La pintura estaba poco desarrollada en el país, aunque la literatura florecía. El propio Mano nunca había abierto un libro escrito por ningún compatriota suyo. No sabía nada del tan elogiado *Cuaderno de un regreso al país natal*, de Aimé Césaire. En su biblioteca, que contenía a todos los grandes novelistas rusos, de Tolstoi a Dostoievski, difícilmente se habría encontrado nada más allá de *Fab'Compè Zicaq*, de Gilbert Gratiant. Ni siquiera lo había leído, pero uno de sus sobrinos le había regalado una edición de lujo. Al mismo tiempo, se quejaba a menudo de la mediocridad de la vida intelectual del país. En diez años nunca había ido al teatro y tan solo había visto en el cine una adaptación americana de *Guerra y Paz*, que le había decepcionado profundamente.

5.

He llegado a uno de los capítulos más difíciles de mi historia: la relación entre Berthe y Antoine. Difícil porque ninguno de los protagonistas me reveló nada al respecto. Antoine no pudo. Berthe, acorralada y abrumada ante cualquier pregunta, siempre se negó a hablar del tema. ¿Cuándo cambiaron las cosas entre ellos? ¿Cuándo pasaron de un apego infantil y neurótico, en el caso de Antoine, a la pasión entre un hombre y una mujer, con todo lo que eso conlleva a

nivel físico?

No hay forma de saberlo. Nadie notó nada. Al menos hasta que el vientre de Berthe empezó a hincharse cada día más. La montaña de la verdad. En 1963, pasaban cosas importantes en Fort-Pilote. Por primera vez, las palabras «independencia» y «revolución» dejaron de ser lanzadas al aire por una multitud brevemente sobreexcitada y líderes efímeros, y comenzaron a imprimirse en manifiestos que expresaban un programa coherente. No tardarían en aparecer además en carteles pegados por todos los muros de la ciudad, pidiendo a la gente que se abstuviera de votar en las elecciones. Pero a Berthe todo esto le daba igual. Una mañana, antes de maitines, la echaron de la casa de la Rue du Sable.

Parece que se refugió en casa de Destrella, amiga de Martha-la-de-los-ojitos-negros, que la había conocido de niña. Allí nació su hijo: Antoine, como su padre. He intentado reconstruir las noches de Berthe hasta el nacimiento de su hijo. Estoy seguro de que fue entonces cuando empezó a pensar de otro modo en Pourméra. Sentía cómo el mismo grito que había retumbado en el pecho de su madre le ascendía lentamente por el esófago, le atravesaba la faringe, le llegaba a la boca y, muy a su pesar, se le entreabrían los labios. Sí, por sus venas corría la sangre de aquella mártir y pronto conocería el mismo destino. La encerrarían entre altos muros. La locura, sin embargo, elige a sus víctimas, y Berthe no resultó de su agrado.

Nació Antoine. Una criatura preciosa que pesó 4,280 kg. Las enfermeras se asomaban a la cuna para ver si realmente se trataba del hijo del retrasado de la familia Aubrun. Hay que ver, imenuda historia!

Cuando Berthe tomó a su hijo en brazos, rompió a llorar. No había llorado cuando conoció a su madre, ni cuando se marcharon

Martha-la-de-los-ojitos-negros y Marcius, ni siquiera cuando la echaron de la casa de la Rue du Sable y Antoine no pudo hacer nada para defenderla. Lloró. No de pena, sino de amor. Había deseado morir y ahora había creado una nueva vida. Se había creído sola, abandonada, y ahora tenía un compañero. Se había creído débil y ahora tenía el deber de ser fuerte. Por él.

En la escuela infantil Achille-René-Boisneuf no se recuerda a ningún niño llamado Antoine Suréna, que sin embargo empezó a estudiar el mismo año en que Fort-Pilote se vio sacudido por disturbios de una magnitud sin precedentes, como consecuencia de la violenta represión de la huelga de los obreros de la construcción. Yo mismo estudiaba por entonces en Burdeos y, aterrorizado ante las imágenes de los saqueos y la destrucción que aparecían en los periódicos, vivía pendiente del teléfono.

—No te preocupes —me decía mi madre—. Solo se meten con los blancos metropolitanos...

Ese mismo año despertó nuestro volcán. Escupió una masa de lava sobre los pueblos y todo el mundo pensó que había llegado el fin de nuestro país. Se puso en marcha un plan de evacuación y las carreteras se llenaron de vehículos que acarreaban criaturas, colchones y muebles. Por añadidura, ese año Martha-la-de-los-ojitos-negros y Marius regresaron de Canete. Como ninguno tenía olfato para los negocios, no solo habían dilapidado el capital heredado de sus padres, sino que además habían contraído una enorme deuda. Se llevaron a Berthe y al pequeño Antoine y emigraron juntos a Port-Mahault, una bonita ciudad costera. ¿Por qué Port-Mahault? La verdad es que no lo sé... ¿Le haría algún reproche a Berthe Martha-la-de-los-ojitos-negros? Es poco probable. Después de todo, ¿no les había dado el regalo más maravilloso? Un niño, un precioso varoncito moreno y de cabello rizado como un

bata-kouli.

Para el pequeño Antoine, aquellos fueron años de pura felicidad.

La carretera que va de Fort-Pilote a Sofaya, la capital, discurre hacia el sur bordeando la costa. Primero atraviesa una zona antaño dedicada al cultivo de la caña de azúcar, donde en la actualidad se alzan como fantasmas los esqueletos de las fábricas cerradas, para luego adentrarse en la región bananera, donde se ve un sinfín de cabañas de aspecto precario, dispersas y semiocultas entre el follaje. Para llegar a Port-Mahault, situada en una especie de saliente rocoso, hay que abandonar la carretera principal y descender por una pista con mucha pendiente y flanqueada por rocas donde los extintos amerindios esculpieron extrañas figuras.^[29] Esto es todo lo que queda de los primeros habitantes del país.

En Port-Mahault hay un pequeño faro, cabañas de madera, casas de ladrillo, algunas tiendas de comestibles y bares, una gasolinera, un mercado cubierto, una hermosa iglesia y una gran escuela, pues acoge a criaturas de cientos de pueblos perdidos en los más insólitos recodos de la costa. Una plaza sombreada por flamboyanes y almendros malabares marca el centro del pueblo, y en el embarcadero hay un espigón de piedra donde rompe el oleaje, al extremo de un paseo sembrado de farolas. En Port-Mahault, Marcius retomó su oficio de ebanista. Pero, como los pedidos escaseaban, Martha-la-de-los-ojitos-negros abrió un *lolo*^[30] donde se vendía de todo: aceite, canela, *corned beef*,^[31] sardinas, hilo, agujas...

En cuanto a Berthe, consiguió un trabajo de oficina en el ayuntamiento. Más concretamente, en el registro civil.

Nada más salir de la escuela, Antoine agarraba un sedal y corría al puerto a pescar pececillos con sus compañeros de clase. Nunca le faltaban monedas para comprar *tourments d'amour*, *douslets* y *sukàkoko*.^[32] Era el rey de la casa. El ojito derecho de toda la

familia.

Hacia 1972 llegó a la vida de Berthe un hombre, Jean Larose, muy conocido y apreciado en su comunidad por ser un excelente *tireur de contes*.[\[33\]](#)

Personalmente, debo admitir que a mí no parece un buen partido para una joven que, después de todo, se había criado en una familia burguesa, había estudiado diez años en el liceo y ocupaba un puesto administrativo. Pero quizá soy víctima de mis prejuicios sociales. La verdad es que el negro Jean Larose no era un hombre corriente: era un estupendo carpintero naval a quien los pescadores locales encargaban desde pequeñas barcas hasta grandes botes o canoas de mesana. Era además un padrastro excepcional. Cuando zarpaba en su velero de madrugada, navegando río arriba y en ceñida hacia el océano, ponía al pequeño Antoine al fondo de la embarcación y le daba el señuelo para que lo preparara. El niño aspiraba el viento nocturno, admiraba las crestas de las olas y la zambullida de las aves marinas. Al mismo tiempo, pensaba en su madre, acurrucada en la gran cama que ya no compartía con ella.

Durante bastantes años, Jean Larose hizo muy felices a Berthe y a su hijo. Así es la vida. A veces nos concede treguas.

¿Cuándo terminó todo?

En Port-Mahault se creó la llamada Sociedad de Ayuda Técnica y Cooperación, pensada para iniciar a los pescadores en las nuevas tecnologías y, en particular, en los motores fueraborda. Como consecuencia, los métodos de construcción de las embarcaciones cambiaron por completo. La era de las barcas tocó a su fin y Jean Larose perdió su prestigio y su clientela.

Fue entonces cuando los habitantes de Port-Mahault recuerdan haberlo visto dando tumbos por el paseo bordeado de farolas, cantando:

Doudou moin ka pati épi bom siro-la
Épi kisa moin dousi kafé moin
Ouch papá...[34]

Y fue por entonces cuando empezó a pegarle a Berthe. También cuando el pequeño Antoine, cada vez menos pequeño, comenzó a dar que hablar. Pasó de bañarse dos veces al día, frotarse a conciencia con una esponja de follaje, peinarse con raya al lado y embadurnarse con gomina de la marca Roja a descuidarse e ir todo sucio, apestando a sudor. Sucedió lo que tenía que suceder: se convirtió en el último de la clase. Mal que bien, Marcius seguía ganándose la vida en su carpintería, así que se les ocurrió colocar al chico allí. Al fin y al cabo, no hay trabajos malos y cualquier cosa es mejor que vagabundear por la calle. Pero Antoine miró a su madre a los ojos y le dijo:

—No pienso ser carpintero.

La calma e insolencia con las que se expresó sacó a Berthe de sus casillas. En un instante, revivió todos los sacrificios que había hecho, todo el dolor que llevaba acumulando desde que los ojos de Antoine se abrieran al sol del mundo. Lo golpeó. Con todas sus fuerzas. En plena cara. Antoine se marchó sin decir una palabra. Sé perfectamente lo que estaba ocurriendo en su vida por entonces.

El año anterior, Mike Blustein, un marchante de arte conocido en toda la costa este de Estados Unidos, regresaba de Haití tras robar un sinfín de tesoros a los hambrientos e hizo una parada en Fort-Pilote para probar la cocina criolla, que sus guías turísticas ponían por las nubes. *The sophistication of France in a Caribbean setting*. Por absoluta casualidad, entró en el restaurante La Case Prêcheur y señaló un cuadro:

—¿De quién es?

—De uno de mis primos. Es un poco... —El propietario de La Case Prêcheur se llevó un dedo a la sien en un gesto de lo más elocuente.

—¿Tiene más cuadros? Quiero verlos.

Llamó a la Rue du Sable. Altagras llevaba más de diez años esperando esa llamada. Mike Blustein se quedó maravillado. La sensibilidad de Salnave Philippe Auguste se combinaba en aquellos lienzos con la finura y el trazo preciso de Philomé Obin, fundador de la École du Nord, y con la exuberancia de Hector Hyppolite. En cuanto regresó a Nueva York, Mike organizó una exposición en la Parke Bennett Gallery y Fort-Pilote se vio inundado de fotografías llegados para seguirle la pista al artista. Los franceses terminaron por enterarse de la existencia de semejante genio en una de sus posesiones ultramarinas y la revista *Connaissance et arts* le dedicó su número de noviembre de 1976.

La obra maestra de Antoine Aubrun, en mi opinión, es el gran lienzo titulado *Mujer*. Una silueta vestida de rojo frente a una mar púrpura y el resplandor de los cirios sobre las tumbas del cementerio a su alrededor, iluminando su piel aceitada. Algunos críticos afirman ver aquí la encarnación de una diosa: Erzulie-Fréda-Dahomey, Agoué, Grande Bossine. Hay que recordarles que Antoine no era haitiano y que seguramente nunca hubiera oído hablar del panteón vudú. Para mí, esta mujer es Berthe.

Hasta entonces, ¿qué sabría Antoine de su padre? No mucho, me parece. Le habrían dicho que era hijo de un mulato de buena familia que lo había abandonado antes de nacer. Es algo tan común en nuestra sociedad que tal vez no le dio importancia. Pero de pronto el rostro de ese padre empezó a aparecer en las portadas de prestigiosas revistas de allende los mares. Antoine descubrió que era hijo, al mismo tiempo, de un idiota y de un genio, porque ambas

cosas son compatibles. Sumémosle a esto la tormenta de la pubertad.

Comenzó a escaparse de casa. Una de sus escapadas lo llevó hasta Fort-Pilote. Se dedicó a merodear por la Rue du Sable. Todos los días, a última hora de la mañana, bajo el sol abrasador, Antoine Aubrun salía de su casa, pues ahora podía salir solo. Miraba a derecha e izquierda antes de cruzar las calles, con las manos en los bolsillos de sus pantalones de dril. Se sentaba en un banco de la Place de la Victoire y contemplaba la mar furtiva entre los coches que habían convertido en aparcamiento aquel antiguo paraíso para los encuentros, flirteos inocentes, paseos y besos robados. Mujeres con sombreros de estilo kepí recorrían las alamedas, evitando mirar a ese hombre silencioso, siempre vestido de blanco, que para ellas representaba el corazón torturado de una madre.

El encuentro cara a cara entre padre e hijo fue largo, con este último escondido tras uno de los majestuosos *sabliers* de la plaza, buscando rastros de su propio rostro aún inacabado.

6.

A partir de 1978, el rastro de Berthe nos lleva de nuevo a Fort-Pilote. Vive en uno de los edificios de viviendas sociales que el ayuntamiento comunista había construido en las afueras de la ciudad y que la ciñen como un cinturón de cubos de hormigón en cuyas ventanas se agitan pantalones, peleles infantiles, trapos de cocina y sábanas. Ha pensado en marcharse a Francia a través del BUMIDOM,^[35] un organismo que lleva más de diez años organizando la migración masiva de sus compatriotas. Sueña con ser

enfermera, quizá por su madre, ya muerta, que durante tanto tiempo vivió recluida entre altos muros. Alguien la disuade de ello, diciéndole que París es la ciudad más cruel del mundo y que su cacareada belleza y sus noches febriles acentúan la soledad de quienes no tienen allí amigos ni familia.

Berthe trabaja en la librería Les Beaux Livres. Monsieur Lucrétien, su jefe, la tiene en alta estima. Nunca se queja si tiene que quedarse hasta tarde. Hace pequeños recados para Madame Lucrétien. A cambio de tanta amabilidad, Max, el hijo mayor de los Lucrétien, le da clases de matemáticas a Antoine. Los sábados, sobre todo a principios del curso escolar, Antoine ayuda en la librería y así se saca algo de dinero.

Es un chico guapo Antoine. Pero es taciturno, tímido e intratable. Los profesores del liceo se quejan de su mal humor. Sin embargo, una vez más saca las mejores notas de su clase en Francés e Historia. Encontré un poema suyo:

*Llegará el día, os digo,
cierto como el sol
puro como la belleza
duro como el metal,
el día en que quemaremos el fascismo,
quemaremos el racismo
y el imperialismo.*

Un joven rebelde que no sabe bien cómo nombrar su revuelta. Utiliza palabras que no definen adecuadamente su malestar, porque son las únicas de las que dispone. Hay un nuevo hombre en la vida de Berthe. Trabaja como mayordomo en Le Bananier, uno de los hoteles construidos en Le Goulet. Se llama Édariste.

Cuando yo era niño, Le Goulet, a pocos kilómetros de Fort-Pilote, era un pueblo de pescadores. La brisa de la mañana se llenaba del sonido de las voces de los hombres que salían a faenar. Solían regresar a las tres. Algunos volvían antes para recoger las nasas donde apresaban los peces que les servirían de cebo al día siguiente. La campana de la iglesia llamaba a las mujeres a misa. Pero luego, en los años sesenta, se fue llenando de hoteles de estilo americano. Entre ellos se suceden los puestos de artesanía, que venden tristes caracolas, pececillos disecados y muñecas criollas. ¡Qué duro es ser testigo de la agonía del propio país!

Un año, durante las vacaciones escolares, Antoine trabaja en Le Bananier por recomendación del amante de su madre. Cuesta imaginarlo con el absurdo uniforme de los camareros: pantalones blancos, chaqueta roja con un escudo bordado en el bolsillo y corbata de madrás. La verdad es que no duró mucho. Lo despidieron al cabo de tres semanas. Al parecer, se le reprochó haber incitado al personal subalterno, a los camareros, a los mozos y a las limpiadoras a que se pusieran en huelga. Me parece poco probable. Me inclino más bien por otra explicación. Cuando le pidieron que disciplinara su peinado afro, se ofendió y se largó.

Es en esta época cuando se producen dos acontecimientos aparentemente inconexos. Berthe se convierte al Adventismo del Séptimo Día y Antoine se hace amigo de Didier Réhat. Berthe nunca había sido muy religiosa, por lo que su conversión resulta sorprendente. ¿Qué la llevó a ceñirse la frente con un pañuelo blanco, renunciar al cerdo y pasar un calor infernal entonando cánticos con fervor en un pequeño templo? ¿Tal vez fue la partida de Édariste, que la abandonó para casarse con una dominicana? Quizá se vio entonces incapaz de caminar por la vida sin bastón.

Aún más sorprendente resulta la amistad entre Antoine y Didier

Réhat. Didier era el hijo mayor de Maximilien Réhat, el hombre más odiado del país. Ned, como lo apodaban sus íntimos, tenía mucho olfato. Tan pronto como empezó el declive de la industria azucarera, se anexionó las tierras de su esposa y de los vecinos, arruinados o expropiados con la bendición de las autoridades . Así se hizo con una finca de 12 000 hectáreas y plantó bananeros. Encargó la gestión a una empresa de la que él mismo se nombró director general y que explotaba con impunidad a sus trabajadores agrícolas. Ned, que era muy amigo del prefecto y de ciertos diputados, hacía lo que le venía en gana. Como suele ocurrir con los muchachos de las clases acomodadas, Didier se rebeló contra su padre. Sin duda, quiso provocarlo juntándose con un bastardo medio negro y perteneciente a una suerte de *no man's land*^[36] social. ¿No debería Antoine haber desconfiado? Al parecer, no fue así.

Los dos chicos se vuelven inseparables. Deambulan juntos por las calles abarrotadas de Fort-Pilote, entre la bulliciosa multitud. Son de la misma estatura. Se intercambian la ropa. Beben lo mismo. Se acuestan con las mismas chicas. Pero ahí acaba todo parecido. Didier es un mujeriego de libro, un charlatán que le hace ojitos a todo lo que se mueve. Antoine no sabe sonreír. La intensidad de su mirada asusta. Es un apasionado de Mauriac y relee incansablemente *El mico*. «Ya no es el Rey de los Alanos quien lo persigue a caballo, sino que es el propio niño quien arrastra a su padre, destronado e insultado, hacia las aguas dormidas de la esclusa donde, en verano, se bañan desnudos los chiquillos. Ya están a punto de alcanzar las húmedas orillas del reino...»

A menudo, al llegar a este punto de la lectura, llora. Didier se burla de él y le ofrece un vaso de ron que nunca se bebe.

En abril de 1981, una nueva fuerza surge en el panorama político: la OLP, Organización de Liberación Popular. Sus consignas

ya no son simplemente la independencia y la revolución, sino la lucha armada y la guerrilla urbana. Atrás quedan los discursos de salón. La sangre corre por las calles. Es el tema de todas las conversaciones en las plazas de las iglesias, los mercados, los autobuses.

—¿Hasta dónde vamos a llegar?

Yo mismo, lo confieso, no entiendo nada de esta furia y tengo miedo. Sin embargo, veo claramente la destrucción de nuestro país, que no tenemos ninguna influencia directa, ningún poder sobre la evolución de nuestra sociedad, y que todas las decisiones vienen de fuera. Sé muy bien hasta qué punto sufrimos y estoy de acuerdo con el poeta:

*Hoy el hombre ya no habla,
ya no sostiene la sal invisible entre los dedos
ni desgrana el maíz, ya no luce soles ardientes
ni máscaras multicolor. Va olvidando la tierra, las huellas
de sus pasos...*

Pero no soy más que un médico: mi misión es combatir la enfermedad y la muerte. Didier y Antoine, sin embargo, no tardaron en acercarse a la OLP. Es evidente que el primero presionó al segundo. He intentado profundizar en la psicología de Antoine preguntando a sus profesores y compañeros. Todos coinciden en lo mismo: «Se notaba que sufría». Sin embargo, nadie se molestó en descubrir el porqué.

Antoine nunca pasaba la noche en casa de Didier, que vivía en L'Étranglée, una pequeña hacienda restaurada con mucho gusto por un arquitecto californiano. En cuanto se ponía el sol, subía de cuatro en cuatro las escaleras que conducían al quinto piso del bloque

donde vivía su madre. El ascensor, de la firma Roux et Combaluzier, ya no funciona; no ha podido soportar los sobeteos de tantas manos. Los contenedores rebosan de basura. Un olor de frutipán maduro, bacalao y orines fermentados flota en los rellanos. Berthe está sola. Ya no le hace ningún reproche a su hijo. Ya no le pega como cuando era adolescente. Se limita a rezar. Un silencio denso se ha instalado entre ellos. Berthe cuece arroz, lava y pela raíces. Antoine hace los deberes frente a la luz blanca del televisor que, al igual que en los otros 2000 apartamentos del vecindario, es el rey indiscutible de la casa. En realidad, Antoine solo piensa en una cosa: «Mamá, háblame de él. Cuéntame cómo os queráis. Cómo os separasteis. ¿Sabe al menos que existo?».

Altagras, que se ha hecho rica gracias al genio por fin reconocido de su hijo, dona a la nueva casa de la cultura un cuadro de Antoine. Representa a una mujer. Sí, ¡otra vez una mujer! Tiene las mejillas azules. Sostiene un puñal en la mano izquierda. Frente a ella hay un altar cubierto de sangre, leche y miel. *Paris-Match* acaba de publicar un extenso reportaje sobre el Solitario de Fort-Pilote. A menudo, Antoine se detiene delante del fresco de la casa de la cultura. Ha recortado y escondido en uno de los cajones de su cómoda las fotos del reportaje. No sabe que su madre está al corriente.

Debo confesar que, como la mayoría de los habitantes de Fort-Pilote, no me entusiasman los cuadros de Antoine Aubrun. Para mí, no son más que los garabatos de un esquizofrénico. Me gustaría poder apreciarlos de otro modo y ser capaz de extraer un significado secreto del amasijo de líneas y colores. Es cierto que no soy buen juez. Me criaron en la admiración hacia los grandes maestros del impresionismo: Cézanne, Van Gogh, Monet, Renoir, Pissarro y el Gauguin anterior a *La visión tras el sermón*, que pintó a su regreso de Martinica. Recuerdo cuánto me deslumbró una visita a la

Pinacoteca de Múnich.

¡Pero ya basta de hablar de mí!

Antoine pasa las vacaciones de verano de 1981 con su amigo Didier en Île aux Chèvres, un pequeño islote situado al norte de nuestro país. La familia Réhat tiene allí una segunda residencia. Antaño dedicada al cultivo de tabaco, hoy en día Île aux Chèvres solo tiene valor turístico debido a la extraordinaria belleza de sus playas. Los tours vacacionales por nuestro país no se conciben sin una parada en Île aux Chèvres. De ahí la proliferación de hoteles y tristes tiendas de artesanía. Esto sin olvidar a los navegantes estadounidenses, canadienses o escandinavos que hacen escala en sus aguas y, en ciertas temporadas, salpican la mar de veleros.

Me angustia ver a Antoine montarse en el avión con Didier, sus hermanas y hermanos pequeños, y su primo Cyrille. Presiento el peligro.

Despreocupado, Antoine admira el paisaje de Île aux Chèvres. El pueblo principal, Fond-Curé, le recuerda al Port-Mahault de su infancia. Hay flores por todas partes: hibiscos, buganvillas, jazmines de Cuba, lianas en flor. Las calles están bordeadas de perales nudosos. Un cementerio ajedrezado, con tumbas blancas y negras, se extiende sobre la bahía como una orgullosa ciudad de los muertos.

7.

El 25 de diciembre de 1981 Ned Réhat es asesinado a la salida de la misa del gallo, a la que había asistido con toda su familia y su clan.

Los hechos son tan conocidos y la prensa internacional les ha

dado tanta cobertura que no me detendré en ellos.

Veo el funeral de Ned en la televisión, que lo retransmite como lo haría la BBC con un miembro de la familia real. En las calles desiertas, los comerciantes han cerrado sus tiendas en protesta contra el recrudecimiento de la violencia y una marea humana sigue al coche fúnebre. Para dar más pompa a la ceremonia, la familia ha recuperado una antigua costumbre: cuatro caballos tordos cubiertos con mantos negros avanzan con solemnidad detrás de una banda de música. El cortejo se detiene en cada cruce y el tamborilero aporrea su tambor, como para avisar a los despistados del paso de la muerte. La viuda de Ned, sostenida por sus hijos, viste de negro de los pies a la cabeza. Entre ellos se encuentra Didier, con el rostro contraído por el dolor. Me habría gustado que solo asistieran blancos a este funeral. Pero no es así. Los rostros que desfilan por mi pantalla son de todos los colores, al igual que nuestro país, donde lo muy negro convive con lo muy claro. Hay hombres, mujeres, niños, ancianos. En el cementerio de Briscaye, el cura pronuncia una larga homilía. Reza para que nuestro desafortunado país recupere la paz. ¡Sorprendente! Denuncia la injusticia que viven nuestros campesinos y trabajadores agrícolas, así como la fiebre consumista que se ha apoderado de las clases acomodadas y les hace olvidar el deber de la caridad. ¿Estará la Iglesia cambiando de bando?

Huelga decir que el asesinato de Ned es la excusa perfecta para prohibir la OLP, que, a partir de entonces, existirá en una clandestinidad transparente.

Más importante aún —ial menos para mi historia!—, Antoine y Didier dejan de verse. En el instituto, se evitan.

Hay una posible explicación. La muerte de Ned le ha abierto los ojos a Didier. Se ha dado cuenta de lo mucho que quería a su padre y de lo mucho que se arrepiente de haberle hecho daño. Desarrolla

un sentimiento de culpa y rompe con todo lo que le recuerda a su pasado rebelde. No sé por qué, esta explicación no me satisface. Me parece demasiado simple, demasiado evidente. Hay algo más.

Tras superar su crisis adolescente, Antoine se contaba entre los mejores alumnos de su clase, pero de pronto vuelve a ser el último. A menudo lo castigan por no hacer los deberes. Los sábados se lo ve en el patio del liceo Félix-Éboué tirando piedras a los mangos, a pesar de las prohibiciones de los vigilantes. En una ocasión lo expulsan durante tres días. Aprovecha para pintar el apartamento de su madre y colocar unas bonitas baldosas de colores sobre el fregadero. Madre e hijo retoman el contacto. Al caer la noche, ya no se dedican a ver insípidas series de televisión. Hablan. ¿De qué?

De Antoine, claro. Del mítico padre ausente.

—Nunca lo consideré un enfermo mental. Simplemente no hablaba, eso era todo. Pero sus miradas y gestos significaban más que las palabras superficiales y banales de las personas cuerdas. Sabía que no podía hacer nada contra su madre y me lo imaginaba de pie, con la nariz pegada a la ventana, esperando mi regreso. ¿Qué explicación le darían sobre mi ausencia? ¡Ah, no sabes hasta qué punto puede llegar la crueldad en las familias así!

Pero Antoine lo sabía perfectamente, como terminé por descubrir.

El 15 de septiembre de 1981, Élodie Réhat tomó el vuelo AF248 con destino a París. Viajaba en clase *business* y toda su familia la acompañó hasta que cruzó la puerta de embarque. Los testigos coinciden en que Élodie era guapa, sin más. Sus profesores no quedaron impresionados por su inteligencia. Solo el profesor de Inglés estaba muy satisfecho: Élodie tenía un acento excelente. Por supuesto, había asistido a varios cursos de verano en Sarah Lawrence, en Estados Unidos. La cuarta hija de Ned era, en

definitiva, una joven como cualquier otra. Enamorada de la idea misma del amor y predispuesta, por tanto, a enamorarse del apuesto amigo de su hermano. Dada la libertad de costumbres que caracterizaba a nuestro país por entonces, ¿hubo algo más que un simple flirteo entre Élodie y Antoine? ¡Qué más da!

Es posible convertir a Antoine en un joven arribista que se introduce en una familia burguesa para mancillar a sus vírgenes, vengando así el sufrimiento de su madre y a sí mismo. Me parece ridículo. Sin duda, estaba sinceramente enamorado y fue víctima de la fascinación que ejercen las clases acomodadas sobre el resto. Una madre de manos suaves que jamás han lavado un solo trapo. Un padre presente que habla con sus hijos sobre sus lecturas. (Según la prensa internacional, Ned era un melómano experto, gran amante de Gustav Mahler; cruzaba el océano para asistir a las representaciones del Met. ¡Es curioso que los verdugos sean siempre hombres tan sensibles! Aunque quizá esté exagerando. Ned no era un verdugo. ¡Simplemente un capitalista!) Una piscina para quitarse la sal de la mar. Tumbonas junto a la piscina para beber zumo helado de maracuyá recién exprimido. Sombrillas azules como la mar a lo lejos. Élodie supuso el adiós de Antoine al mundo burgués. El adiós a las ilusiones. A las confusiones de la adolescencia. Por supuesto, Antoine había leído a Marx y Engels. Incluso había colgado en la pared de su habitación el famoso pasaje: «La burguesía ha ahogado los escalofríos sagrados del éxtasis religioso, del entusiasmo caballeresco, del sentimentalismo pequeñoburgués, en las aguas heladas del cálculo egoísta. Ha suprimido la dignidad del individuo, reduciéndola a mero valor de cambio». Sin embargo, no lo entendía. No entendía que los burgueses son de otra especie. A pesar de sus bravuconadas y sus comentarios incendiarios, Didier lo echó como a un perro cuando se atrevió a fijarse en su hermana.

Igual que habían echado a Berthe dieciocho años antes, estando embarazada de él. Antoine, por fin, capta el mensaje. Su aspecto físico cambia. Se acabó el afro. Se acabaron las bonitas rastas. Se afeita la cabeza. Tiene las mejillas hundidas. Ve el camino que debe seguir, justo delante de él, como un surco trazado en un campo. Camina a grandes zancadas por la ciudad y sueña con un mundo mejor, con una vida con sabor a miel.

¡Oh, hijo que no tuve! De haber sido tu padre, habría guiado tus pasos para que encontraras las piedras planas del vado.

En cambio, ¡no dejas de lastimarte y sangrar!

Aparece una segunda organización independentista que condena la violencia y pretende utilizar la vía legalista. Antoine, por su parte, se compromete activamente con la OLP.

Por razones obvias, no he podido determinar en qué acciones participa, ni siquiera si participa directamente en ellas. ¿Quizá parecía demasiado joven, poco seguro...?

En junio de 1982, Antoine suspende el bachillerato. Anuncia a Berthe que no volverá a presentarse al examen. La madre llora: había soñado con que su hijo fuera médico.

Antoine pasa las vacaciones en Port-Mahault. Martha-la-de-los-ojitos-negros y Marcius están ya muy mayores. Este último sufre una hernia y las criaturas lo apodan Banjo. Se sienta en el huerto, entre las matas de chile y el guayabo, y cuenta historias de antaño. Habla de la guerra y del general Sorin, que quería mantener al país bajo el yugo de los franceses malos. Antoine lo interrumpe:

—No hay dos categorías de franceses, los buenos y los malos. Solo hay colonizadores. Debemos liberarnos de su tutela para construir una sociedad sin clases ni colores.

Marcius se enfada. Quiere golpear a Antoine con su bastón. El chico se ríe, se escabulle y luego besa en la frente al anciano al que

llama abuelo.

Port-Mahault ha cambiado mucho. Ya no hay pescadores con sombreros *bakoua* calados hasta la nariz remendando redes. Las nuevas son de nailon y, por lo tanto, imputrescibles. Además, la revolución de las lanchas motoras ha provocado el agotamiento de los fondos marinos. Los hombres, que cada vez deben alejarse más para pescar, tiran la toalla. Abandonan el oficio, emigran a la ciudad y conducen taxis. La fiesta del 15 de agosto ya no es más que un espectáculo para turistas. Solo una banda de *reggae* procedente de una isla vecina aporta una nota de autenticidad.

They say that in the Army

The girls are very fine...[\[37\]](#)

Antoine se sienta en la Punta Curé y contempla la mar, inmenso moratón sobre el cuerpo maltrecho de la tierra. Ha llevado consigo un libro que le gusta: *Compadre General Sol*. Pero no lo lee. Contempla la mar. Le gustaría volver a ser un niño pequeño. Regresar al vientre de su madre. Nadar en la mar de su vientre. Intenta revivir la extraordinaria relación entre su padre y su madre. ¿Cómo se decían «te quiero»? ¿Dónde hacían el amor? En el desván a la hora de la siesta. Altagras da gracias a Dios: Mano no ha tardado demasiado esta vez. Se gira hacia el lado izquierdo en un intento por negar lo que acaba de ocurrir, se arregla el moño deshecho, se recuesta sobre la almohada cubierta con una funda bordada, húmeda de sudor y agua de colonia. Se lleva un pañuelo perfumado a la nariz para ocultar el olor del hombre que acaba de cubrirla. A escasos metros sobre su cabeza, por encima de las vigas, Antoine y Berthe se entregan como si nada más importara.

Cae la noche. Un *mal-fini* se zambulle en la mar. Antoine retoma el camino hacia la ciudad. En septiembre, Antoine comienza a

trabajar en una gasolinera. Una estación de servicio grande y ruidosa a la entrada de Fort-Pilote. Allí repostan los autobuses que, pintarrajeados como prostitutas, recorren la isla y conectan las aglomeraciones más pequeñas. Maringouin. Anse Mire. L'Étrangle. Fonds Cacao. Rivière Belle-Feuille. Ese año un ciclón asola nuestra tierra. El vendaval se cuela por las tablas desunidas de las cabañas. Las láminas de chapa juegan a ser platillos voladores. Las viviendas sociales se inundan por completo. Los plataneros caen de rodillas y de todos los pechos asciende un solo grito:

—¡Basta, *bon dié*!^[38] ¡Ya basta!

El 23 de noviembre de 1982 *Le Monde* escribe: «El ciclón David azotó las islas del Caribe. Los daños materiales son importantes. No se lamentan pérdidas humanas».

Busco el amor en la vida de Antoine y no lo encuentro. De vez en cuando, pasa el fin de semana con Leïla, una guapa *chabine* que trabaja como dependienta en *Prisunic* y que ya tiene un hijo de seis años, Gaël. Los vecinos se muestran unánimes al respecto. Antoine se ocupa mucho del niño. Le compra camisetas de *Ti Racoon*. Lo llama cariñosamente Ti-Mal y le enseña boxeo. Pero yo sé que su corazón está vacío. Solo hay sitio para su madre. Anhela que su vejez sea feliz. ¡Que cambie de una vez por todas el sabor de sus días!

En el paseo marítimo, los cocoteros se suceden como las cuentas de un rosario. El año 1983 es asimismo un rosario de atentados.

El 1 de enero de 1984, como manda la tradición, Antoine le compra mandarinas a su madre para que guarde las pepitas y tenga mucho dinero. Antoine camina hacia su muerte y no lo sabe.

8.

Se me podría reprochar haber descuidado a Berthe en mi relato. Lo admito. En mi mente, al igual que en la vida, la juventud tiende a prevalecer sobre la madurez.

Desde hace años, Berthe lleva la caja de la sección de los libros de arte. Por la mañana, antes de ocupar su lugar en la cabina acristalada que la aísla de los clientes y del resto de empleados, se toma un café con Madame Lucrétien. Un café negro como la tinta, como la sangre de un toro. Ambas madres temen por sus hijos y suspiran:

—¡Tienen sus razones!

En una sola ocasión Berthe tuvo el coraje de oponerse a las «razones» de Antoine, pero estuvo torpe. Fue después de la explosión de la torre Emmelynck, sede de la Radio Independentista. Cuatro chicos y chicas que soñaban con un futuro sin amos ni sirvientes, sin ricos ni pobres, sin *bekés* ni metropolitanos, sin negros ni mulatos, quedaron sepultados bajo toneladas de cemento, hierro, vidrio y plástico. Dividida entre el terror y la ira, Fort-Pilote temía la venganza. Antoine salía, entraba y volvía a salir para cuchichear largo y tendido en el umbral de la puerta mientras, al otro lado del muro de hormigón, *Yellow Man* cantaba:

*They say that in the Army
The girls are very fine...*

Berthe yacía en su cama de madera de guapinol, honda como un ataúd, que le había tallado Marcius. Y el pasado le regresaba en oleadas. La mano de Antoine —¿padre o hijo? Su amor los confundía—, ligeramente pegajosa, tomaba la suya en el mercado, donde los

vendedores negros y harapientos anunciaban sus baratijas como si fueran tesoros. ¿Iba a perder al hijo igual que había perdido al padre? Antoine llegó a las seis de la mañana. En el patio, al pie del edificio de viviendas sociales, los gallos se sacudían en charcos de luz. El sol, que aún no había salido, comenzaba a insinuarse. Una furia repentina inundó el corazón de Berthe. Se irguió muy recta con su camisón de fineta y se dirigió a la habitación de Antoine. En un arrebató febril, apiló contra la puerta el aparador, la mesa y la cómoda de guayacán imitación del estilo Enrique II, vestigios de las pertenencias de su madre que, en aquel mísero interior, desentonaban como una pariente rica en una comida familiar. Antoine, dividido entre la risa y la exasperación, gritaba:

—Mamá, ¿pero qué estás haciendo?

Lo dejó dos días encerrado. Dos días sin comer ni beber. Cuando volvió a abrir la puerta, se abrazaron. Berthe sollozaba:

—¿Quieres? ¿Quieres *pisquettes*^[39] especiadas?

Después de esta escena, durante semanas, aquella vivienda social fue como la Minnegrotte de la que habla Gottfried de Estrasburgo:^[40] la madre sirviendo al hijo y el hijo sirviendo a la madre, fuertemente unidos por el amor más puro. La pareja madre-hijo proporciona el modelo ideal según el tantrismo. La madre es una diosa, el principio cósmico femenino. No hay lugar para el acto sexual. Ambos alcanzan la felicidad mediante la aniquilación del yo.

Después todo volvió a la normalidad. A las siete en punto, Berthe se dirige hacia la librería Les Beaux Livres con su capazo en la mano. Hace una pausa en el mercado de Fer, no lejos del cruce de Bossales. Regatea largo y tendido los frijoles, las cristofinas, los lambíes de carne violácea y fragancia azufrada. Camina a buen paso con su vestido impoluto y planchado con mimo, acariciando aquí y allá la mejilla de algún niño. Hacia las ocho, Antoine monta en su

bicicleta para ir a la gasolinera. Muy a su pesar, las palabras de *Yellow Man* le resuenan en la cabeza:

*Hey-é, hey-é, hey-é
They say that in the Army
The guns are very fine
I asked for a M16
They gave me a M9...*

¡Ah! ¡Cómo le gustaría empuñar ese M16 y pulverizar el mundo! Acto seguido, sobre los escombros, construiría la justicia, la alegría, la belleza. Participa en todas las acciones de la OLP. Fabrica con amor cócteles Molotov.

He terminado mi historia, quiero decir, su historia.

No soy el mejor testigo. Soy un hombre maduro, refugiado en su egoísmo de soltero. Conmigo termina el linaje de la casa alta de la Rue d'Ennery, donde nuestra familia lleva viviendo desde principios de siglo. Nunca he querido abandonar este barrio de La Folie ni esta casa, mientras que mis colegas médicos residen cada vez más lejos, en mansiones custodiadas por perros cubanos. Demasiados recuerdos me atan a este lugar. El de mi madre, para empezar. He colocado sobre el piano la ampliación de la foto que le hice la última vez que la vi en Burdeos. Lleva una chaqueta de piel. De zorro, creo. Lleva el cabello cuidadosamente peinado en ondas rígidas. Pero ¿por qué hablo de mí cuando debería hablar solo de ellos? De Antoine, sobre todo. Algunos quisieron ver en su muerte el justo castigo de los dioses. El que a hierro mata, a hierro muere, y al hacerlo rompe en mil pedazos el corazón de su madre y condena a su extirpe a la extinción. Yo no lo veo así. Lo considero mártir de una causa que

acabará triunfando. Durante mi paciente investigación para recomponer los pedazos de estas vidas dispersas, entrevisté a casi doscientos testigos. Recordaré siempre la respuesta de Monsieur Hyppolite, dueño de la gasolinera donde trabajaba Antoine. Se encogió de hombros:

—¿Qué quiere que le diga? Era un muchacho como cualquier otro...

KAKADOR

*Para Michel Rovélas,
que me contó esta historia.*

Me encanta la negrura. Desde niño. Me gusta especialmente la negrura de las tormentas y los huracanes, cuando todo el mundo piensa que el vendaval arrastrará el país al otro lado del horizonte en un torbellino de ramas rotas, tejadillos de chapa partidos y *pié-bwas*^[41] arrancados de cuajo. Esto es así por culpa de mi *Bonne-Maman*,^[42] hoy muerta y enterrada, cuyas historias poblaron las noches de mi infancia de criaturas fantásticas, caballos de tres patas, cabras sin cuernos, *la bèt à Man Hibé*,^[43] *Ti-Sapoti*^[44] y *jan gajé*^[45] sin piel, sedientos de sangre, que me hacían temblar de miedo y de deseo al mismo tiempo. Pues me consumían las ganas de conocer a todos esos seres. Las salidas nocturnas de mi juventud tenían ese único objetivo, ese único empeño sin sentido. Aún no he perdido la esperanza. A estas alturas, a pesar de mi madurez —por no decir vejez—, en cuanto cae la negrura vuelvo a ser un niño pequeño y salgo a la aventura, en busca de esas criaturas de lo invisible que siempre se han negado a cruzarse en mi camino.

La semana pasada, por fin, mi suerte cambió.

Estaba yo tumbado junto a Cornelia, la última de mis amantes. Me disponía a hacerle el amor pero, de repente, me invadió un profundo hastío y su cuerpo se me antojó demasiado familiar, sin sorpresas, siempre abierto de par en par, tanto en los días buenos como en los malos. Me levanté y, haciendo oídos sordos al torrente de palabras con las que intentó retenerme entre sus brazos, salí a la calle. Era un sábado, al filo de la medianoche. Una noche sin luna y sin estrellas *klin-din-din*.^[46] Una noche bien negra como a mí me gustan. Y como les gustaban, estoy seguro, a los esclavos de antaño para planear sus revueltas y la quema de las mansiones de sus amos. El aire se estremecía con ese temblor dulzón que anuncia la llovizna y el compás del *gwo-ka* venerado por los fieles de algún santuario, en algún lugar del recién inaugurado cinturón de viviendas sociales que rodeaba La Pointe. Mi BMW me estaba esperando frente a la puerta de Cornelia, obediente como un perro a mis pies. Enfilé la carretera hacia Capesterre, donde vivimos Irma — mi mujer— y yo, junto con los dos niños que nos quedan por criar. En su fuero interno, seguramente Irma se sorprendería de mi regreso, pues no solía verme aparecer antes de la blancura del alba. Pero no diría ni una palabra. Mi mujer es así, tan dócil como mi BMW. La lluvia caía cada vez más fuerte y comenzó a azotar los matorrales de hierbas de Guinea del arcén. En la autopista, los coches se perseguían unos a otros y sus grandes ojos desorbitados eran los únicos puntos de luz en la oscuridad. Me detuve para repostar en la estación de servicio y, mientras esperaba, me llamó la atención un tipo que parecía estar refugiándose del aguacero.

Un tipo inusual. Realmente curioso. Vestido todo de blanco. Alto. Muy alto. Mulato claro. Con aspecto de indio de las tierras altas. El cabello recogido en una larga trenza que le azotaba la espalda. Un

sombrero de fieltro negro de ala ancha. Algo en su inmovilidad y en la forma en que se apoyaba contra el muro de la gasolinera, tieso como una vara junto al tronco de un árbol de mango,[47] me intrigó sobremanera. Me fui acercando despacio, cada vez más, sin que el individuo hiciera un solo movimiento, como si fuera un zombi sin sal durmiendo de pie.[48] Cada vez más sobrecoído, le pregunté en criollo:

—¿Adónde vas?

Levantó la cabeza y me miró fijamente. Sus ojos no tenían fondo. Me parecieron los ojos de alguien capaz de ver hacia delante y hacia atrás, alguien que ve más de lo que debería. O, simplemente, los ojos de alguien que ha bebido más ron agrícola de la cuenta. El vago olor que flotaba en torno a su cuerpo no tardó en confirmar esta suposición. Por toda respuesta, tartamudeó:

—¡Kakador!

¿Kakador? Conozco un lugar llamado así. Está por la zona de Grands Fonds Cacao, no muy lejos de donde vivo. Insistí:

—¿Es ahí adonde vas?

Repitió:

—¡Kakador!

Le hice señas para que me siguiera y subimos al coche. En el habitáculo reducido del BMW, su olor, que al principio me había parecido llevadero, se hizo más desagradable. No era el perfume saludable del ron. Era más bien como si, bajo el precioso traje blanco de corte antiguo, se escondiera una herida supurante de pus y sangre. Bajé las ventanillas y arranqué. Inmediatamente se recostó en el respaldo y cerró los ojos. El ala del sombrero le tapaba media cara. Yo no podía ver más que la línea sinuosa de su boca y la curva de su barbilla.

Cuando llegamos a la entrada de Petit-Bourg, la lluvia había

cesado por completo. De hecho, parecía como si allí no hubiera llovido. A la luz de los faros, la carretera se extendía mate, seca, sin un solo charco. Petit-Bourg dormía profundamente. Tanto las cabañas como las casas. Las únicas luces que había en medio del silencio eran las cruces verdes de las farmacias, que se encendían y se apagaban, se encendían y se apagaban. Al llegar a la plaza Albert-Sarraut, el perfume a pan caliente de la mar nos invadió las fosas nasales y la garganta. De repente, mi pasajero se enderezó. Abrió mucho los ojos. Empezó a gritar de emoción como un niño que vuelve a ver la playa tras los interminables meses de invierno. ¿Sería el efecto del salitre en su boca? No oculto que esta idea se me pasó por la cabeza.

—*iLanmè! iLanmè!*[\[49\]](#) Vamos a darnos un baño.

Me eché a reír.

—¡Un poco de seriedad, amigo! Me has dicho que vives en Kakador. Te llevaré a Kakador. Por cierto, ¿no tienes nombre o qué?

Sentí que estaba hablando solo. No me escuchaba. Seguía gritando «*iLanmè! iLanmè!*» y golpeaba la ventanilla con los dedos secos y huesudos. No le hice caso y aceleré para subir la colina de Bovis. Entonces, volvió a desplomarse sobre el respaldo y se quedó dormido. Ya no podía soportar su hedor. Apestaba a podredumbre. Pisé el acelerador y continuamos la marcha a toda velocidad. Los flamboyanes y las casuarinas que crecían al borde de la carretera no se movían lo más mínimo, rígidos como estacas. En Capesterre todo estaba cerrado y a oscuras. Ni siquiera había un solo bar abierto, ni los típicos desoficiados de fiesta por las calles. La lluvia volvió a caer, salpicando la silueta ruinosa de la antigua fábrica Marquisat. Salí de la ciudad para tomar el camino de Kakador. De pronto, mi pasajero me dijo sin moverse, sin abrir los ojos ni girar la cabeza hacia mí, pero con voz clara y articulando cada sílaba:

—Mi nombre es Henri Mapolin.

De repente, la inquietud que me atenazaba desapareció, como las malas fiebres se esfuman por la mañana. Mapolin era un apellido que me resultaba familiar. Los Mapolin son gente de Capesterre, como nosotros. Si hubiera sido un buen genealogista, como mi padre o mi difunta madre, habría podido nombrar inmediatamente a todos sus ancestros, desde el preciso momento en que el primer hombre del linaje se instaló en la región, compró un pedazo de tierra, lo plantó con cañas y tomó una mujer por esposa. Me encontraba, en cierto modo, en tierra conocida, incluso familiar. Respondí:

—¿Dónde te dejo?

No hubo respuesta. Se había dormido de nuevo. Roncaba. No encuentro palabras para describir lo que sucedió después. El hedor de Henri Mapolin se iba volviendo cada vez más insoportable. Llovía cada vez más fuerte. A cántaros. Estaba cada vez más oscuro. Ni la mismísima boca del infierno abierta para tragarnos habría sido peor. Por primera vez, percibí en la negrura algo que me aterrorizaba. Ya no era amigable, atractiva, una invitación a entrar en el otro mundo. Era cruel y malvada. Se escondían en ella un sinfín de peligros sin nombre. En cada cruce, manos invisibles urdían monstruosos *bains-démaré*^[50] y, a pesar del estruendo de la lluvia sobre el techo del coche, oía los gemidos de los animales sacrificados. ¿Cuánto tiempo estuvimos dando vueltas en círculos, pasando cien veces por delante de las mismas puertas y cien veces recorriendo los mismos caminos? Yo no dejaba de sacudir a Henri Mapolin por el brazo y de gritar:

—¿Es aquí?

Era como hablarle a una roca. Luchaba contra el impulso de tirarlo en marcha y huir a toda velocidad, como un conductor imprudente después de atropellar a alguien. En esas estaba cuando,

de repente, volvió a abrir los ojos y me dijo:

—*Nou rivé!*^[51]

¿Allí? No se distinguía gran cosa. Una pared. Una barrera blanca. Un seto de dragos. Henri Mapolin bajó torpemente del coche y se dirigió hacia la puerta sin ni siquiera molestarse en decirme «adiós, gracias». Luego desapareció. Yo tardé horas en encontrar mi propia casa y, cuando por fin llegué, Irma ya estaba preparando el café...

Los domingos al mediodía almuerzo con mi padre en su finca de Bonfils, donde vive solo. Es más que una costumbre. Es todo un ritual desde la muerte de mi madre. Al igual que yo, mi padre aún no se ha recuperado de su pérdida. Nunca hablamos de ella. ¿Para qué mancillar el recuerdo con palabras inútiles? Sentimos su presencia en todas partes. Con nosotros. A nuestro alrededor. Los domingos al mediodía no queremos a nadie más en Bonfils. Es una comida de hombres. Mis cuatro hermanas se mueren de envidia. Pero ellas disponen, si lo desean, de todos los demás días de la semana. Es preciso saber que soy el único hijo varón que mi padre ha tenido y que a ambos siempre nos ha unido un vínculo especial. Mi madre también lo respetaba y nunca intentó interponerse entre nosotros. Mi padre es el que cocina y se jacta de no tener rival a la hora de preparar el *court-bouillon*^[52] de pescado. Según él, le habría enseñado ciertas recetas a mi madre, cuya reputación como cocinera era inigualable en la región. Sentado en la cocina frente a un chupito de ron, le conté mi loca aventura de la noche anterior. Después de tan pocas horas de sueño, me sentía entumecido y rígido como un hombre enfermo. Mi padre me escuchó sin decir nada. Cuando terminé de hablar, con gesto preocupado, empezó a hacerme todo tipo de preguntas:

—¿Era alto?

—Muy alto.

—¿Era mulato claro?

—¡No! Más bien oscuro.

—¿Me dices que olía mal? ¿Qué tipo de olor?

—No lo sé. Muy mal.

—¿Olor a carne muerta?

—Ahora que lo dices... Sí.

Frunció el ceño y declaró lentamente, como si sopesara cada una de sus palabras:

—Henri era el único hijo de Sylvio y Tertullie Mapolin, que vivían no muy lejos de aquí. Se marchó a Burdeos a estudiar Medicina. Fue poco después de los acontecimientos de La Soufrière, en septiembre de 1976. Unos meses después tuvo un accidente de coche, regresó al país con los pies por delante y lo enterraron en el cementerio de Capesterre. Fui al velatorio, que estaba atestado de gente, pues a todos nos daban muchísima lástima los padres. Sylvio y Tertullie fallecieron los dos en 1977. ¡Una verdadera lástima! En fin, desde hace mucho tiempo, desde hace casi veinte años, no queda ningún Mapolin en Capesterre.

NANNA-YA

1.

Es extraño que veinte años después de la muerte de su madre, al regresar a esta tierra cuyo color compartía, Grâce no pudiera pasar un solo día sin pensar en ella. Sin embargo, cuando estaba viva, no es que la quisiera mucho; más bien le tenía miedo.

En primer lugar, por su físico. Un físico poco común, incluso en una región como esta, donde las mujeres nada tienen que envidiarles a los hombres en cuestión de vigor. Desde su conversión, iba siempre ataviada con un informe vestido negro, como si quisiera ocultar al mundo el esplendor de sus formas. Jane podía domar con una sola mano un caballo rebelde con espumarajos de rabia en la boca y conducirlo dócil a su corral. También podía sacudir un cocotero para que cayeran los frutos y después partirlos de un golpe con el machete. Por añadidura, Grâce le tenía miedo por lo que la gente decía de ella. Se contaba que, antes de su conversión y bautismo unos kilómetros más arriba, en Berridale, en las aguas cristalinas del Río Grande, Jane había recibido sus poderes de una *obeah*.^[53] Sabía comunicarse con los espíritus y curar cualquier cosa. Un día le trajeron a un niño atravesado por un cuerno de toro.

Todos lo daban por muerto. La mujer cerró los ojos, posó las manos sobre la horrible herida y la carne se cerró. El niño, por su parte, cayó en un profundo sueño. Al despertar, no recordaba nada. Durante toda su infancia, Grâce nunca fue al médico. Cada mañana, aún somnolienta, Jane la arrastraba al porche hecho con tres láminas de chapa ondulada, la colocaba frente al sol naciente, murmuraba una letanía incomprensible, la bañaba en una decocción de hojas y raíces y le ponía en la lengua una pizca de polvo con regusto a salitre.

Jane apenas hablaba de sí misma. En Moore Town todo el mundo sabía que su familia tenía como antepasada directa a la legendaria Nanny. Tras la gran batalla de 1734, la destrucción de Nanny Town por las guarniciones inglesas y la firma del tratado de paz con los ingleses, Kwesi, uno de los hijos de la indomable guerrera, se estableció en Moore Town y los demás huyeron hacia el oeste. Los descendientes de Kwesi no hacían el menor esfuerzo por rememorar sus orígenes. Con el paso de los años, dejaron de distinguirse de los demás cimarrones y, como ellos, pasaron de ser guerreros a campesinos: vivían frugalmente de los frutos de la tierra y criaban cerdos que chapoteaban con las criaturas en el fango de las cañadas. Sin embargo, en el resto de Moore Town, en Cornwall Barracks y hasta en Comfort Castle, al otro lado del río, nunca se dejó de rodearlos de un respeto especial y de atribuirles poderes excepcionales.

Cuando el vientre de Jane comenzó a hincharse de manera inconfundible, todos contuvieron la respiración, atónitos. Se sabía que era una mujer difícil de tratar. El año anterior había tumbado de un manotazo a John Harris, uno de los hijos del coronel, por atreverse a elogiar la belleza de sus ojos. Todos se preguntaban quién sería el hombre que había logrado tumbarla a ella e infligirle

semejante herida. Sin embargo, el prestigio del linaje de Nanny era tal que nadie se atrevió a sonreír ni a burlarse. De hecho, la gente tendió a interpretar aquel sorprendente embarazo como la obra misteriosa de su antepasada, que, reconvertida en deidad, mediaba para levantar a su pueblo caído. Ni el padre de Jane ni sus numerosos hermanos, tíos y primos entraban con la cabeza gacha a jugar a los dados en la Ginger Tavern. La propia Jane lucía su vientre con orgullo.

Todos los miércoles bajaba al mercado de Port Antonio a vender los plátanos macho, mandiocas, ñames y aguacates de la familia, y regresaba antes del anochecer con un puñado de monedas envueltas en un pañuelo entre sus magníficos pechos. Las cosas cambiaron unas semanas antes de la fecha prevista del parto.

Un miércoles, pasadas las diez, aún no había regresado de Port Antonio. Los vecinos, alertados, se unieron a la familia para esperarla en la estrecha carretera, sembrada de baches, que serpenteaba por la ladera de la montaña. Hacia las once, la vieron surgir de la noche, reconocible por su imponente estatura y al mismo tiempo completamente diferente, agitando los brazos y tropezando como un borracho. Un gemido salía de sus labios y, cuando llegó al cruce donde un camino se bifurca hacia Berridale, mientras que otro desciende bruscamente hacia Moore Town, cayó de bruces en el barro. Veinte brazos con sus veinte manos se ofrecieron para levantarla, llevarla a casa de su padre y acostarla en la cama de su madre. Luego se cerró la puerta. El padre acompañó a los vecinos hasta el puente de bambú sobre la cañada para agradecerles su ayuda y la noche volvió a ser exclusivamente para los fuegos fatuos, los perros callejeros y los espíritus de los Ancestros.

Desde aquel miércoles, nadie volvió a ver a Jane hasta que,

cinco semanas después, dio a luz a una niña.

Los habitantes de Moore Town, Cornwall Barracks y Comfort Castle tienen todos como antepasados a los cimarrones, esos terribles africanos que rechazaron la esclavitud en las plantaciones y se refugiaron en las montañas. De ahí que se consideren miembros de una misma familia. Lo que afecta a uno afecta a todos los demás. Cuando se extendió el rumor de que la hija de Jane era blanca como la luna, bajo todos los techos se sintió la misma vergüenza y el mismo dolor. ¿Qué? ¡Los ancestros Koromantyns estarían revolviéndose en sus tumbas! En cuanto a la intrépida Nanny, ¿había luchado hasta la muerte para que un blanco preñara a su bisnieta?

El padre debía de ser uno de esos marineros estadounidenses, groseros y descarados, que venían a Port Antonio a bordo de los barcos bananeros de la United Fruit Company. Otros afirmaban que se trataba más bien de un inglés, algún terrateniente, comerciante o funcionario de su majestad, pues muchos residían en esa parte del país y se dedicaban a jugar al críquet o al polo bajo las miradas resentidas de los negros harapientos. Pronto un nuevo rumor dispersó todas estas suposiciones. Se supo que Jane se había convertido e iba a ser bautizada un domingo en el Río Grande. Aunque toda suerte de misioneros pululaban por la zona, su influencia se limitaba a Moore Town y, durante los servicios, la asistencia era muy escasa en los bancos de la pequeña capilla de piedra de St. Peter, silenciosa y triste como una tumba entre las tumbas del cementerio. Jane había elegido la Iglesia bautista, sin duda por su pasado abolicionista y porque toleraba cantos y bailes que la Iglesia anglicana, en cambio, consideraba paganos. La comunidad al completo acudió a Berridale para verla, junto con otras diez novicias vestidas de blanco, entrar en el agua cantando con un ramillete en la mano. Su vozarrón sobresalía sobre las vocecillas del

resto. Se había engalanado el pelo con flores blancas de magnolia. Nunca se había parecido tanto a una divinidad pagana como en el momento en que entregó su vida al Dios de los cristianos. En lo sucesivo, solo se la vería vestida de negro, la frente ceñida con un triste pañuelo, yendo y viniendo sigilosa como una sombra. Su padre le dio un pedazo de tierra en los confines de Fellowship. Con ayuda de sus hermanos, se construyó allí una casita con dos habitaciones y un porche para criar a su hija Grâce.

Y Grâce creció odiando Moore Town. Detestaba el cinturón montañoso que la constreñía, como un cepo del que nunca lograría escapar. A derecha e izquierda, cumbres envueltas en niebla que se confundían con el gris del cielo. Hasta donde alcanzaba la vista, aquella vegetación densa y hostil, siempre lista para devorar los precarios jardines del hombre. A lo lejos, el rumor del río turbulento que cada invierno se cobraba su cuota de víctimas. Pero, sobre todo, odiaba el carácter y el orgullo cimarrón de sus gentes.

Nanna-ya, Nanna-ya
Obu Oke Omo
Nanna-ya, Nanna-ya...[\[54\]](#)

Así cantaban los niños de la escuela. Pero Grâce sabía que esa historia no le pertenecía. En algún lugar, el árbol genealógico se había roto y había brotado ella, criatura desconocida. Se lo recordaban a cada instante su piel dorada y las largas trenzas que le bailaban sobre los hombros. Ninguno de sus familiares de Moore Town ni de las comunidades vecinas le hizo jamás el más mínimo comentario ni le dirigió burlas o palabras hirientes. Al contrario, parecía que ocupaba un lugar privilegiado en los corazones de todos. En particular, su abuela Maddah Louise la adoraba. Maddah Louise era una cimarrona de Seaman's Valley. Se decía que por sus venas,

como por las de todos en la región, corría algo de la sangre del inglés George Fuller. Era menos negra y menos imponente que sus hijos y, sobre todo, que su hija Jane. Se decidió a aprender a leer y escribir para guiar a su nieta y pronto se la oyó recitar o canturrear con la niña estribillos absurdos. Los domingos, cuando salía de la iglesia ensordecida por el estruendo de las campanas y los tambores, aterrada por el clamor y los aspavientos de aquellos que el Espíritu poseía hasta dejarlos exhaustos y sudorosos a los pies del altar, Grâce apoyaba su cabecita contra el pecho anciano de Maddah Louise. Esta le deslizaba entre los labios pedazos de cerdo ahumado recalentados en un fuego de leña verde y, a sorbitos, le daba de beber una mezcla de miel y agua de coco. Desgraciadamente, Maddah Louise murió cuando Grâce tenía siete años y, con ella, la dulzura desapareció por completo de su vida.

Grâce hizo una pausa en su labor y se enjugó el sudor de la frente. Hacía calor, mucho calor para ser diciembre, un mes que suele ser húmedo y lluvioso.

Sí, no pasaba un solo día sin que pensara en su madre. Esa madre a la que no había querido, sino temido. O, más bien, a la que no había empezado a querer hasta después de su muerte, como un árbol caído cuyo follaje, de pronto, se extraña. En vida, Jane era demasiado grande, demasiado imponente. Era imposible mirarla a los ojos o besarla en la boca. Una solo podía refugiarse en su sombra.

Jane ahorra cada centavo para que Grâce pudiera estudiar en la Universidad de Kingston. Porque los tiempos habían cambiado. Los plátanos de la región de Portland adolecían de la misteriosa enfermedad de Panamá y la United Fruit Company había dejado de interesarse por ellos para empezar a dirigir sus tentáculos hacia

México, Venezuela y Colombia. Port Antonio tan solo atraía ya a excéntricos estadounidenses y, al otro lado de las montañas, Kingston, la ciudad construida apresuradamente para albergar a los supervivientes del terremoto de Port-Royal, se había arrogado el rango de capital y se estaba convirtiendo en metrópoli comercial e intelectual. Pero a Grâce le traía sin cuidado acudir a Kingston e ir ascendiendo en la interminable escalera de la enseñanza secundaria y universitaria. Solo soñaba con huir, y lo más rápido posible. El destino tomó la forma de Gloria Pereira, una encantadora adolescente cuya familia era originaria de Port María y que se convirtió en su compañera favorita en la escuela de las Hermanas. Gloria la invitó a su cumpleaños. Como Grâce le respondió balbuceando toda suerte de pretextos aterrados, Gloria subió hasta Moore Town con su madre para convencer a Jane, lo que consiguió sin demasiada dificultad. Gloria tenía un primo, George Jr., que ayudaba a su padre con la contabilidad en la ferretería que acababa de comprarle al chino Wong. Durante la fiesta de cumpleaños, George Jr. le dedicó a Grâce una sonrisa. Ella le respondió con entusiasmo y, tres meses después, se casaron. Grâce recordó la conversación que mantuvo con su madre. Era por la mañana. Había pasado la noche armándose de valor. Jane estaba de pie bajo el toldo de la cocina, bebiendo una de esas infusiones cuya receta solo ella conocía. Tenía el rostro girado hacia el amanecer y el sol rozaba tímidamente sus rasgos inflexibles. Grâce dio un paso al frente y recitó su discurso de corrido. Jane posó su pequeño cuenco sobre la mesa, se volvió hacia su hija y se limitó a decir:

—No es la vida que había soñado para ti...

Grâce encontró en algún lugar la fuerza necesaria para responder:

—Es la que yo quiero...

Jane fingió no haberla oído y continuó:

—Han abierto una universidad en Kingston. Pronto los blancos abandonarán el país y todo volverá a ser como antes...

Grâce se encogió de hombros, sintiendo cómo la invadía una mezcla de lástima y rabia.

—¡Nunca volverá a ser como antes! Nunca más. Ya no se trata de luchar contra los blancos y huir de ellos, sino de aprender a vivir con ellos o, lo que es peor, como ellos.

Una vez más, Jane fingió no haberla oído:

—Pronto el país dejará de pertenecer únicamente a sus hijos...

Grâce estuvo a punto de reírse, pero se contuvo y repitió:

—Esta es la vida que yo quiero.

Tres meses después, se casó. Seis meses más tarde, Jane se había marchado.

Un viernes por la mañana, un primo pequeño de Moore Town, vestido con una camisa hecha jirones que dejaba al descubierto su espalda negra como una pizarra, bajó a lomos de un burro para informar a Grâce de que su madre no estaba bien.

—¿Qué le pasa?

El niño hizo un gesto de ignorancia. El domingo por la mañana, después de misa, Grâce y George Jr. subieron a Moore Town. Jane había muerto. Las mujeres de la familia ya la habían lavado y perfumado y le habían puesto un largo vestido blanco. La mitad de los habitantes de Moore Town, Cornwall Barracks y Comfort Castle se apiñaban en las dos habitaciones de la casita. La otra mitad se encontraba en la terraza o en el huerto vecino. Todos miraban a Grâce con aire acusador. Desde entonces, esas miradas la perseguían.

Grâce vertió en el vaso el zumo de caña aromatizado con ralladura

de limón, colocó las dos empanadas calientes en el platillo y le entregó la bandeja a Sonia, la joven sirvienta que, fascinada por la minuciosidad de sus gestos, no había dejado de mirarla:

—Llévaselo al patrón.

George Pereira Jr. miró su reloj: las diez. Justo en ese momento, llamaron a la puerta y entró Sonia con el refrigerio perfecto en la bandeja. Una vez más, si hubiera querido reprocharle algo a su esposa, no habría podido.

George Pereira Jr. había nacido en Coleraine, la explotación de plátanos y caña de azúcar donde trabajaba su madre. Esta había fallecido pocas horas después de su nacimiento, accediendo, ante su insistencia, a susurrar el nombre del padre al sacerdote inclinado sobre su lecho. Sin detenerse siquiera a cerrarle los ojos ni a calmar el llanto de las demás mujeres, este envolvió al recién nacido en una toalla y, a lomos de un burro, se dirigió a Port María, donde vivía Neville Pereira.

Neville Pereira era un mestizo con sangre india, china y blanca. Decía que su nombre provenía de un antepasado español que llegó para venderles dogos cubanos a los ingleses y ayudarlos a someter a los cimarrones y que, prendado de la región, terminó estableciéndose en ella.

Era un rico comerciante, pero no hacía alarde de su fortuna. Honesto y temeroso de Dios, los domingos en misa entonaba los salmos más fuerte que nadie. Tenía siete hijos, tres de un primer matrimonio con una negra de Oracabassa y cuatro de una escocesa, hija de un pastor, lo que le permitía declarar con una sonora risotada que era un activista por la armonía racial.

Cuando el sacerdote, con el recién nacido en brazos, se presentó en casa de Neville Pereira, la familia estaba sentada a la mesa. Al verlo, George, el tercer hijo, que acababa de cumplir dieciocho años,

se levantó precipitadamente e hizo amago de correr a su habitación. Enseguida se volvió a sentar y terminó desplomándose sobre la mesa entre sollozos, despejando así cualquier atisbo de duda sobre su culpabilidad. Neville Pereira lo miró en silencio. Luego se volvió hacia el sacerdote:

—¿Qué es?

—Un niño...

—¿La madre?

—Muerta...

Bautizaron al recién nacido como George, igual que su padre. En casa de los Pereira George Jr. nunca fue víctima de injusticias ni malos tratos. Sin embargo, ¿cómo impedir que un niño lea en lo más hondo de los corazones y sienta dolorosamente su diferencia? A fin de cuentas, no era más que un bastardo y, para colmo, el más negro de toda la familia. Su abuelo era el único que parecía no darse cuenta en absoluto de este detalle. Para compensarlo, el pequeño George se inventó un árbol genealógico. Por parte de su difunta madre, la campesina de Coleraine, descendía de Tacky, el famoso esclavo que en 1760 lideró una de las mayores rebeliones de la región. George se entusiasmaba con esta auténtica guerra de guerrillas que costó la vida a más de trescientos hombres de ambos bandos. Para complacer al niño, Neville, que tenía una imaginación de lo más fértil, adornaba la escasa información que las crónicas locales aportaban al respecto. Incluso llegó a llevarlo al lugar donde había nacido la revuelta. No quedaba nada de la Hacienda Frontier, ni de las cabañas de los negros que bordeaban los campos de caña. La naturaleza había reconquistado el lugar. Las chumberas trenzaban su ramaje con el de los árboles de la vida, majestuosos, eternos. George Jr. soñaba e intentaba imaginar los acontecimientos acaecidos dos siglos antes: los negros escondidos entre los helechos

gigantes, con el miedo en las tripas y el amor por la libertad en el corazón. Entonces George veía a su abuelo, sujetando las riendas de su hermoso caballo mientras pastaba. El pasado ya no existía. ¿Qué vida le esperaba?

Hacia 1950, con treinta años cumplidos, George Pereira se atrevió a contradecir a su padre afirmando que Bustamante era un gran hombre. Inmediatamente, Neville le entregó escrupulosamente su parte de la herencia y lo echó de casa. George, que adoraba a sus hermanos, no quiso alejarse mucho. Se instaló un poco más al este, en la costa, en Port Antonio, con la joven con la que acababa de casarse y su hijo George Jr. Allí compró la tienda del chino Wong y, siguiendo el ejemplo de su padre, no tardó en hacer fortuna. George Jr., que por entonces tenía doce años, no superó tener que separarse de su abuelo. Su carácter, ya de por sí reservado, se volvió aún más sombrío. Pronto pasó a ser el último de su clase, y su padre, cuyo negocio no dejaba de crecer y necesitaba ayuda, se lo llevó a la tienda y lo inició en la contabilidad.

Cuando cumplió los dieciséis años, su abuelo murió. Neville era un hombre robusto que nunca había consultado a un médico y se curaba solo con plantas, siguiendo las recetas que le había enseñado su primera esposa. Una noche, le subió una fiebre muy alta. Despachó a su mujer, empeñada en darle quinina, y se acostó después de tomar una decocción que él mismo había preparado. Murió durante la noche. Por la mañana, su esposa, que para no molestarlo había dormido en otra habitación, se lo encontró rígido, emanando ya un olor dulzón.

Esto supuso un duro golpe para George Jr.

Lo más terrible fue que Neville, por escrito, había repartido entre sus familiares y amigos sus objetos personales: su reloj de bolsillo, sus pipas escocesas, su Biblia, su colección de relatos de viajes

encuadernada en cuero... Sin embargo, no le había dejado nada a su nieto. Por mucho que le repitieran que, como la muerte lo había pillado por sorpresa, Neville no había tenido tiempo de poner al día su testamento, George Jr. lo sintió como un abandono y una traición.

Tan pronto como le pidió a Grâce que se casara con él, George Jr. tuvo la impresión de estar atrapado. La mañana siguiente a su noche de bodas, empezó a buscar razones para detestar a su mujer. Era frágil. Tímida. Taciturna. Después su odio se encauzó. Encontró un objetivo concreto. ¿No descendía Grâce de cimarrones? ¿Y no había sido un cimarrón quien, al término del acuerdo firmado con los ingleses, empuñó su largo rifle de contrabando y mató a Tacky de un disparo en la cabeza? ¿Además de su héroe, no sería Tacky su antepasado? ¿Quién sabe?

A partir de entonces, solo tuvo una ambición. Iba a escribir una *Historia de Tacky* que, además de rendir homenaje a un mártir, ilustraría la triste trayectoria de los cimarrones, defensores de la libertad que, paradójicamente, se convirtieron en perros guardianes de los ingleses. Encargó en Kingston una máquina de escribir Remington, pliegos de papel fuerte y papel cebolla, y se puso manos a la obra.

George Jr. había retomado la tienda paterna sin modernizarla. Cuando la familia se reunía al completo, George tenía la impresión de ser un intruso. Sus tíos discutían de política, lo que le repugnaba, pues Neville Pereira le había repetido mil veces que los políticos son viles criaturas que juegan a ser Dios y pretenden deshacer sus leyes. La independencia de su país, que se produjo cuando tendría unos veinte años, no significó nada para él. En aquella época, apenas empezaba a recuperarse de la muerte de su abuelo. George Jr. no llegó a ejercer nunca el derecho al voto que tan caro le costó a su pueblo en 1944: la urna, con su obscena ranura, simbolizaba a sus

ojos un pecado tan grave como el de la carne. En Port Antonio, era testigo de la migración estacional de turistas ingleses y estadounidenses hacia Berridale, donde se embarcaban para descender hasta la desembocadura del Río Grande. Durante un tiempo, esta se interrumpió. George Jr. oyó decir que el país estaba siendo víctima de un experimento socialista y que, en consecuencia, solo había disturbios y violencia. Después todo volvió a su cauce.

George empezó a verse a sí mismo como un fósil, una laminaria aferrada a su roca, incansablemente bañada por la mar. Se refugiaba entonces en su *Historia de Tacky*. Se obligaba a trabajar en su obra tres horas al día entre semana, todo el sábado y todo el domingo después de misa. A medida que avanzaba en su trabajo, nuevos horizontes se iban abriendo ante él. Quería describir la vida de los terratenientes del siglo XVIII, las relaciones de Gran Bretaña con el resto del mundo, el origen de los esclavos y, sobre todo, los vínculos entre los cimarrones y la población servil de las llanuras. Este aspecto era el corazón de la obra. ¡Ah, destruir el mito que los rodeaba!

Aunque ya casi alcanzaba mil páginas, su manuscrito distaba mucho de estar terminado. Pero ¿qué importaba el tiempo cuando se trataba de una obra de semejante envergadura?

Sin embargo, desde hacía poco, otro elemento había entrado en la vida de George: el amor (¿pero acaso era amor?) por una mujer, casi una niña.

Algunos hombres están hechos para el adulterio y lo aceptan con naturalidad. George no pertenecía a esta categoría y le suponía un calvario. Hubiera querido que su mujer, que lo sabía todo, lo liberara y se marchara. Pero eso no era propio de ella. Al contrario: permanecía en su sitio, irreprochable, sumisa como una perra en su caseta. Un día se atrevió a sincerarse con el padre Charles, el mismo

que lo había envuelto en una toalla de felpa al nacer, arrancándolo así de la miseria. El anciano se encogió de hombros:

—¿Qué le reprochas a tu mujer? Todo el mundo te envidia...

George murmuró:

—Padre, amo a otra persona...

Por toda respuesta, el párroco abrió su Biblia y lo invitó a rezar con él.

George terminó de comer las empanadas, se limpió la boca y llamó a Sonia, que esperaba en la tienda, charlando y riendo con los dos dependientes. La muchacha entró, poniéndose inmediatamente en el rostro la máscara del respeto más profundo, y George, animado por un absurdo deseo de verla relajarse y sonreír, se metió la mano en el bolsillo.

—Toma, esto es para ti...

Su estupefacción le dolió. Es cierto que, a ojos de todos, pasaba por un tacaño, un egoísta, un hombre sin ninguna virtud. ¡Pero era culpa de su mujer! Si a los veintidós años no se hubiera precipitado a ese matrimonio imbécil, habría sido otro hombre. Ah, pero iba a dejarlos a todos boquiabiertos con su *Historia de Tacky*...

Unos años antes, un ministro del Gobierno había acudido a inaugurar un monumento a Tacky junto a la iglesia presbiteriana de Port María. George había asistido y se había llevado consigo a Frank, su hijo favorito, que era el vivo retrato de su venerado abuelo. Durante todo el trayecto, le había hablado de Tacky, de todo lo que representaba para él, de la historia que estaba escribiendo, de su orgullo al verlo finalmente reconocido casi como un héroe nacional. Y, justo en el momento en que el ministro, con la cabeza descubierta bajo el sol y vestido con su traje de alpaca, se disponía a cortar la cinta simbólica, el niño rompió a llorar. Cuando George, con suavidad

pero con firmeza, le ordenó que se callara, el pequeño empezó a chillar y sollozar de manera desgarradora:

—Mamá, quiero a mamá...

Ni sus propios hijos le pertenecían. No podía comunicarse con ellos. ¿Qué los separaba? George apartó su libro de cuentas, apoyó las manos sobre el escritorio y se quedó inmóvil, mirando fijamente una mancha de luz.

Joyce entreabrió la puerta y sonrió. Luego negó con la cabeza.

—La sala de lectura está cerrada, Michael.

El niño frunció el ceño y preguntó:

—¿Por qué, *mademoiselle*...?

—Tengo que reunirme con alguien muy importante que ha venido expresamente desde Kingston para verme... Y Lucy no ha venido a trabajar esta mañana. Vuelve sobre la una y media. Seguro que para entonces ya estaré de regreso.

Sin decir nada, Michael se dio la vuelta, se dirigió hacia su bicicleta, se montó y desapareció. Joyce cerró la puerta con llave y volvió a mirarse en el espejo que había sobre el escritorio. Le gustó lo que vio. No podía evitar ser coqueta, incluso en esa pequeña ciudad perdida al pie de las montañas y cercada por la mar. Es cierto que, esa mañana, tenía una razón especial para verse bien.

Joyce era hija de un marinero jamaicano que, en el periodo de entreguerras, se había establecido en Inglaterra, en Folkestone, y se había casado con la camarera del bar donde se emborrachaba todas las noches. Nunca se había preocupado por las razones del exilio de su padre y había crecido en esa ciudad, a veces azotada por la espuma de la mar, a veces alegremente balnearia, que consideraba suya. Era inteligente. Había terminado sin esfuerzo sus estudios de secretariado y estaba buscando trabajo cuando, en un pub al que

acudía desde hacía años, bromeando con un cliente habitual, este le dijo secamente:

—¡Ya basta, Topsy! Si no estás contenta, vuélvete a tu casa...
¿A tu casa?

Joyce se quedó estupefacta. ¿A su casa? ¿Su casa era entonces Jamaica, esa isla lejana de la que su padre solo hablaba con sus compañeros de borrachera? Nunca con sus hijos. Y mucho menos con su mujer. Como si se tratara de un dominio prohibido a los intrusos. Ella aceptó el reto. Descubrió entonces que Jamaica se había convertido en un país independiente en 1962, es decir, pocos años después de su nacimiento; que era un paraíso para los turistas; que Noel Coward se había quedado prendado de ella y se había instalado allí, en un promontorio con vistas al mar. Como todo eso tampoco significaba gran cosa, pidió prestadas cien libras a su hermano mayor, que vendía pólizas de seguros, y compró un billete de avión. Tres meses más tarde, estaba trabajando como bibliotecaria jefa en Port Antonio.

Port Antonio puede considerarse bonito, pues es una de las pocas ciudades de Jamaica donde se conservan relativamente intactos edificios de estilo georgiano, es decir, que datan de la época del rey Jorge III: el tribunal y algunas casas de la Rue Haute. La iglesia anglicana también tiene su encanto, con sus racimos de palmeras reales recortadas sobre la piedra gris y musgosa. Pero, sobre todo, está la mar, cinturón violáceo y cambiante que ciñe la ciudad. Como la vida en Port Antonio es sumamente tranquila, al principio Joyce creyó que se marchitaría de aburrimiento. No hay pubs donde jugar a los dardos y devorar salchichas. No hay discotecas donde escuchar canciones de los Beatles. Tan solo hay un cine donde ponen películas de kárate. Sin embargo, poco a poco, se fue aclimatando. Sobre todo porque su vida, que si se hubiera

quedado en Folkestone habría discurrido en el anonimato, no tardó en convertirse en una novela por entregas cuyos episodios parecían concebidos por un escritor de imaginación desbordada. El color de su piel, que paradójicamente la había hecho huir de Inglaterra, la situaba de inmediato en una clase superior. Todas las personas que servían, ocupaban empleos subalternos y trabajaban en el campo eran negras. Como su padre. Y, de repente, Joyce comprendió por qué este había huido. En cambio, las personas claras, como ella, podían atreverse a todo si jugaban bien sus cartas.

Al mismo tiempo, su empleo de bibliotecaria —que, en cualquier otro sitio, se juzgaría modesto— le confería cierto prestigio intelectual. Joyce, la niña de Marjorie, se había convertido en Mademoiselle Campbell y prácticamente se la consideraba un miembro de la alta sociedad.

La biblioteca municipal de Port Antonio, situada en un cuadrilátero de hormigón ultramoderno, consta de dos grandes salas de lectura, una para niños y otra para adultos, además de otra sala más pequeña, circular, decorada con carteles donados generosamente por las oficinas de turismo y con periódicos a disposición de los usuarios. El predecesor de Joyce, harto de las dificultades materiales y la indiferencia general, se había dado por vencido. Ella, en cambio, se apasionó por su trabajo. Comprendió muy pronto que había que apostar por la infancia, por esos niños y niñas con lazos en el pelo que, dos veces al día, a horas fijas, tomaban posesión de las calles. Así que fue a ver a las monjas, a los directores y directoras de las instituciones laicas y, en menos de un año, triplicó el número de lectores menores de quince años. En cuanto a la sección de adultos, Joyce admitía su fracaso. Solo contaba con media docena de socios. Entre ellos, George Pereira Jr. Este apareció una tarde, poco antes de la hora de cierre, muy alto,

de complexión atlética, indiscutiblemente guapo y, sin embargo, torpe y claramente inseguro. Le explicó:

—El bibliotecario anterior solía encargarme ciertos libros en Kingston.

—¿Qué tipo de libros?

Él pareció visiblemente turbado y ella no se habría sorprendido si lo hubiera oído balbucear: «Pornográficos...».

En lugar de eso, dijo:

—Históricos. Estoy investigando una rebelión de esclavos que tuvo lugar en esta región en el siglo XVIII. Es muy difícil, porque los esclavos son los agentes invisibles de la historia...

Ella repitió, involuntariamente burlona:

—¿Los agentes invisibles de la historia...?

Él se mostró aún más turbado si cabe.

—Quiero decir que, si se estudia la clase de los terratenientes, es pan comido. No faltan documentos: grandes casas, retratos, escritos... Pero, cuando se trata de los esclavos, no hay nada. Solo la imaginación.

Y empezó a hablar de Tacky.

Si se hubiera tratado de otra persona, semejante cháchara habría aburrido inmediatamente a Joyce y enseguida habría puesto fin a la conversación. Pero había algo en ese hombre secretamente herido y vulnerable que le recordaba a su padre. ¿Por qué nunca se habría preocupado por conocerlo mejor? Así que le ofreció un asiento a George y fingió prestar atención a cada una de sus palabras.

Joyce vivía en pleno centro de Port Antonio, en una pensión que albergaba a pocos huéspedes permanentes, pero que al mediodía servía comidas a turistas con el dinero justo y a viajeros con prisa. A partir de entonces, todas las noches a las nueve, George acudía a

reunirse con ella. Atravesaba el jardín mal cuidado, donde crecían libremente buganvillas, almendros silvestres y tulipanes; saludaba a la dueña, Madame Boy, que vivía en la planta baja, y subía corriendo las escaleras. ¿Qué excusa inventaba para escaparse? Joyce evitaba preguntárselo. ¿Qué pasos, tanteos, confesiones y declaraciones los habían conducido hasta donde estaban? Joyce ya no lo recordaba muy bien. Al principio, él la había desconcertado por el sutil parecido con su padre. Al prestarle atención, alimentaba la ilusión de estar reparando un error muy antiguo. Cuando intentó dar marcha atrás, ya era demasiado tarde. Y ahora, desde hacía casi tres años, le irritaban sobremanera aquellas noches truncadas y todo aquel desastre instalado en su juventud, por otra parte tan prometedora.

Unos meses antes, le había exigido que le diera el capricho de pasar juntos una semana en Montego Bay. Una semana, es decir, siete noches completas.

George era un hombre rico que no sabía manejar el dinero. Desconocía la existencia de las tarjetas de crédito y desconfiaba de los cheques. Al enterarse de que los hoteles de la costa norte exigían que se pagara en divisas, se lanzó a un farragoso proceso de cambio con el Banco Central, cuando todo habría sido sumamente sencillo y rápido gracias al mercado negro, al que todos recurrían abiertamente. Finalmente, se hizo con un grueso fajo de billetes verdes, todos iguales para él, que examinaba atentamente bajo la mirada burlona de los camareros. En esas playas de ensueño, tan diferentes de las de Folkestone o Dover, la visión de las hordas de cuerpos blancos, semidesnudos, expuestos al sol y a la mar, a George solo le evocaba imágenes de vicio y perversión. Los fulminaba con la mirada, mientras Joyce se encogía de hombros y repetía:

—Son turistas, solo son turistas...

Una noche, ella lo llevó al Bangarang. El Bangarang no era uno de esos clubes nocturnos para turistas, con aire acondicionado, asépticos, donde los ritmos más endiablados eran los calipsos de Harry Belafonte. Era una caverna ardiente y atronadora donde hombres y mujeres glorificaban el sexo como solo se debe glorificar a Dios. Mientras ella bailaba desatada en la pista con un chico de su edad, George desapareció. Lo encontró en el hotel. Resultaba a la vez patético e irritante. Era como un pastor descarriado, escandalizado por la vulgaridad y el apetito de placer de un mundo que se vengaba de cuatro siglos de colonización.

Fue en Montego Bay donde Joyce tomó la decisión de abandonar Port Antonio y romper con George. No era más que un lastre en su vida. Si maniobraba con habilidad, el mundo entero le pertenecería. Un poco de inteligencia, algo de dinamismo, mucha ambición y listo. Aquella sociedad estaba deseando ser conquistada. ¡Qué lejos quedaba Inglaterra, donde solo se podía seguir un camino marcado de antemano!

Dejando el tribunal a sus espaldas, Joyce subió por la calle hasta la estación de autobuses, con sus vendedores de pollo y cerdo ahumado, pasó por delante de la tienda de Victor que, como cada día, tenía *reggae* puesto a todo volumen, y llegó a la sede del Ministerio de Educación Nacional. Conocía el lugar por haberlo frecuentado a menudo en busca de subvenciones o donaciones de libros, así que subió sin dudarle a la oficina del primer secretario. No estaba solo, sino en compañía de un hombre bastante joven y bien vestido, claramente un ciudadano. El desconocido sonrió. Se leía en sus ojos lo mucho que le sorprendía encontrarse con alguien tan encantador y moderno en un lugar así, y se adelantó rápidamente:

—Me llamo Richard Scott. Soy uno de los directores adjuntos del Instituto de Jamaica.

2.

Cuando empezó la relación entre su marido y Joyce, Grâce comprendió que la venganza de su madre había alcanzado su punto álgido. ¿Qué ofrendas podía hacerle a su espíritu irritado? ¿Leche, fruta y sangre de cabra dispuestas en un cuenco con un puñado de flores? En vida, Jane depositaba ofrendas similares junto a las tumbas esparcidas por la ladera de la montaña. Se arrodillaba junto a ellas murmurando palabras misteriosas. Luego se levantaba, se ajustaba su vestido negro e informe, se colocaba el pañuelo en la frente y emprendía la senda de regreso a casa. Grâce iba detrás, chapoteando alegre en los charcos del camino. ¿Por qué no habría prestado más atención a las palabras y gestos de su madre? Como no sabía hacer otra cosa, se sumergió en la oración, sintiendo sin embargo que los fríos servicios de la iglesia anglicana a la que pertenecía George nunca le permitirían recuperar la comunicación rota. Reavivar el fuego apagado. Restaurar el calor.

Sí, Jane se estaba vengando. Por no haber sido querida, sino temida. Por haber tenido que afrontar la muerte sola.

Un día, Grâce subió a casa de su tío Tim, el hermano menor de su madre. Era la temporada de la cosecha de plátanos. Los chiquillos desaliñados empujaban pesados carros a rebosar de racimos dispuestos sobre lechos de hojas secas, cuyos frutos acabarían en las mesas de Europa. Los camiones esperaban en los cruces. Tim acababa de llegar del campo, con la azada y el machete en la mano, y Grâce no sabía qué decir. ¿Cómo abordar el tema? «Háblame de ella. De sus últimos momentos. ¿Me llamó? La muerte lleva al cuello una estola de gasa negra. Envuelve a sus víctimas y...»

Grâce se acomodó en la gran cama matrimonial y tomó de la mesilla de noche *Rebelión en la granja*. Las largas horas que pasaba

sola cada noche, mientras George estaba en casa de Joyce y los niños viendo la televisión en casa de los vecinos, las ocupaba leyendo los libros que su hijo mayor le enviaba desde Toronto, con una pequeña nota explicativa sobre los pasajes difíciles o algo escabrosos. Poco a poco, una especie de fatalismo se había apoderado de ella y había empezado a disfrutar de esa soledad, de esa paz. Como eran casi las nueve, esperaba ver a George salir de su despacho, entrar en la habitación, coger las llaves del viejo Buick que había comprado de segunda mano el año anterior y desaparecer sin una sola palabra. En lugar de eso, salió del baño con su pijama arrugado y desabotonado a la altura del pecho robusto, donde el vello comenzaba a encanecer. Se sorprendió tanto que estuvo a punto de indicarle la hora y preguntarle qué hacía allí, pero se contuvo. Como su marido no parecía prestarle ninguna atención a su presencia, Grâce retomó su lectura. Al cabo de un rato, con una mueca sarcástica en los labios, George le quitó el libro de las manos y lo hojeó al azar para después devolvérselo sin decir nada, con la misma expresión. Luego se tumbó en la cama. Bruscamente, apagó la lámpara de la mesilla de noche y dijo: «¿No piensas dejarme dormir?».

Unos años después de casarse, mientras le hacía el amor, George se detuvo en seco y le preguntó a Grâce:

—No te gusto, ¿verdad?

Ella susurró:

—Soy yo la que no te gusta...

Aquel fue el único momento de sinceridad entre ambos.

En el transcurso de más de veinte años de vida en común, excepto por las semanas en que Grâce durmió con su recién nacido en una especie de gabinete al final de la galería, los dos cónyuges siempre habían compartido habitación y no había pasado casi

ninguna noche sin que George poseyera el cuerpo a la vez pasivo y renuente de su compañera. Ella nunca se resistía, ya que no consideraba ese abrazo como una humillación o agresión suprema, sino que más bien lo acogía como una declaración de debilidad.

Esa noche, George le hizo el amor a Grâce con toda la ira del orgullo herido. A las cuatro en punto, Joyce lo había llamado por teléfono para decirle que no podría verlo porque estaba cenando con unos amigos en el hotel Bellevue. ¿Quiénes eran esos amigos? ¿De dónde habían salido? La acribilló a preguntas y ella le colgó. George cerró entonces su libro de cuentas, entró en la tienda, donde Sam y Ben intercambiaban bromas estúpidas, y los hizo callar con una sola mirada. Luego cruzó la calle para ordenar a Victor que bajara el volumen de la música. ¡Si al menos fueran melodías armoniosas! Pero no, claro que no. Se trataba de *reggae*, una cacofonía inventada por la más peligrosa de las sectas. Para George, el rastafarianismo constituía una abominable herejía. ¡Elevar al rango de Dios todopoderoso a un pequeño emperador depuesto por los suyos y muerto ignominiosamente! Cuando salió del cuerpo de Grâce, se sintió mejor y casi experimentó un sentimiento de gratitud.

Así que le propuso:

—¿Qué te parecería hacer un viaje?

Grâce creyó haber oído mal y repitió:

—¿Un viaje? ¿Has dicho un viaje?

George se impacientó:

—He dicho un viaje...

—¿Y qué hago con los niños?

—Puedes pedirle a algún pariente de Moore Town que se venga aquí un tiempo...

Grâce, atónita, pues George odiaba a su familia, repitió:

—¿Un viaje? ¿Adónde? ¿Por qué?

El único viaje que le habría gustado hacer era el de Port Antonio a Toronto para abrazar a su hijo. George se incorporó sobre las almohadas.

—Tengo que ir a Kingston para reunirme con el representante de una editorial inglesa cuyo contacto acabo de conseguir. Es para mi trabajo sobre Tacky...

Grâce llevaba veinte años oyendo hablar de la dichosa *Historia de Tacky* y, al igual que los niños, no creía que fuera a terminarse ni a publicarse. De hecho, deseaba que así fuera, pues no era más que una máquina de guerra, dirigida en parte contra ella y destinada a destruir el escaso orgullo familiar que le quedaba. Respondió con incredulidad:

—¿Lo has terminado?

—Hace unos meses escribí la palabra «fin», la palabra más hermosa, y entregué el manuscrito para pasarlo a máquina.

—¿A quién?

George se turbó:

—A una persona de confianza...

Adivinando quién era «esa persona de confianza», Grâce se atrevió a murmurar:

—¿Por qué no le enviaste el manuscrito a John para que se ocupara? Sería más seguro...

George le dio la espalda.

—Nunca he considerado a mis hijos como maestros...

Y no dijo ni una palabra más. El comentario de Grâce avivó un temor inconfesable. Desde que le confiara a Joyce el trabajo de toda su vida —1200 hojas repletas de garabatos y tachaduras—, esta afirmaba que la mecanografía avanzaba, pero él todavía no había visto ni una sola página. Sabiendo hasta qué punto Joyce era irascible e impertinente, no se atrevía a preguntarle. Pero se

torturaba en secreto. ¿No habría perdido el precioso documento que por fin lo convertiría en un hombre superior a todos los demás? Los habitantes de Port Antonio, todos aquellos que lo habían menospreciado, se reunirían atónitos. ¡Así que un genio se escondía entre sus filas! Y lo habían tomado por un vulgar comerciante, un simple importador de cacerolas y ventiladores eléctricos. George pasó revista a su vida. Todos aquellos pinchazos de aguja que lo habían ido convirtiendo en el ser sufriente y sangrante que era.

De pequeño, mientras jugaba frente a la puerta de su abuelo, una mujer corpulenta se le acercó un buen día y le dijo:

—Eh, ¿tu madre sirve aquí? Ve a preguntarle si sus amos necesitan otra criada...

De adolescente, como ayudaba a su padre en la tienda, cuando iba a la estación de tren o a la aduana los empleados lo trataban con una familiaridad odiosa:

—Ve a decirle al cabrón de tu jefe...

Sus hermanos explicaban a sus espaldas:

—No tenemos la misma madre. Su madre era...

Por eso, el día del cumpleaños de su prima, George le sonrió a Grâce. Era la única accesible en aquel grupo de pequeñas mulatas arrogantes embutidas en sus vestidos de tafetán, la única que no le habría dicho «¡Largo!» como a un perro. La única que se podía permitir. Pero, ¡ay!, nada más comprometerse cayó en la cuenta de lo ridícula que era su conquista. Se trataba de una bastarda como él, salida del vientre de una negra analfabeta, una supuesta *obeah* que hablaba el criollo duro de las montañas. Sin embargo, ya era demasiado tarde para dar marcha atrás y no le quedó más remedio que construir su vida con aquel diamante falso.

George intentó calmar el antiguo dolor que lo asaltaba, pero ahora se le sumaba una nueva pena. ¿Dónde estaría Joyce? ¿Qué

andaría haciendo? Era como un condenado que sabe que sus días están contados, pero que ignora cómo llegará el final.

En ese momento, Richard Scott miraba a Joyce con una profunda desconfianza. ¡Todos esos aspavientos, todas esas sonrisitas! Sin duda, estaba tratando con una coqueta y embaucadora profesional. Por añadidura, su inteligencia encontraba de lo más sospechoso que una chica tan joven, recién llegada a la región, hubiera podido escribir tal obra. ¿Cuáles eran sus fuentes? ¿Quiénes eran sus informadores? Todo ello planteaba un serio problema desde el punto de vista historiográfico. ¡Pero la muchacha era tan hermosa y pizpireta, con aquella melena rubia y rizada de *chabine*, aquellos ojos verdes salpicados de oro...! A Richard Scott le volvían loco las mujeres. A excepción de esta debilidad, era un hombre muy serio. Historiador, profesor universitario y director adjunto del Instituto de Jamaica. Se había dado a conocer en el país por un notable estudio sobre la rebelión de Sam Sharpe, uno de los héroes nacionales. En el régimen anterior, había ocupado el cargo de agregado cultural en Cuba e, incluso ahora, tras el cierre de la embajada de Jamaica en Cuba, aún se encargaba de preservar ciertos lazos entre ambos países. Venía para informar a Joyce de que era la ganadora del Premio Norman Manley en la categoría de Historia y, como quien no quiere la cosa, aprovechar para someterla a un interrogatorio. Pero se estaba dejando llevar por una pasión que, en realidad, no deseaba. Intentó recomponerse y dijo fríamente:

—¿Cómo ha podido reunir tanta documentación sobre Tacky? Quiero decir que las figuras de Nanny, Sam Sharpe o Paul Bogle, entre otras, tienen más visibilidad. Fíjese, por ejemplo, en mis trabajos, los de Braithwaite o incluso los trabajos literarios como los de Sylvia Winter, V. S. Reid u Orlando Patterson. Pero, en su caso,

¿cómo lo ha hecho? ¿De dónde ha partido?

Joyce ni se inmutó:

—Tuve la suerte de conocer a alguien que decía descender de Tacky. En realidad, no tenía ni idea de nada. Todo era una pura invención de su mente...

Richard Scott se rio.

—¡Quizá esa sea la única herencia verdadera! ¡La imaginación!

Cuando Joyce conoció a George, apenas prestó atención a su proyecto de *Historia de Tacky*. Lo vio como un delirio inofensivo. Una manía. Un día, George le llevó 1200 hojas manuscritas y ellas las hojeó por curiosidad. Ilegibles. Las tiró a un cajón. No comprendió el partido que podía sacar de ellas hasta que abrió el *Daily Gleaner*. En él se anunciaba un concurso nacional para el Premio Norman Manley, que tenía tres categorías: poesía, ficción e historia. Si bien el Premio Norman Manley no era tan prestigioso como el de la Casa de las Américas, no por ello era menos importante, ya que incluía una beca de estudios o una promoción profesional, según el caso. Así que Joyce había retomado el manuscrito deforme de George, salpicado de digresiones, consideraciones ociosas sobre el país o la época y discursos sentenciosos. Estaba además escrito con un estilo espantoso, solemne y grandilocuente, como el de un pastor en el púlpito. Ah, ¡había tanto de George como de ella en la historia que finalmente envió al Instituto de Jamaica! Lo había recortado. Lo había reescrito. Fue ella quien tuvo la idea de emplear la primera persona.

Me han pedido que les cuente las razones que me llevaron a emprender el relato de la insurrección, como ustedes la llaman. Aunque para mí se trata de un combate por la libertad y la dignidad. Así las cosas, debo remontarme a mi infancia e

incluso a los tiempos previos a mi nacimiento. Cumplí treinta y un años el pasado 2 de octubre. Nací en la Hacienda Frontier, en la parroquia de St. Mary. En mi infancia ocurrió un acontecimiento que dejó una huella indeleble en mi mente. Este constituyó la base de ese entusiasmo que condujo a tan fatal desenlace a tantos blancos y negros. Es necesario relatarlo aquí. Por fútil que pueda parecer, en ese hecho se encuentra el origen de esta creencia mía, que no ha hecho más que crecer con el tiempo y de la que nunca he podido deshacerme. Cuando tenía tres o cuatro años, mientras jugaba con otros niños, les hablé de una revuelta acaecida antes de mi nacimiento en esa misma provincia de St. Mary, y de la que yo no podía tener conocimiento porque mi madre nunca me habló de ella. Sin embargo, mantuve mi relato y narré algunos hechos con bastante fidelidad. Se llamó a algunos testigos y se sintieron muy conmovidos, pues sabían perfectamente que la revuelta en cuestión había tenido lugar y había sido reprimida de forma sangrienta para que nuestro pueblo siguiera viviendo atenazado por el miedo a ponerse en pie. Las gentes afirmaron que estaba llamado a convertirme en profeta, ya que el Señor me había mostrado cosas que habían sucedido antes de mi llegada al mundo. Pero yo lo interpreté de una manera completamente diferente. Supe que estaba destinada a guiar a mi pueblo hacia la libertad...

—¿Dónde está ese informante del que habla?

Joyce se vio entre la espada y la pared. Pero lo había previsto todo:

—En Folkestone. Era un amigo de mi padre. Noche tras noche,

nos contaba la historia de Tacky. Nunca nos lo tomamos en serio, pero, cuando llegué a la región, vi el monumento en Port María y comprendí que había algo de verdad en todo aquello. Entonces me puse a investigar. Como bien sabe, nuestro pueblo tiene una memoria fantástica...

Mientras hablaba, sonreía de una manera tan encantadora que los últimos escrúpulos de Richard Scott se disiparon. Murmuró:

—¿Qué tal si nos vamos a bailar a algún sitio?

Ella volvió a sonreír, visiblemente burlona esta vez.

—No es tarea fácil en Port Antonio...

—Pues nos vamos a Ocho Ríos... Se llega rápido en coche.

Llamó al camarero.

Para Joyce, Richard era la única oportunidad de salir de Port Antonio sin demora, sin esperar a que la noticia apareciera en primera plana en el *Daily Gleaner*. Tenía que alejarse de George todo lo que pudiera. Aunque no tenía miedo. Se defendería ante cualquier tribunal. Ningún jurado habría aceptado y premiado el batiburrillo que había escrito George si ella no lo hubiera aderezado. Al mismo tiempo, sabía que él no lucharía. Lo aceptaría como una fatalidad, un nuevo revés de un destino que siempre le había sido hostil.

Richard Scott se levantó, algo indeciso, pero ya completamente indefenso y víctima de un instinto mucho más fuerte que su razón. De repente, recordó que le había prometido a Trevor Howard, cuya lucha admiraba aunque no compartiera del todo sus ideas, que asistiría a uno de sus mítines en Berridale. ¡Demasiado tarde! Pasaría el fin de semana en Ocho Ríos con Joyce; después bajarían lentamente hacia Kingston y...

3.

La tienda del viejo Chang había conocido días mejores. Veinte años antes, Chang era, junto con Wong, el único comerciante del lugar y vendía a los habitantes de Port Antonio y sus alrededores —sin fiar nunca—todo lo que necesitaban, desde sal hasta manteca de cerdo, pasando por carne en conserva, sin olvidar los productos locales: bananas, plátanos verdes, boniatos que los campesinos le traían a lomos de sus burros. Pero los tiempos habían cambiado. La gente se había vuelto exigente, tenía más dinero en el bolsillo y reclamaba productos como huevos, beicon, arroz y verduras. Además, la independencia había consagrado el auge de una clase media inquieta, activa, conectada por hilos invisibles con Londres, Toronto y Miami. La mayoría de los chinos se habían adaptado a esta nueva clientela. Los hermanos Wong, por ejemplo, habían fundado una cadena de supermercados con sucursales en todas las ciudades del país. El viejo Chang no se había sumado a esta moda y, poco a poco, la clientela lo había ido abandonando. En su tienda llena de humo y como ennegrecida, las latas de conservas se alineaban en las estanterías y sobre el mostrador había dos enormes tarros de caramelos. A la entrada, una vieja balanza Roberval permitía pesar los alimentos que algunos campesinos fieles aún le traían. Desde hacía veinte años, el viejo Chang era distribuidor del *Daily Gleaner* y, al menos en eso, aparte de los niños que lo vendían a gritos a los automovilistas apresurados, nadie le había hecho competencia. Como cada mañana, el viejo Chang abrió el periódico. NUEVO PRÉSTAMO DEL FMI. Negó con la cabeza y pasó rápidamente la página. Un país que vive de préstamos es como un comerciante que no sabe llevar sus cuentas. Abocado a la quiebra. VIOLENTOS DISTURBIOS RACIALES EN MIAMI. ¡Y aun así los negros siguen llegando en masa! ¡Pues que los

maten a todos! Volvió a pasar página. MERCADO PARALELO DEL DÓLAR: ¿CÓMO PONERLE FIN? Llegado a este punto, el viejo Chang se rio abiertamente. ¡A ver quién era el listo que lo conseguía! Página 4. La foto de un rostro conocido. Una leyenda: JOYCE CAMPBELL, GANADORA DEL PREMIO NORMAN MANLEY POR SU HISTORIA DE TACKY. Atónito, el viejo Chang se sacó la pipa de la boca. Se quedó en silencio unos minutos, luego recuperó el habla y llamó a su esposa:

—¡Shawn!

Shawn apareció con el último bebé de su hija en brazos. Los antepasados del viejo Chang, al igual que los de Shawn, habían sido expulsados de California por los disturbios antichinos y desde 1870 estaban asentados en Port Antonio. Nunca se habían casado con las personas negras y de color que los rodeaban, pero eso no había impedido que establecieran con ellas sólidas amistades. El viejo Chang había visto a George Jr. en pantalones cortos caqui en la tienda de su padre y, de vez en cuando, se tomaba una copa de ron Appleton con el padre y el hijo. Conmocionado, empezó a gritar:

—¡Acércate, acércate!

Shawn obedeció y se inclinó sobre la página del periódico que le tendía su marido. La desaparición de Joyce ya había causado revuelo. De la noche a la mañana, Lucy, su asistente, se había quedado sola en la biblioteca, incapaz de responder al aluvión de preguntas. Los más avisados asentían con la cabeza:

—Hay un hombre detrás de todo esto...

Empezó a hablarse de cierto hombre de Kingston que, al parecer, le había ofrecido un puesto. ¿Un puesto? ¿Cuál? ¿Por qué? ¿Y quién era ese hombre?

Y de repente todo se aclaró.

Porque en Port Antonio, la pasión de George Pereira Jr. por Tacky no era ningún secreto. Al igual que ciertos hechos históricos como la

emancipación de los esclavos, la revuelta de Morant Bay o la muerte de Bustamante, esta casi formaba parte del imaginario colectivo. Desde luego, nadie creía realmente en su investigación. Se sabía que le daba vueltas al asunto y con eso bastaba.

Shawn murmuró:

—¡Los hombres están locos! ¿Por qué le daría su trabajo?

Chang casi se atraganta.

—¡Su trabajo, su trabajo! ¡Él no se lo dio! Ella se lo robó y por eso huyó...

En poco tiempo, todo Port Antonio llegó a las mismas conclusiones que el viejo Chang. Gente que nunca compraba el *Daily Gleaner*, por considerarlo demasiado gubernamental e inepto, se abalanzó sobre él para leer con sus propios ojos la extraordinaria noticia: Joyce Campbell se había largado y había ganado el Premio Norman Manley con una historia robada a su antiguo amante. Las madres de familia afirmaron que siempre habían desconfiado de la susodicha, olvidando lo mucho que su piel dorada les había hecho desearla como nuera. Algunos, muy pocos, se compadecieron de George. En general, aquello se interpretó como el justo castigo a un hombre arrogante que había humillado demasiado a su mujer y se había divertido con una chica deseada por todos.

Grâce hizo entrar a la benjamina, Yvonne, que estaba jugando en el patio, y le dijo:

—Ven a comer, he hecho tortitas...

La niña, en un intento de afirmar su personalidad naciente, respondió:

—¡No quiero tortitas!

Grâce la abrazó y le suplicó:

—Dame un beso...

Sorprendida, ya que su madre no solía mostrar abiertamente su cariño, obedeció. Grâce sufría. George había cambiado tanto desde la marcha de Joyce que apenas lo reconocía. Había aprendido a vivir con su mutismo, sus rencores secretos y su desprecio. Pero ahora parecía poseído por una calma inmensa, indiferente a todo lo que no fuera él mismo. A la espera. Y Grâce habría querido sacudirlo por el hombro:

—Hazme el favor de despertar. Ella no va a volver nunca. Nunca. Dejó a Yvonne en el suelo y después la sentó a la mesa.

En ese momento, Sonia llamó a la puerta que daba al patio trasero y entró con las compras matinales. Grâce le quitó el *Daily Gleaner* de las manos y lo hojeó mecánicamente.

Joyce Campbell nació en Folkestone. Constituye un ejemplo de la vitalidad de la inmigración jamaicana, que previamente ya venía destacando en muchos otros ámbitos y, en particular, en el de la música. Llegó hace tres años a la provincia de Portland y se apasionó por la figura de uno de nuestros héroes y mártires, el esclavo rebelde Tacky...

Su primera reacción fue de incredulidad. ¿Por qué le habría dado George su manuscrito? Enseguida se dio cuenta de la verdad. ¡Por eso había huido! Se levantó, se acercó a la ventana y se quedó mirando sin ver los frutos alargados y el tronco agrietado de una yaca. Había llovido a cántaros toda la noche. El patio trasero olía a barro, vaho y hojas verdes recalentadas por el sol. ¿Debía ver en todo aquello la mano de su madre?

Al eliminar la causa del mal, Jane le devolvía un hombre que no podía sino odiarla aún más. Porque él necesitaría algo que alimentara el vacío de su vida, que curara su dolor y su humillación.

Doblemente traicionado. Doblemente abandonado. Sexo y mente. ¡Madre cruel que fingía compadecerse de su hija, cuando en realidad se burlaba de ella!

Grâce regresó al centro de la habitación. Sus manos realizaron una serie de acciones mecánicas y, para terminar, colocó el *Daily Gleaner* en la bandeja del desayuno de George y se la entregó a Sonia:

—Llévaselo al patrón...

¡Cuán rápido cae la noche en Port Antonio! ¡Cómo nos gustaría que se demorara un poco más sobre las bahías gemelas antes de posarse sobre las hojas dentadas de los frutipanes y las flores fúnebres de los frangipani! Esa noche volvería a llover. Las nubes se preparaban para descargarse sobre las montañas John Crow, cuyas cimas se sumían en la sombra. Port Antonio vivía su breve vida nocturna. Destellos de luz en las ventanas. Voces sofisticadas hablando de costas inalcanzables en la televisión. Llanto de niños. Neones de las tiendas. Grâce se resignó a empujar la puerta del dormitorio.

Durante todo el día, había interpuesto entre ella y ese gesto familiar una sucesión de distracciones. La última: leerle a Yvonne el cuento de *Winnie the Pooh*, que se sabía de memoria y del que recitaba frases enteras antes que su madre. Cuando se durmió, Grâce se retiró de puntillas.

George estaba sentado en la cama; a su lado, la bandeja intacta de la cena; frente a él, el *Daily Gleaner* abierto por la fatídica página. Durante tantos años de vida conjunta, Grâce nunca había visto a George bajar la guardia y mostrarse vulnerable. Cuando estaba enfermo de fiebres en la temporada de lluvias, George salía al jardín y recogía hojas de limonero, guanábana, menta silvestre y citronela,

las sazonaba con canela y un sinfín de plantas más, y se preparaba una infusión siguiendo las recetas de su abuelo. Después del amor, Grâce no se atrevía a rozar su espalda, de nuevo orgullosa y hostil. Ahora, por primera vez, lo veía sin coraza, desnudo, sangrando. Se sentó en la cama, le dio la mano y él no se movió. No la rechazó. Ella se atrevió entonces a esbozar otro gesto y él se derrumbó contra su pecho, entre sollozos e hipidos.

Grâce creía adivinar lo que sentía su esposo. Era como una mujer que, al término de una gestación interminable, da a luz a una criatura muerta. Tantas esperanzas, tantos proyectos que ya nunca se cumplirían. La comunicación rota sin remedio. Ya nunca podré mirar tus ojos. Nunca me sonreirás. ¡Dios mío, ten piedad!

George balbuceó:

—¿Por qué? ¿Por qué?

Ella le acarició el áspero cabello. La ternura y el amor que había reprimido durante tanto tiempo ascendieron desde su vientre hasta su corazón y luego a sus labios, inundándola por completo y sumiéndola primero en un gran silencio. Pasado un tiempo, logró susurrar:

—Es mejor así, George. Usabas esa *Historia de Tacky* para hacer daño. A mí. A los demás. Y, sobre todo, te hacías daño a ti mismo. Pero ahora... Ahora...

Publicado originalmente en *Pays
mêlé*, éditions Hatier (París)

TRES MUJERES EN MANHATTAN

Para Wanda

—¿Me has oído? ¿Me estás escuchando?

Claude levantó la cabeza. No, no estaba escuchando a Élinor porque no era necesario. Cada mañana, esta le repetía las mismas instrucciones mientras se enfundaba sus guantes de piel fina o se colocaba un gorro de colores vivos sobre el cabello rizado antes de desaparecer, dejando tras de sí un delicado rastro de perfume.

—Lava, friega, plancha y riega las plantas. Al salir, no te olvides del cerrojo. Es muy, pero que muy importante...

Como Élinor la miraba indecisa entre la ternura y la exasperación, Claude le dedicó una sonrisa de disculpa y entró en la cocina.

El apartamento al que Élinor se había mudado seis meses antes era elegante. Encajaba a la perfección con una joven escritora cuya primera novela, *The mouth that eats salt*,^[55] copaba las portadas de las revistas literarias. No de las revistas negras. Esas ya sabemos lo que valen. ¡Basta con que un negro o negra escriban un par de líneas para que los conviertan en genios! Élinor era objeto de artículos y ocupaba portadas de publicaciones blancas, serias y objetivas, que descifraban sus referencias al folklore del Viejo Sur y

al patrimonio colectivo negro al tiempo que destacaban su belleza, ardiente como una noche de agosto en Georgia. Le había regalado su novela a Claude, pero su conocimiento limitado del inglés no le había permitido leerla. Se limitó a abrirla y acariciar con la mirada aquel entramado entrelazado de signos sin sentido para ella antes de guardarla en la única estantería de su habitación, entre su álbum de fotos y un ejemplar de *Teach yourself English*.^[56] Desde la ventana de la cocina, Claude divisaba un auténtico paisaje de postal. Bajo un cielo azul intenso, los rascacielos relucientes enmarcaban las calles perpendiculares, rebosantes de taxis amarillos. ¡Qué sorprendente es Nueva York! Claude aún no se había acostumbrado a esa belleza desconcertante, como la de un rostro con el que nunca se ha soñado. A veces, al salir de su tugurio de la calle 144, donde negros y puertorriqueños, unidos en la misma miseria, se enfrentaban con el mismo odio, se preguntaba qué la había traído de su tranquila isla a esta ciudad donde todo hablaba de éxito y fortuna. A los diecinueve años, su pasado le parecía interminable, confuso, sembrado de dolorosos recuerdos y marcado por el fracaso. Nunca había conocido a su padre, oriundo de Marie-Galante, desaparecido tras su triste y fecunda unión con Alicia, su madre. Como esta no podía con más bocas que alimentar, la confió a su madrina, Madame Bertille Dupré, que pertenecía a una excelente familia de Pointe-à-Pitre y, a cambio de que la joven se encargara de las tareas domésticas, le proporcionó la mejor educación. De hecho, no se libraba de las tareas domésticas en ningún sitio. Parecía destinada a lavar, fregar, planchar y regar las plantas tanto a un lado de la mar como al otro.

Fijó la mirada en los platos sucios. La víspera, Élinor había celebrado una recepción. Ahora recibía muchas visitas. Era necesario para darse publicidad. Porque no basta con escribir un libro. Hay que

ser muy ingenuo para creerse que así es. También hay que promocionarlo. Y Élinor se dejaba la piel. Cuando Claude se presentó en su casa, la avasalló a preguntas en su francés vacilante y preciso a la vez. Al principio, pensó que sería haitiana y que habría brotado como una seta en el humus mestizo que fertiliza todas las grandes ciudades norteamericanas. Luego se sorprendió:

—¿Guadalupe? ¿Y eso dónde está? ¿Qué edad tienes? Siendo tan joven, ¿qué te ha traído tan lejos de casa?

Y Claude se oyó a sí misma balbucear una verdad que sonaba tan inverosímil como la más elaborada de las farsas. ¿Quién podía creerse que, al alcanzar la mayoría de edad, abandonó el Hôtel du Grand Large, donde la habían contratado tras obtener su título de turismo, sacó de la caja de ahorros el escaso dinero que su madrina Bertille tenía ahorrado para ella y se largó, así, sin más? ¿Y por qué a Nueva York? ¿Por qué no París, gracias a las ayudas del BUMIDOM, como hacían todos los demás? Resulta que París le horrorizaba. Varias veces al año, en la gran casa con patio y jardín de la Rue du Commandant-Morténol, los amigos de su madrina Bertille, de regreso de la metrópoli, desgranaban sus recuerdos con aire extasiado:

—Querida, subimos con los niños a lo más alto de la Torre Eiffel. ¡París entero a nuestros pies! ¡Qué espectáculo!

Y Claude, intentando no derramar las copas de sorbete de coco que se ofrecía a los invitados, sentía cómo se iba llenando de odio hacia esa ciudad, prostituta de inmerecida fama, y se juraba a sí misma marcharse hacia una América distinta.

Al final de la entrevista, Élinor declaró:

—De acuerdo. Vendrás tres horas cada mañana.

Desde entonces se había ido forjando entre ellas un curioso vínculo hecho de compasión, desprecio, resentimiento a veces y

también amor, pues compartían un secreto. Ambas sabían que Claude era una Élinor a quien el destino, ese hechicero distraído, se había olvidado de encumbrar tras arrancarla de la nada. Con el pretexto de perfeccionar su francés, Élinor le había contado a Claude su infancia en la casa victoriana heredada de la familia materna. Era la menor de siete hermanos. Y siempre había visto en ese número una señal de su destino. Cuando la novelista describía a su madre y a sus tías —sobre todo, a su tía Millicent—, Claude se las imaginaba sin esfuerzo. Eran su madrina Bertille, sus hermanas y sus amigas, solo que con un par de tirabuzones, unos toques de carmín y unas cuantas joyas extras, más austeras y más ricas al mismo tiempo. El padre, siempre tan ausente como presente y propenso a irritarse por algo tan nimio como un pliegue en la pechera de una camisa, era el equivalente de Marcel Dupré, jefe de servicio en el departamento de Contribuciones Directas e Indirectas. Todos los domingos la mayor de sus hijas le limaba las uñas. El universo de Élinor era el mismo que el de Claude, pero ampliado a la escala del continente. Eso era todo. Sin embargo, ahí terminaba el parecido entre ambas. Élinor había crecido bailoteando con sus zapatitos de charol, ofreciendo la mejilla a diestro y siniestro para que se la besuquearan sin cesar. Era la niña prodigio, la terrible séptima que sacaba de quicio a sus maestros y que, a la muerte de Martin Luther King, compuso una oda en su honor que se leyó en la iglesia para el recogimiento de todos los presentes. No era la ahijada humilde, acogida por caridad, criada sin amor y envilecida por la indiferencia. Claude salió de la cocina, cruzó el salón —sesenta metros cuadrados de moqueta blanca, cuadros de Romare Bearden y pintores naifs como Salnave, Wilson Bigaud o Wesner la Forest, y un sinfín de objetos insólitos y elegantes traídos de México que limpiaba temblando— y entró en el despacho. En aquella estancia tenía lugar una secreta y singular

alquimia. Sobre una larga mesa de dibujo situada junto a la ventana, reinaba la máquina de escribir. Élinor guardaba meticulosamente en carpetas de diferentes colores el manuscrito de su novela en ciernes, los relatos cortos y los artículos en los que estaba trabajando. Claude abrió una carpeta. ¡Pura magia! ¿Cómo podían aquellas series de arabescos traducir pensamientos y comunicar imaginarios más punzantes que la propia realidad? ¡Ah, escribir! Poner en movimiento riñones, sexo y corazón para parir el mundo, arrastrarlo hacia la luz. ¡Y pensar que en su día ella se había atrevido a intentarlo! En Pointe-à-Pitre, en el desván, cuando la casa entera dormía, solía llenar de garabatos una libreta tras otra. Sentía una fuerza incontrolable en su interior. ¿A quién mostrar el fruto de sus noches en vela?

Mademoiselle Angélique-Marie Lourdes era la profesora de Francés, una guapa *câpresse* con hoyuelos que aún vivía con sus padres. Todos los días, durante el recreo de las diez, la criada de su madre le llevaba una taza de leche caliente y un cruasán en una bandeja de plata, y ella se lo comía a pequeños bocados, como un pajarito. Era la única que le prestaba algo de atención a Claude, haciéndola recitar sus fábulas y animándola con una sonrisa. Pero de ahí a mostrarle sus torpes balbuceos había un trecho. Claude nunca se atrevió y, al marcharse de Guadalupe, quemó uno por uno todos sus cuadernos. Se sentó a la mesa de trabajo, colocando pesada y torpemente las manos sobre el teclado.

Cuando terminaba en casa de Élinor, Claude iba en autobús a casa de Véra, noventa calles más arriba, en pleno corazón de Harlem. Allí ya no había portero con uniforme de galones azul cielo, ni guardia de seguridad con uniforme azul oscuro y *walkie-talkie*; tampoco alfombras orientales, plantas verdes y un ascensor que la transportara a una en un periquete hasta la planta veinticinco. Sin

embargo, en otros tiempos, con sus pilares pesados de mármol falso, el edificio debió de poseer cierto encanto. Harlem, por desgracia, ya no era la capital de las artes y el placer, el templo donde Zora Neale Hurston bailaba charlestón enseñando los tobillos. Era un gueto sucio y desesperado donde la mayoría de las familias sobrevivían gracias a los cupones de alimentos. Quince años antes, cuando Véra se mudó, en algunos rellanos había médicos y empleados de Wall Street con trajes gris antracita de tres piezas. Pero toda esa gente había terminado huyendo a las afueras, donde no se degollaban niños, y Véra se había convertido en el último vestigio del pasado. Claude pulsó el timbre —con fuerza dos veces y una tercera más suave— y oyó el interminable traqueteo de cerrojos y pestillos. Se abrió la puerta. ¿Qué edad tendría Véra? ¿Sesenta, setenta, ochenta años...? Seguía siendo delgada, casi frágil. No había ni un solo cabello plateado en su melena, aunque sí empezaban a apreciarse claros, como en un bosque devastado por demasiados incendios. La arquitectura de su rostro era indestructible, pero su boca y sus ojos lucían maltrechos, derrotados, destruidos de tanto fingir esperanza y coraje. Le preguntó:

—¿Has comido?

Claude negó con la cabeza. Véra insistió:

—¿No te ha dado nada de comer?

El sujeto de esta frase, por supuesto, era Élinor. Claude era el vínculo entre estas dos mujeres que jamás se habían visto. Un día, no pudo resistir la vanidad de señalar con el dedo la portada de la revista literaria que Véra estaba leyendo y murmurar:

—¡También trabajo para ella!

Véra se quedó estupefacta y, desde entonces, Élinor se convirtió en uno de los temas centrales de sus conversaciones diarias. Véra

recortaba todos los artículos sobre su persona y los comentaba con rabia:

—¡Belleza ardiente como una noche de agosto en Georgia! Imágenes, metáforas y símbolos tomados del folklore del Viejo Sur; voz negra, ritmo negro... ¿Cómo puede tolerar semejante circo? ¿No tiene nada mejor que hacer? ¡Mucho ruido y pocas nueces!

El otro tema de sus conversaciones cotidianas era, por supuesto, Haití, siempre a punto de morir desangrado. La familia de Véra, emparentada por la rama materna con el expresidente Omar Tancredi y por la paterna con el expresidente Zamor Valcin, había sido conducida al matadero por orden del nuevo dictador. Sus tierras y bienes fueron confiscados, sus casas arrasadas. Véra escapó de la matanza porque se encontraba en Europa, comenzando una doble carrera como pianista de concierto y mujer de letras, y dejándose cortejar por un joven italiano. De la noche a la mañana, cerró su instrumento y puso su pluma al servicio de una gran causa. Desde entonces, escribía una columna de opinión en un periódico de la oposición que ya había desaparecido y reaparecido cientos de veces, como un fénix. Aunque no había visto Haití en veinte años, Véra sabía todo lo que pasaba en el país y analizaba todo lo que se decía. Llevaba la isla en su interior, como un *potomitan*^[57] que sustentaba su vida. Volaba de una manifestación, una marcha o una gala benéfica a otra, incansable, brindado consuelo a todos, pero luego regresaba a su gélido apartamento y todo se iba al traste, junto con sus esperanzas.

Cuando conoció a Claude, esta llevaba dos días sin comer y veía el mundo a través de una neblina lechosa que lo hacía más bello. El lugar tenía las puertas abiertas de par en par, algo raro en Nueva York, así que entró. Allí, ¡oh!, sorpresa, se hablaba francés. Niñas de mejillas color canela pasaban con grandes bandejas de naranjada y

pasteles. ¿Por fin Dios se dignaba a manifestarse? Cabe creerlo. Porque en ese preciso momento Claude se encontró con la mirada de Véra.

Véra no necesitaba una empleada doméstica, pero Claude tardó en darse cuenta. Durante los primeros meses, fregó, lustró y abrigó toda suerte de objetos desgastados y sin color, intentando desesperadamente devolverles el brillo. Poco a poco, fue descubriendo que la decadencia era el ambiente idóneo para Véra. Rodeada por aquel mobiliario desvencijado, no necesitaba fingir. Se reencontraba consigo misma, ya habitada por la muerte. Se ovillaba en un rincón del sofá y hojeaba sus álbumes.

—¡Mira mi madre, qué guapa era! He sacado su cutis. Esta es mi hermana Iris. ¡Este es papá! Todos muertos... Y yo nunca he visto sus tumbas...

Las lágrimas le corrían por las mejillas y Claude tomaba la vieja mano entre las suyas y la besaba con ternura. ¿Qué decir? Ella nunca había sabido hablar, pues nadie la había escuchado jamás. Véra continuaba:

—¡Este es Fabio! ¡Ah, los hombres! En cuanto se enteró de que ya no era una rica heredera, desapareció. Aprendí entonces a no confiar en nadie, en absolutamente nadie...

A continuación comenzaba la letanía de todos aquellos que la habían amado y a los que, según ella, había rechazado. En cajas de cartón guardaba un sinfín de cartas que a veces recitaba con una mezcla de burla y exaltación. ¿Qué habría sido de todos esos pretendientes? Casados, padres de familia, burgueses prósperos, artistas en la cumbre de sus carreras... O tal vez muertos, como los padres de Véra. Devueltos todos al vientre cálido de la tierra. Fuera como fuere, no quedaba de ellos nada más que un puñado de garabatos que habían expresado su pasión. Claude, fascinada,

devoraba las páginas tantas veces hojeadas. Sin embargo, el punto álgido llegaba cuando Véra abría el maletín que contenía los diversos manuscritos de sus novelas, todas inéditas, todas rechazadas por los editores de Francia, Bélgica, Suiza y Canadá. Los leía durante horas, mientras Claude, pendiente de sus labios, intentaba descubrir los defectos ocultos bajo todas aquellas palabras y frases. ¿Por qué estaban condenados a ese final sin gloria? ¿Quién define la belleza? ¿Quién decide el éxito? ¿Por qué Élinor caminaba bajo el sol y Véra se marchitaba en la noche? La escritura no es más que una trampa, la más cruel de todas; una farsa, una simulación.

Como cada tarde tras esas largas sesiones de lectura, en la única habitación que el radiador conseguía caldear, Véra se quedó dormida con la boca abierta, emitiendo un sonido a medio camino entre el ronquido y el jadeo. Claude le quitó los manuscritos de las manos: *La batalla de Vertières (novela histórica)*, *Un corazón haitiano*, *Angelita Reyes...* Y volvió a sumirse en sus cavilaciones. ¿Por qué esas dos mujeres, cada una a su manera, le habrían tomado cariño? ¿Por su juventud? ¿Por su ingenuidad? ¿Por su bondad? Se daba cuenta de que ella era su creación, algo así como el rollo de papiro donde las escritoras dibujaban libremente los signos con los que elegían representarse.

Pero, al mismo tiempo, ¿no estaban ambas en sus manos? Con una sola mueca de rechazo, podría hacer añicos el espejo donde Élinor se veía tan hermosa. Un solo gesto suyo de hastío bastaría para que a Véra le faltara el aliento y se tambaleara, exhausta, al borde del desmayo.

Hacia las tres, Véra seguía durmiendo. Claude se puso la chaqueta de piel de cabra que esta le había regalado y se marchó. Los niños que jugaban en la calle, bien abrigados, le sonrieron. Ahora sabían quién era. Empezaban a conocerla en el barrio. Era

una buena señal.

El City College no estaba lejos del apartamento de Véra. Se había matriculado siguiendo los consejos de esta última, que le repetía sin cesar que la educación era la clave para ascender socialmente.

—Éramos un pueblo de esclavos. Con paciencia, hemos ido subiendo todos los peldaños. Y míranos ahora...

Claude miraba y ¿qué veía? Hombres y mujeres hacinados en guetos, embrutecidos en cuerpo y alma. Hombres y mujeres sometidos a la dictadura, dispersos por los confines del mundo. Estaba África, de la que Véra le hablaba tan a menudo. ¡Pero quedaba tan lejos! A saber lo que ocurría de verdad en aquel continente. Las clases nocturnas del City College se impartían cerca y eran prácticamente gratuitas. Gracias a eso, estaba aprendiendo inglés. Poco a poco, el habla de Nueva York, que tanto la había asustado y ensordecido, iba volviéndose inteligible. Los acertijos de los carteles de neón y los anuncios iban dejándose descifrar.

En la esquina de la calle 140, un anciano acurrucado bajo un porche la miró con sus ojos azulados por la ceguera. Claude le tendió uno de sus últimos cuartos de dólar.

Después se detuvo en la entrada del apartamento, desconcertada.

Envuelta en su bata de color azufre, Élinor estaba encorvada, prácticamente postrada. Levantó hacia ella un rostro desfigurado, hinchado, medio oculto entre las algas tristes de su cabello, y gimió:

—¿Has visto lo que dicen?

Delante de ella, una pila de revistas: *Black Culture*, *Black Essence*, *Black World*... Pero Claude ni siquiera les prestó atención. No podía sobreponerse a la visión de aquel dolor. Era como si el sol, ignorando los corazones sangrantes de las víctimas y los cánticos de

los sacerdotes, se hubiera negado a salir y hubiera dejado al mundo sumido en la noche.

—¿Pero qué quieren? ¿Qué demonios quieren? —Giró sobre sí misma—. Quieren que hable una vez más de esclavitud, trata y racismo, que nos adorne con las virtudes de las víctimas, que infunda esperanza...

Sorbió por la nariz, se secó los ojos con los puños y Claude reconoció, en aquellos gestos infantiles, a la niña que había sido.

—A mi madre la admitieron por primera vez en un restaurante para blancos en Colony Square cuando tenía cuarenta años. Fue el gran acontecimiento de su vida. Escuchábamos la batallita cada mañana, después del elogio a los grandes hombres de nuestra raza que habían derramado su sangre por nosotras... No puedo más, ¿entiendes?

Claude no estaba segura de entenderlo. Sin embargo, la tranquilizó con una sonrisa. Élinor se levantó. Sus admiradores no habrían reconocido a su ídolo aquel día. Pero ya se encontraba mejor e iba recuperando su gracia y porte. Se la intuía avergonzada de su exabrupto y Claude comprendió que nada podría detener su marcha.

Una vez a solas, Claude hojeó las revistas, siguiendo con el dedo algunas líneas en busca de inscripciones familiares. ¿Por qué harán tanto daño las palabras? ¿Qué poder se esconde en su interior? ¿Cómo capturarlo y domesticarlo a su antojo? En cierto modo, ni Élinor ni Véra lo habían conseguido. Con un suspiro, Claude se dirigió hacia el fregadero abarrotado. Al cabo de un rato, Élinor se acercó a ella. Habría que ser un lince para descubrir las marcas de las lágrimas bajo el rubor de sus mejillas. Se sonrieron y Élinor repitió:

—Lava, friega, plancha y riega las plantas. Al salir, no te olvides

del cerrojo. Es muy, pero que muy importante...

Sin embargo, de pronto esas órdenes significaban algo muy distinto. Simbolizaban el vínculo que las unía, el secreto que compartían y el equilibrio reestablecido.

La plancha mordió el cuello de la blusa de tela blanca. Desde pequeña, a Claude le decían que tenía unas manos de oro. Era la única virtud que se le reconocía. Cuando terminaba de inspeccionar la pila de camisas aún tibias, Marcel Dupré esbozaba una sonrisa y se llevaba la mano al bolsillo. «Toma, cómprate una golosina...»

Los jueves por la tarde, cuando visitaba a su madre en el Canal, se la encontraba en la cocina, con el vientre perpetuamente distendido por el embarazo, atrapada entre la huerta y el mantel, y le quitaba de las manos los ardientes trapecios de hierro fundido. Aliviada, Alicia se sentaba con torpeza y daba comienzo un largo relato de enfermedades infantiles, disputas con las vecinas, golpes e insultos dispensados generosamente por su marido del momento, interrumpiéndose de vez en cuando para exclamar con fugaz ternura:

—¡Qué maña tienes!

¿Nunca serviría para nada más? Se miró las manos, pequeñas, algo cuadradas, aún moldeadas por la infancia. Desde su llegada a Nueva York, había estado demasiado ocupada sobreviviendo y no había comprado libretas. Sin embargo, sabía que su audacia volvería; que sus riñones, su sexo, su corazón y su cabeza se pondrían de nuevo en marcha para parir su mundo. Ya lo sentía moverse en su interior. ¿A quién mostrar el fruto de su parto? Esta vez no tenía dudas: a Véra, que tanto la había inspirado...

Véra se ajustaría las gafas de montura metálica que coronaban el conjunto a la vez patético y cómico de su rostro anciano, y asentiría: «¡Pues está bien! ¡Ah, está muy bien...!».

La plancha crepitó. La ensoñación se detuvo.

Hacia el mediodía bajó a la calle. En aquel barrio altivo, las miradas se fijaban en un punto en el espacio sin cruzarse jamás con otras miradas, sin rozar mejillas, labios o cabellos, y cada uno parecía perseguir su propio fantasma.

—¡Esta mañana la sorprendí llorando!

Véra saborearía esta noticia como un manjar exquisito y luego la bombardearía con preguntas que ella no sabría responder. Y era casi mejor, porque así la imaginación de Véra colmaría todas las lagunas y compondría una historia a su antojo. Obrando de este modo, Claude no tenía la impresión de traicionar un secreto que habría debido guardar. Al contrario, sentía que estaba contribuyendo a reparar un vínculo roto. En efecto, desde el momento en que el barco bendecido por Dios y el rey se alejara de la bahía para emprender la terrible travesía atlántica, todo había separado a aquellas dos mujeres. Se les habían asignado lugares distintos para residir. Lenguas diferentes para conminarlas al silencio. Aquello las acercaba de nuevo.

En la calle 140, el frío había expulsado al anciano de su portal. En los escaparates atestados de las tiendas puertorriqueñas, los mangos, aguacates y plátanos hablaban de un clima en el que la miseria, al menos, se maquillaba con las caricias del sol. Su visión solo despertaba en Claude un rencor visceral, rayano en la náusea. Aceleró el paso, pues el frío se volvía cada vez más intenso.

Al llegar a la esquina de la avenida de Ámsterdam, se le paró el corazón. Frente al edificio de Véra había una ambulancia. Era la materialización de una angustia que cargaba consigo desde siempre. Sabía que ese momento llegaría. Cuando Véra se quedaba dormida, Claude se inclinaba para escuchar su respiración. Todavía no. Todavía no. Porque, ya que no podía resucitar a todos sus

desaparecidos ni tampoco a Iris, su querida hermana, ya que no podía reconstruir la mansión de Bois Verna, altiva entre cactus solitarios, ni tampoco derrocar al sanguinario dictador y sus secuaces en la Croix des Bossales,^[58] al menos sí podía ofrecerle a su amiga un relato, una obra que la presentara no como era —una octogenaria con un lamentable turbante de lana que alzaba una vocecilla ridícula en medio del tumulto de las penurias—, sino como se soñaba a sí misma: Erzulie Dantor^[59] con una antorcha en la mano. Claude empezó a correr, pero unas raíces que sobresalían del pavimento la entorpecieron, la hicieron tropezar y le impidieron llegar a su destino antes de que la ambulancia arrancara y remontara la calle interminable y rectilínea, emitiendo su largo aullido de plañidera. Se había formado un corro de curiosos que poco a poco se fue disolviendo. La vecina puertorriqueña, la misma cuyas criaturas Claude había cuidado algunas veces mientras ella iba al supermercado a canjear sus cupones de alimentos, la miró con tristeza y murmuró:

—*Es la vieja mujer del quinto piso...*^[60]

Publicado originalmente en
Présence africaine (París)

MOUNT SHASTA (15 000 PIES DE ALTURA)

—¡Se parece al Fuji-Yama!

Jim miró a Cathy con exasperación, preguntándose por qué no podría cerrar el pico en lugar de pasarse el día hablando de todo, de nada, siempre demasiado alto, con ese acento que tantos años en Estados Unidos no habían logrado suavizar. Cerró de golpe la portezuela del viejo Dodge verde que dejaba bien claro al mundo el tipo de hombre que era y, al mismo tiempo, alzó la mirada hacia Ella.

Allí estaba.

Su cabeza coronada de blanco a la altura de las nubes. Imponente y tranquila. Como en los tiempos de su infancia, cuando emergía de sus pesadillas para atisbarla entre las cortinas, prueba de que había amanecido una vez más y daba comienzo un nuevo día con su sucesión de deberes, tan insoportables como tranquilizadores en su cotidianidad. Allí estaba. Sin acusar el menor cambio, cuando todo lo demás había cambiado por completo: su padre se había ido y él se disponía a cruzar como un extraño el umbral de la casa donde había crecido. Bajó la mirada hacia el aserradero, cuyo olor no había olvidado. Antes le parecía que ese olor se le quedaba impregnado incluso en sus trajes de domingo y que simbolizaba una

existencia que odiaba. Subió los tres peldaños del portal y, justo cuando estaba a punto de girar el pomo de la puerta de entrada, esta se abrió de par en par empujada por su hermana melliza, Jenny, a quien llevaba sin ver casi diez años. Se abrazaron. A sus espaldas, Cathy exclamó:

—¡Cuánto os parecéis!

La emoción se disipó. Jenny perdió la compostura ante la mirada de aquella desconocida, tan fuera de lugar en aquel portal por donde, hasta entonces, tan solo habían desfilado negros de pura cepa. Jim se apresuró a balbucear:

—Cathy, mi mujer. Es de Guadalupe.

Era su forma de decir que Cathy no era lo que parecía. Pero, para Jenny, esas palabras no explicaban nada, y se precipitó al interior para avisar a la familia.

Estaban todos dentro, con sus ropas de luto compradas a toda prisa y en rebajas, esforzándose por llorar como si el anciano que yacía al otro lado de la pared no hubiera sido un marido tiránico, un padre brutal, un pariente impasible, un alcohólico insoportable para todo el mundo. Miró la fila de rostros avergonzados, ya acusadores, y le dieron ganas de gritarles: «¡No es lo que parece!».

Por supuesto, flotaban en el aire más reproches. Red, su último hermano, el que se había hecho cargo del aserradero, había intentado hacerle entender que su padre estaba en las últimas y que era hora de hacer las paces, pero Jim se había negado a escucharlo. En Acción de Gracias, sintiendo que era la última que celebrarían juntos, todos sus hermanos y hermanas habían viajado a casa. Pero su silla permaneció vacía. Y secretamente, bajo el torrente de palabras inútiles y ruidosas que acompañan a las reuniones familiares, nadie pudo apartar la vista de aquel asiento desocupado ni dejar de preguntarse si de veras dejaría morir al padre sin acudir

a implorar su perdón. Igual que había dejado morir a la madre, Ora, dos años antes.

Cathy, por su parte, se había quedado paralizada ante el fuego que ardía en la chimenea, pues en ese mes de abril, aunque ya casi no nevaba más que en las alturas, aún hacía mucho frío, y exclamaba:

—¡Qué bonito!

Jim la llevó a la habitación contigua. Hugo Jackson yacía en un ataúd con tapa de cristal. La muerte confería a su rostro una dulzura que nunca había conocido en vida y que sobrecogió a Jim. Las fotografías de su boda con Ora y de sus cuatro hijos colgaban de las paredes de la habitación en la que el padre había dormido sus borracheras durante cuarenta años, desde que su amigo Horace lo convenciera de salir de Alabama en busca de una vida mejor. Había muchas fotografías de Jim. A través de ellas se podía reconstruir su ascenso. Adolescente, no muy guapo, en la ceremonia de graduación en el colegio de Mac Cloud. Joven, con gafas —más o menos igual de poco atractivo—, en la Universidad de California y, finalmente, profesor con toga en la Universidad de Leggon, en Ghana. Jim no pudo contener las náuseas y salió de allí sin murmurar ni siquiera una oración. Nanette, la esposa de Red, lo detuvo:

—¡Os hemos dejado la habitación grande!

Era el signo inequívoco de que lo consideraban un extranjero. La habitación grande o de invitados, como se empeñaban en llamarla aunque, en los diecinueve años que había pasado bajo el techo de sus padres, Jim nunca hubiera visto a nadie dormir allí —los Jackson eran demasiado pobres para tener amigos—, era la más meridional de las siete habitaciones que componían la casa que Hugo construyó con sus propias manos en 1935. Había viajado durante más de una

semana por carretera, apretujado en la parte trasera de un autobús, con su mujer embarazada y sus gemelos de un año. Una vez terminada la estructura, instaló el retrete, y Ora, que nunca había visto semejante maravilla con sus propios ojos, se pasaba horas tirando una y otra vez de la cadena para liberar el agua atrapada. En Alabama, habían vivido como animales al fondo de una cabaña y el terror a los blancos que circulaban a lo lejos en sus coches relucientes nunca llegó a abandonarlos del todo.

Jim se sentó en la cama y miró fijamente por la ventana. Había caído la noche. La luna se columpiaba en medio del cielo.

En cuanto a Ella, se preparaba para sumirse en un sueño poblado de ciervos y cóndores. ¿Qué pensaría de su regreso? ¿Recordaba las plegarias que, de niño, le dirigía noche tras noche, tiritando en su pijama demasiado fino?

—Sácame de aquí. Haz que todos mueran. ¡Tú puedes, si quieres!

En ese momento, Cathy, cuya presencia había olvidado por completo porque, por una vez, estaba callada y parecía pensativa, soltó:

—No debería haber venido. A tu familia no le gusto.

Ni siquiera se molestó en responderle y salió.

Red estaba fumando un cigarrillo bajo el porche. Se sentó a su lado y, anticipándose, le explicó:

—No es blanca. En su país hay muchas mujeres así.

Red dio una calada.

—¿Cuál es su país?

—Guadalupe.

Hubo un silencio. Jim añadió:

—Está cerca de Haití.

Nuevo silencio. Jim se sintió presa del desánimo. ¿Cómo explicarle Guadalupe y el resto del mundo a alguien nacido en Mac Cloud que tan solo había salido de allí para pasar los fines de semana en la lúgubre ciudad negra de Oakland?

Red preguntó:

—¿Cómo está Carol?

Carol Boyce era la primera mujer de Jim, una estadounidense del color adecuado. No tenían contacto desde que ella decidió dar clases en un instituto de California del Sur y vivir en Hesperia, una ciudad surgida entre los cactus del desierto. Sin embargo, recientemente había visto su foto en un periódico local, ilustrando un artículo en el que se criticaba la irresponsabilidad de los hombres negros.

Red comentó:

—Ella sí que te convenía. Estaba hecha para ti.

¿Por qué?, se preguntó Jim. ¿Porque era negra de pura cepa? Cleophas Boyce, su padre, se había marchado de Misisipi el mismo año que Hugo Jackson, con el mismo miedo y la misma esperanza en el estómago. Se había detenido unas millas más abajo, en Richmond, California, donde encontró trabajo en los astilleros, lo que le permitió criar bastante bien a sus dos hijos. Pero ahí terminaban todas las similitudes. Por lo demás, inada que ver con Hugo Jackson! Boyce era un trabajador nato y tenía la cabeza llena de sueños. ¡Sueños de África! Sueños de grandeza para el pueblo negro de América. Y había transmitido esos sueños a su hija. Fue Carol quien llevó a Jim a Ghana, esperando que así surgiera la chispa. Todo comenzó de maravilla. Por pura casualidad, embarcaron en el mismo avión que W. E. B. Du Bois. Paternal y benévolo, el gran hombre conversó largo y tendido con sus jóvenes compatriotas, petrificados de respeto ante él y su enorme barriga. Por desgracia, el resto de la estancia no estuvo a la altura y su matrimonio siguió el mismo

camino que la revolución ghanesa.[61]

Jim renunció a hacerle la pregunta a su hermano y se levantó.

—Me voy a dar una vuelta.

Se montó en el coche y rodeó el aserradero hasta la calle principal, donde aún brillaban las luces de la única tienda que había, situada junto a la gasolinera. Tenía ganas de beber y beber, para ahogar las imágenes que lo asaltaban. Desde que había vuelto a poner un pie en Mac Cloud, le ardían los ojos. No dejaba de ver a su padre borracho, golpeando salvajemente a su madre o a los niños que merodeaban por la cocina.

Al bajar del coche, se giró hacia Ella. Allí seguía. Pura. Adormilada y, sin embargo, alerta, con el ramaje negro de los abetos rasgando el velo dorado con el que la luna la envolvía.

¿Por qué habría querido castigarlo?

Durante más de veinte años, Jim había enseñado Historia en la primera escuela secundaria de Richmond, donde fue a parar al regresar de Ghana. Sus alumnos eran negros o chicanos que sabían de sobra que nunca vivirían el gran sueño que también se les había escapado a sus padres. Antes de dejarlos entrar en las aulas, había que vaciarles los bolsillos de navajas, arpones, flechas o revólveres cargados. Se mataban por unas zapatillas Nike de suela fluorescente. A veces, en plena clase, irrumpía la policía y se llevaba esposados a unos cuantos. Para recordarse a sí mismo que era un intelectual (¿acaso no tenía una licenciatura en Historia?), todos los sábados Jim se iba a Berkeley, al Pacific Film Archive, para asistir a espectáculos que le parecían surrealistas comparados con la vida que llevaba: *Dies Irae*, *Hiroshima*, *mon amour*, *Splendor in the Grass*... Y fue allí donde, una noche, se le acercó aquella chica. ¿Cómo no supo ver el peligro? ¿Por qué no salió corriendo cuando le pidió fuego en su inglés macarrónico? ¡Todo lo contrario! Se sintió

seducido por su extrema juventud y aquel rubio imposible, que se tornó más atractivo si cabe cuando le dijo: «¡Mi padre es casi tan negro como tú! Soy lo que en mi tierra se llama una *chabine* dorada».

No tardó en dejar el apartamento que compartía con otras dos chicas e instalarse en su casa con un mapa de Guadalupe, un puñado de novelas francesas y la colección completa de discos de *Kassav'*^[62] que escuchaba en cuanto tenía un rato libre. Jim recorría las calles de Richmond con el corazón desbocado, convertido en el macho negro que hace temblar de miedo a la América blanca. El *sex-symbol*. El violador. El asesino impenitente. Y todas las cabezas se inclinaban a su paso.

¿Cuándo se había marchitado toda esa alegría de vivir? De repente, Jim ya no podía soportar a Cathy. Tocarla. Respirar su olor. Escucharla alabar eternamente su isla. Criticar a América. ¡Ah, sobre todo eso! Criticar a América. Jim no sentía ningún cariño por su país, pero consideraba que, si América tuviera que comparecer ante un tribunal, por lo menos se merecía jueces de otra categoría.

Pidió un vodka y, como siempre, el vértigo del alcohol lo llevó de vuelta a Accra.

Había un magnolio en el jardín. Sus pétalos de color blanco cremoso lo perfumaban todo a su alrededor. En la escuela primaria cercana, ataviados con sus uniformes de color esperanza, los niños cantaban: *Osagyefo never dies*.

Había un magnolio en el jardín. Sus pétalos eran de un blanco cremoso. Lo perfumaban todo a su alrededor. Pero W. E. B. Du Bois había muerto y el Osagyefo^[63] se había ido.

Cuando salió de la tienda, se veía como si ya fuera de día. Arrancó el motor y condujo en línea recta. Pasado Mac Cloud, la carretera

ascendía por una serie de estribaciones vertiginosas hasta Shasta City. También allí las casas dormían profundamente, envueltas en silencio. Tan solo titilaban en la oscuridad los letreros sangrientos de los moteles. *Vacancy. No vacancy. Vacancy. No vacancy.*[\[64\]](#)

Jim continuó su ascenso.

Subió hasta donde la nieve de las últimas nevadas ya no se derretía, sino que se amontonaba a ambos lados de la carretera, formando acantilados de un gris oscuro con crestas irregulares y dentadas. El cielo se cernía sobre su cabeza, allá en lo alto, como un lienzo mágico salpicado de oro. Jim se detuvo en el gigantesco aparcamiento de la estación de esquí y caminó hasta el telesilla, inmóvil en el aire helado. Se estremeció. Su chaqueta era demasiado fina, al igual que sus zapatillas deportivas. Sentía el suelo helado bajo los pies. Estaba a punto de volverse por donde había venido cuando, a sus espaldas, oyó su voz. A lo largo de todos esos años que se había pasado rezándole, jamás la había oído. Sin embargo, la reconoció enseguida. Sorda. Entrecortada. Un poco como la de Ora, su madre.

—¿Quieres saber cuál es tu crimen?

Se dio la vuelta. Ella se descubrió sus hermosos pechos empolvados de escarcha. De ellos manaba un surco más oscuro, abarrotado de ramas y nidos de pájaros que desembocaba en el pantano de su pubis. Jim, que llevaba meses y meses sin tocar a Cathy, sintió el calor de la savia emerger desde su vientre y derramarse entre sus muslos. Ella continuó:

—No es haberlos despreciado y haber querido huir de ellos. No es haber golpeado a Hugo y dejado que Ora se muriera de pena por no saber nada de ti. Tampoco es haber torturado a Carol. Y a Cathy después. No. Tu crimen fue abandonarme. A mí. ¿Crees que concedo semejante libertad a alguno de mis súbditos?

El aire parecía arder a su alrededor. Jim se arrodilló y dijo humildemente:

—Perdóname.

Y las lágrimas, que ni siquiera habían brotado al enterarse de la muerte de sus padres, surcaron sus mejillas, goteando desde la barbilla hasta el corazón, que cada vez le latía con mayor fuerza. Jim repitió:

—Perdóname. Déjame ir contigo.

Ella dudó, como si estuviera sopesando el cielo y el infierno, y por fin dijo con suavidad:

—¡De acuerdo! ¡Ven!

Entonces Jim se arrancó la ropa —la camisa de poliéster, los vaqueros 501, los calzoncillos Life, las zapatillas Reebok— hasta quedarse temblando y desnudo. Desnudo como la noche en que salió del vientre de Ora, pero a punto de comenzar otra vida esta vez. Y, tan rápido como le permitían sus piernas, echó a correr hacia la cima de la montaña.

(Inédito)

WAYANG KULIT

Mi padre es el marionetista de Palacio.

Su padre lo fue antes que él. Y el padre de su padre. Y el padre de su abuelo. Y así desde el principio de los tiempos. Yo mismo estaba destinado a sucederle como marionetista, si el mundo no hubiera seguido el camino desviado que sigue ahora. Conozco el rostro de cada una de las marionetas: sus frentes abombadas, la forma puntiaguda de sus narices, el color vivo del maquillaje en torno a sus ojos y sus bocas. Conozco las fibras ásperas de sus cabellos, la seda suave de sus vestidos y sus movimientos espasmódicos frente a la tela transparente que sirve de fondo al teatro. Conozco el sonido agudo o grave de sus voces, los gritos que lanzan cuando están enfadadas o, por el contrario, muy alegres. Pero, sobre todo, conozco cada acorde de los timbales o los crótales que acompañan sus acciones. Y es que mi madre también forma parte de la orquesta. Mi madre canta. Como su madre antes que ella y la madre de su madre y la madre de su abuela. Y así desde el principio de los tiempos. Cuando yo era un bebé de teta recién salido del calor de su vientre, me llevaba en brazos y me acostaba en el suelo, entre los instrumentos brillantes como lingotes de oro. Cuando la música se detenía, me daba a beber la dulce leche de sus

pechos. Una vez saciado, me quedaba profundamente dormido, con los puños cerrados. Ni el estruendo del metal ni los rugidos de mi padre —que, según los momentos, era hombre, bestia salvaje en la jungla o genio sobrenatural— ni las carcajadas del público me molestaban. Al contrario. Todo se mezclaba en mis sueños y, de alguna manera, los moldeaba, se traducían en coloridas imágenes a la vez terribles y armoniosas. Cuando me atreví a ensayar mis primeros pasos, lo hice pegado a ciertos instrumentos, con los que me golpeé o a los que me agarré para no caerme. Más tarde les otorgué un nombre a cada uno de ellos, en función de su forma y timbre. Puedo decir que los límites del universo de mi primera infancia coincidían con los del foso donde mi padre se sentaba con los demás artistas.

Toda la existencia de mis padres se concentraba entre los muros del Palacio. Un palacio en el que uno podía perderse, casi tan grande como una ciudad, con un sinfín de patios interiores, estanques cubiertos de algas verdosas, árboles centenarios, estatuas amenazantes o benévolas e hileras de pabellones destartados bajo sus cubiertas de tejas. Allí habían nacido y allí morirían. Nunca habían viajado y ni siquiera habían visitado la capital. Nunca habían visto con sus propios ojos el verde de la mar ni el de los arrozales. Solo sabían de ellos por las palabras poéticas de nuestros rapsodas.

Mi padre salía en contadas ocasiones, para participar en algunas ceremonias en la mezquita del centro o para presentarle sus respetos a algún amigo trasladado de urgencia al hospital y a punto de emprender el viaje sin retorno. Mi madre, por su parte, jamás pasaba del segundo patio. Había llegado a este mundo, había crecido, se había convertido en mujer y se había casado con mi padre sin salir de aquel espacio reducido.

Desde hacía poco, mi padre había empezado a ausentarse cada vez más a menudo para reunirse con la gente de su gremio. Y es

que, de norte a sur y de este a oeste del país, los titiriteros estaban preocupados: su arte estaba agonizando. El cine, la televisión, el vídeo y todas esas cosas llegadas del otro lado del mundo cambian el corazón de las personas. Hacen que, de día, empiecen a albergar otros deseos y, por la noche, sueñen otros sueños. Todo lo que antaño distraía a sus mayores hoy les aburre. Cuando yo tenía dos o tres años, cada tarde asistía a los espectáculos de marionetas en medio de la multitud. La sala estaba abarrotada. Los asistentes aplaudían, silbaban, armaban jaleo. A veces, los adultos, aún más entusiastas que los niños, se reían tanto que mi padre tenía que levantar la voz más que un trueno para hacerse oír. Ahora la sala de espectáculos está desierta, salvo por una decena de fieles. A nuestro alrededor solo hay turistas traídos por las agencias de viajes. Los hay rubios y morenos, pero la mayoría tiene el pelo gris o completamente blanco, y es como si para ellos la vida continuara, mientras que la nuestra hace ya mucho tiempo que terminó. Los hay sucios y desaliñados, y los hay vestidos de blanco e impecables, pero todos comparten la misma actitud de recogimiento, como si asistieran a un servicio religioso.

Cada vez que mi padre regresaba de esas reuniones, parecía haber envejecido varios años. Se podría decir incluso que su rostro era la viva imagen de la devastación. Me sentaba en su regazo y yo creía que iba a echarse a llorar mientras me acariciaba y decía:

—Mi niño, mi único niño, la luz de mis ojos, ¿qué va a ser de ti? ¿Qué mundo te estoy dejando, dime? Un mundo en el que no habrá lugar para tu arte y no podrás ganarte la vida.

Mi madre lo reprendía con dulzura mientras le servía el té fuerte y azucarado que tanto le gustaba:

—¿Por qué te preocupas tanto? Le va bien en la escuela. Seguro que podrá dedicarse a otra cosa cuando sea mayor.

Sin embargo, me daba la sensación de que pronunciaba esas palabras de consuelo por obligación, como corresponde a una buena esposa, y de que no se creía nada de lo que decía. También ella estaba angustiada. Mi padre y mi madre nunca habían pisado una escuela y no sabían lo que era un libro o un periódico. Pero con la Revolución la educación se había declarado obligatoria para todos. De ahí que el sultán hubiera ordenado construir una escuela bajo las higueras del cuarto patio, junto a los antiguos depósitos de agua. Evidentemente, el sultán no enviaba allí a sus propios hijos, los de sus esposas y concubinas. Estos estudiaban en la tranquilidad del palacio con tutores privados. La escuela del cuarto patio se había construido para nosotros, los hijos de los sirvientes, los hijos de los jardineros, los carniceros, los cocineros, los artistas que pintaban *batik*^[65] e incluso los cuidadores de los caballos. Por desgracia, con el paso de los años, se había vuelto cada vez más difícil encontrar maestros que hicieran algo más que holgazanear e intentar cortejar a las numerosas sirvientas del palacio. Entonces el sultán cerró la escuela y los niños empezaron a ir a clase en la ciudad. Los suyos se marcharon a los Estados Unidos de América.

Me encanta la escuela.

Casi tanto como las marionetas.

Las lecturas me hacen soñar, al igual que los nombres de todos esos países que se dibujan en marrón, verde o amarillo sobre el azul de mares y océanos en los mapas de geografía. Canadá. Chile. Rusia. Etiopía. Benín.

Sin embargo, mis compañeros de clase no me soportan. En primer lugar, porque vengo de Palacio. Dicen que me creo superior a ellos, cuando en realidad no soy más que un esclavo, hijo de esclavos. En segundo lugar, porque soy delgado y no sé propinar ni recibir golpes. Por último, porque no llevo vaqueros ni zapatillas Nike

y tampoco sé quién es Batman. Las maestras, en cambio, me aprecian mucho y siempre me ponen como ejemplo, alabando mi educación y obediencia. Por eso los demás alumnos se burlan aún más de mí.

En septiembre, poco después del comienzo del curso, enfermé de bronquitis. Por mucho que mi madre me diera tés calientes de hongos y me cubriera el pecho con gruesas cataplasmas de hinojo, iba de mal en peor. Tosía y tenía fiebre. Falté a clase dos largas semanas. El día que volví, aún muy débil, la maestra se abalanzó sobre mí como un ciclón en cuanto puse un pie en el patio:

—¡Por fin! ¡Alá es grande! ¡Por fin estás curado! Ven, quiero que conozcas a alguien.

Rápidamente, me tomó de la mano y me llevó a la secretaría. En el despacho con aire acondicionado, donde tenemos prohibido entrar, esperaba sentada una niña pequeña. Nunca había visto a una niñita así. Tenía la piel negra. No morena como la nuestra. Ni siquiera muy oscura como la de ese músico del que se burlan todos los demás. Era negra de verdad. Como el agua de un estanque cuyo fondo nunca se ha limpiado. Su cabello también era algo insólito. Negro como su piel y cortado al ras de la cabeza, como un gorro de lana cardada. En medio de toda esa oscuridad, destacaba su boca carnosa y rosada como un lichi. Y, sin embargo, a pesar de su extrañeza, me pareció la criatura más hermosa que jamás había tenido la oportunidad de contemplar. Me miraba con aire asustado y desafiante, como si se preparara para defenderse de mí, pero sabiendo de antemano que tenía la batalla perdida. La maestra unió nuestras dos manos como suele hacerse en las bodas y dijo:

—Te confío a Oumou. Viene de Nigeria.

¿Nigeria? Había visto ese nombre en mi libro de Geografía. Una gran extensión verde de bosques atravesada por el curso sinuoso de

un río que terminaba en un delta.

Oumou era hija de un ingeniero agrónomo que había venido a aumentar el rendimiento de los arrozales de nuestro país. Trabajaba para una organización internacional. Su madre era afroamericana y conducía un coche con el que la llevaba al colegio por las mañanas. Tenía un hermano pequeño de unos meses. Desde su llegada, dos semanas antes, los niños se mostraban terriblemente maliciosos y crueles con ella. Durante las clases se veían obligados a comportarse, por miedo a los castigos. Pero, en cuanto sonaba el timbre del recreo, se desataban. Los chicos, algunos ya altos y fornidos como adultos, se escondían detrás de mangos del patio y se abalanzaban en manada sobre ella. La hacían rodar por el polvo y la golpeaban con sus reglas de hierro, mientras las niñas aplaudían y, girando en un corro furioso, chillaban la canción que habían compuesto expresamente para Oumou:

*Eres negra como
el culo de una caldera.*

*Eres fea como
la baba de un sapo.*

Eres negra, eres fea.

¡Ah, sí, desaparece de la tierra!

¡Ah, no, no eres un ser humano!

Una vez, una de ellas le lanzó una piedra en plena frente. Le quedó la marca, una roseta de odio incrustada en su piel de ébano. No es que yo estuviera muy cualificado para desempeñar el papel de defensor: prácticamente a diario, regresaba a Palacio en un estado que hacía llorar a mi madre, con la cara ensangrentada y la ropa hecha jirones. Sin embargo, a las maestras les parecí el único niño capaz de aceptar las diferencias. Aquello era un gran cumplido. Por

desgracia, yo no estaba en condiciones de entenderlo y mucho menos de sentirme orgulloso. Me aterrorizaba una responsabilidad que, al mismo tiempo, no podía rechazar.

Cada mañana esperaba a Oumou frente a la verja. En cuanto bajaba del coche, tras dar un último beso a su madre, me tomaba de la mano y entrábamos juntos en el infierno. Sin embargo, cuando mi memoria vuelve a aquel tiempo, olvido los sufrimientos y los golpes y lo revivo como un momento de felicidad. Al salir del colegio a las cuatro, Oumou y yo huíamos de nuestros agresores. Corríamos tan rápido como nos lo permitían nuestras piernas y nos refugiábamos en el recinto del Palacio. Los primeros días, todo el mundo, incluidos mis padres, recibieron a Oumou con sorpresa e incluso con cierto temor. Los bebés en brazos lloraban y gritaban al verla. Luego nos acostumbramos a su color. Comprendimos que era dulce y tímida. En el Palacio, los árboles centenarios nos rodeaban con sus largos brazos. Las estatuas nos contaban su historia. Nos quitábamos la ropa para bañarnos en los estanques de las fuentes. Entrábamos en la sala de teatro y, entre extranjeros —holandeses, ingleses y estadounidenses que, tras golpearla hasta la muerte, se habían convertido en los amantes más fervientes de nuestra cultura—, asistíamos a los espectáculos de marionetas. Los músicos tomaban asiento. Luego, las cantantes alzaban la voz. Finalmente, mi padre se sentaba en la parte delantera. Y entonces daba comienzo el encanto. La reina Kausalya, con el cabello suelto y enmarañado, ataviada como una ermitaña, se encontraba con Sita en el bosque de Chitra-kuta y se lamentaba a sus pies. Ravan, el cruel rey de Ceilán, convertía a Marisha en ciervo, con la esperanza de tentar a Rama. Las historias se sucedían y nos transportaban. Después del espectáculo, volvíamos a casa, donde mi madre nos servía té y galletas de jengibre. Poco antes del anochecer,

acompañaba a Oumou hasta la puerta de su casa. Vivía en ese barrio residencial exclusivo para extranjeros. Nunca me invitaba a entrar y, por lo general, nos despedíamos frente a las buganvillas de la verja. Una noche, para mi gran sorpresa, hizo una excepción. Era la víspera de las vacaciones de fin de curso y no volveríamos a vernos hasta pasadas varias semanas. Murmuró:

—¿Vienes conmigo?

No hice caso a mi intuición, que me sugería rechazar la invitación. La tentación era demasiado grande. Nunca había visto más interiores que las modestas moradas de los sirvientes del Palacio. Una vez al año, en Tabaski, estrenaba ropa e iba con mis padres a presentar nuestros respetos al sultán. Pero este nos recibía en un salón reservado para tal ocasión, ajeno al esplendor de su residencia. Conteniendo la respiración, de puntillas, con mis sandalias polvorientas y raídas, recuerdo haber atravesado una serie de habitaciones que me parecieron a cuál más suntuosamente amueblada que la anterior. Los suelos estaban recubiertos de alfombras. Del techo colgaban lámparas de araña. Entramos en la cocina. Abrió un enorme armario blanco, que supuse que era la nevera.

—¿Quieres Coca-Cola?

¡Pues claro que quería! Puso unos cubitos transparentes como el cristal en un recipiente pequeño y luego llenó dos vasos azules con largas patas. Se me hizo un nudo en la garganta ante tanta belleza. Me sirvió patatas fritas y cacahuètes. Estaba en el séptimo cielo. Luego me preguntó:

—¿Te apetece ver la tele?

¡Por supuesto! Volvimos al salón. Me senté en un sillón. Dejé con sumo cuidado mi vaso y mis patatas fritas en una mesita, y el ojo mágico comenzó a deleitarnos con sus hechizos de colores. Era una

película de Walt Disney: *El rey león*. Tenía los ojos llenos de lágrimas cuando, de repente, retumbó una voz a nuestras espaldas:

—¡Oumou!

Sorprendidos, nos dimos la vuelta. Eran sus padres, que habían llegado antes de lo previsto. El padre era barbudo, con bigote, con la piel aún más negra que la de Oumou y un rostro terrible. La madre era más clara, maquillada como las marionetas de mi padre, pero menos vestida que estas, pues lucía las piernas y los brazos desnudos. Sus ojos expresaban miedo, como si el niño de diez años que yo era pudiera hierla. En los del padre, sin embargo, leí un profundo desprecio y me vi a mí mismo enclenque, pobre, ridículamente vestido y con los pies polvorientos. El hombre preguntó con tono hostil:

—¿Quién es este gamberro?

Esperaba una protesta. Pero, paralizada en el sitio, Oumou no pronunció ni una sola palabra. No intentó explicar que yo era su amigo y fiel defensor desde hacía semanas. Dio incluso un paso hacia su madre, como para ponerse a cubierto y desvincularse de mí. Su padre hizo entonces un gesto amenazador en mi dirección.

—¡Largo de aquí! ¡Ahora mismo!

Inmediatamente, salí al jardín y corrí como un loco hasta el Palacio. Todo daba vueltas a mi alrededor. Me dejé caer sobre la cama.

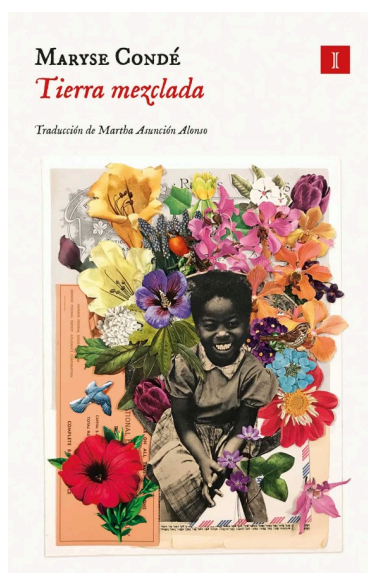
Después de las vacaciones, Oumou no volvió a aparecer por la escuela. ¿Qué habría pasado? ¿Habría acabado por revelarles a sus padres los malos tratos que soportaba cada día?

¿Habrían decidido, presas del pánico, enviarla de vuelta a Nigeria o América? ¿O se trataría de algo completamente diferente?

Nunca me escribió. No sé qué ha sido de ella. Lo que sí sé es que una sola vida no me bastará para buscarla. Y encontrarla.

(Festival del cuento de Saint-
Quentin)

Un mosaico de destinos atravesados por el desarraigo, el mestizaje y la necesidad de hallar un lugar propio, narrado con lucidez y ternura.



En *Tierra mezclada*, Maryse Condé vuelve a demostrar por qué es una de las narradoras más prodigiosas de nuestro tiempo. En estos relatos —sensuales, feroces, profundamente humanos— seguimos a mujeres y hombres arrojados a los márgenes, errantes entre islas, continentes y recuerdos, intentando comprender quiénes son y de dónde vienen. Una maestra encuentra una felicidad efímera al acoger y curar a Solo, un joven proscrito considerado maldito en el pueblo; un ingeniero atrapado entre la pasión y la justicia arriesga su porvenir por proteger a Ayissé; una niña descubre el verdadero rostro de su padre, seductor y frágil; Létitia, devoradora de vida, aprende a elegir entre la pasión fugaz y la mano que la sostiene; un

médico recompone la historia de un hijo muerto y de una estirpe marcada por la locura y la marginación; un viajero recoge a un espectro que huele a tierra podrida; tres mujeres en Manhattan tratan de sobrevivir a la soledad y al deseo de dejar huella; un hombre asciende el monte Shasta para enfrentarse a la voz que lo reclama.

ECOS FAMILIARES, HERIDAS NUNCA DEL TODO CERRADAS Y EL CORAZÓN CAMBIANTE DE UN ARCHIPIÉLAGO DE VOCES QUE RECLAMAN SU ESPACIO EN LA HISTORIA: CON UNA MIRADA LÚCIDA Y COMPASIVA, CONDÉ CONVIERTE SU GENEALOGÍA PERSONAL EN UN ESPEJO EN EL QUE SE REFLEJAN VIDAS ATRAVESADAS POR EL MESTIZAJE Y EL DESARRAIGO. UN LIBRO QUE LATE CON LA FUERZA DE AQUELLO QUE HA SIDO CALLADO DEMASIADO TIEMPO.

CITAS

«Condé deja atrás una obra absolutamente magistral.» - MARC BASSETS, *EL PAÍS*

«La riqueza narrativa de Condé brilla en todo momento.» - *NEW YORK TIMES BOOK REVIEW*

«Un monstruo sagrado de las letras francesas.» - LOURDES VENTURA, *EL CULTURAL*

Maryse Condé nació en Pointe-à-Pitre, comuna francesa del archipiélago antillano de Guadalupe, en 1937. Fue la menor de una familia de ocho hermanos. Cuando tenía dieciséis años, se marchó a París para estudiar en el liceo Fénelon, y después en la Sorbona. Allí conocería a Mamadou Condé, un actor guineano con el que contrajo matrimonio en 1959 y del que se divorciaría veintidós años después para casarse con Richard Philcox, el traductor al inglés de la mayor parte de su obra. Tras terminar sus estudios, trabajó como profesora de Francés en Guinea, Ghana y Senegal, hasta que en 1970 volvió a Francia. Cinco años después se doctoró en Literatura Comparada; su tesis versaba sobre los estereotipos negativos de la población negra que aparecían en la literatura caribeña. En 1976 publicó su primera novela, *Hérémakhonon*, que marcaría el inicio de una prolífica carrera literaria centrada en los temas de la cultura, la raza y el género, así como en la búsqueda de la identidad. En 1987 recibió su primer galardón literario, el Grand Prix Littéraire de la Femme, por su segunda novela: ***Yo, Tituba, la bruja negra de Salem*** (1986; Impedimenta, 2022). Entre sus obras también destacan la serie Segu (1985), ***La Deseada*** (1997; Impedimenta, 2021), ***Corazón que ríe, corazón que llora*** (1999; Impedimenta, 2019), ***Historia de la mujer caníbal*** (2003; Impedimenta, 2024), ***Victoire: la madre de mi madre*** (2008; Impedimenta, 2025), ***La vida sin maquillaje*** (2012; Impedimenta, 2020) y ***El evangelio del Nuevo Mundo*** (2022; Impedimenta, 2023), su última novela publicada en francés. En 1985 Condé recibió una beca Fulbright para dar clase en Estados Unidos, y trabajó en universidades de la talla de Berkeley, Harvard y, más prolongadamente, Columbia, donde presidió el Centro de Estudios Franceses y Francófonos, hasta que en 2004 se retiró como profesora emérita de Francés. También fue la primera

presidenta del Comité para la Memoria de la Esclavitud en Francia. Ante la anulación del Premio Nobel de 2018, la Nueva Academia le otorgó a Maryse Condé el Premio Nobel Alternativo de Literatura por retratar en su obra «los estragos del colonialismo y el caos poscolonial con un lenguaje preciso y, al mismo tiempo, devastador». En 2021, recibió el Prix Mondial Cino del Duca por su labor humanista en la cultura. Falleció en abril de 2024 en la pequeña ciudad de Gordes, al sur de Francia.

Título original: *Pays mêlé*

Edición en ebook: enero de 2026

Copyright © Éditions Robert Laffont, Paris, 1997

Copyright de la traducción © Martha Asunción Alonso, 2026

Imagen de cubierta: *I Have A Dream*, © Teresa Ettel

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2026

Juan Álvarez Mendizábal, 27. 28008 Madrid

IMPEDIMENTA

Premio TodosTusLibros al Mejor Proyecto Editorial, 2024,
otorgado por CEGAL (Confederación Española de Gremios
y Asociaciones de Libreros)

www.impedimenta.es

ISBN: 979-13-87641-44-3

Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

- [1] Variedad de palmera de hasta treinta metros. (*Todas las notas son de la traductora.*)
- [2] En español en el original.
- [3] «Soledad» en francés. El nombre evoca en las Antillas francófonas la mítica figura de la mulata cimarrona Solitude, símbolo del abolicionismo y la resistencia al poder metropolitano.
- [4] Magos o adivinos.
- [5] Este árbol amazónico se cuenta entre los más grandes del planeta y puede alcanzar los 25 metros. Tiene una importante simbología espiritual en el espacio caribeño, al igual que el ritual —de raigambre africana— de enterrar la placenta de las criaturas recién nacidas bajo un árbol para marcar su pertenencia a determinada tierra.
- [6] Especialmente en contextos de desarrollo, se trata de figuras impulsadas por gobiernos u ONG. Son claves en programas de desarrollo comunitario.
- [7] Sobrenombre utilizado para designar a los violentos milicianos del dictador haitiano François Duvalier, popularmente apodado «Papa Doc», cuyo brutal régimen se extendió desde 1957 hasta su muerte en 1971.
- [8] En **francés de África occidental**, este término designa el mal de amores o desamor.
- [9] Apelativo cariñoso para mujeres y niñas: «muñequita».
- [10] Tambor pequeño y tambor grande, respectivamente.
- [11] Mujer negra de piel clara, pero nacida de padres oscuros. El término se emplea para diferenciarse de la población mestiza.
- [12] Mujer de piel negra con tono aceitunado, similar al de las alcaparras (*câpres*, en francés).

- [13] Travieso, trasto, diablillo.
- [14] Terrateniente blanco.
- [15] Expresión despectiva que designa a las personas de origen indio.
- [16] Chamán, brujo, curandero.
- [17] Criaturas errantes de la noche.
- [18] Variedad autóctona de banano enano.
- [19] «¿Dónde están los que vivían aquí? ¿Dominic?»
- [20] Volcanes activos situados en Martinica, Guadalupe y Filipinas, respectivamente. Nótese que los dos volcanes antillanos se feminizan en criollo.
- [21] Súcubo alado del folklore antillano.
- [22] Sombrero campesino de paja.
- [23] El mariscal Patrice de Mac-Mahon presidió la República de 1873 a 1879. En el imaginario antillano, se asocia al poder colonial y, por ende, al mal.
- [24] Collares de oro macizo con gruesas cuentas redondeadas.
- [25] Cuenco hecho con una calabaza vaciada.
- [26] Caldo espeso, típico de los velorios.
- [27] Refresco antillano y bebida de cacao, respectivamente.
- [28] «No le hables.»
- [29] Alusión al sitio arqueológico de Les Roches Gravées, situado en la localidad costera de Trois-Rivières. Entre los grabados arawak más famosos, se encuentran los que muestran a mujeres dando a luz en cuclillas en el agua.
- [30] Bar-tienda muy común en estas latitudes.
- [31] Conserva de carne de ternera en salmuera (en inglés en el original).
- [32] Los *tourments d'amour* son pastelillos que suelen venderse en la playa, rellenos de confitura de guayaba. En cuanto a los *douslets* y los *sukàkoko*, se trata de golosinas blandas hechas

con frutas confitadas (como su nombre indica, las segundas son de coco).

- [33] Al igual que en las culturas africanas originales, en las Antillas resulta de gran importancia la figura del cuentacuentos o narrador oral. Se trata de una suerte de vate o bardo, depositario de un hondo saber e imaginario popular que comparte en veladas nocturnas, acompañando a menudo sus relatos con elementos musicales. Dada la naturaleza matrifocal de estas sociedades, existen asimismo mujeres *tireuses de contes*.
- [34] «Mi amor se va como el buen sirope / ¿Y con qué voy a endulzar mi café? / ¡Ay, papá!»
- [35] Oficina para la Migración de los Departamentos de Ultramar (Bureau pour la Migration des Départements d’Outre-Mer).
- [36] «Tierra de nadie» (en inglés en el original).
- [37] «Dicen que en el ejército / las chicas son muy guapas» (en inglés en el original).
- [38] «Dios mío.»
- [39] Buñuelos salados o empanadillas rellenas, normalmente, de pescado.
- [40] Poeta medieval alemán (siglo XIII), autor de una de las versiones más apreciadas del mito de Tristán e Isolda.
- [41] Árboles.
- [42] Abuelita.
- [43] En el imaginario guadalupeño y martiniqués, fantasma de mujer despechada (a veces, mitad mujer y mitad caballo de tres patas) que acecha a las familias felices.
- [44] Duende juguetón con apariencia de niño desvalido, que se aparece en la noche y pone a prueba la hospitalidad humana gastando bromas pesadas o provocando desórdenes nocturnos.

Su nombre evoca el árbol del sapotillero o chicozapote, cuyos dulces frutos son marrones por fuera y anaranjados por dentro.

[45] Personas embrujadas que se desprenden de sus pieles en la noche para adquirir la apariencia de perros errantes o aves nocturnas.

[46] Onomatopeya criolla para evocar el tintineo o titilar de las estrellas.

[47] La expresión original coquetea con la ambigüedad y sugiere un humorístico matiz sexual: se lee la palabra *gaule*, que puede referirse tanto a una pértiga o vara como a una erección en el habla popular.

[48] Según el vudú, si un zombi come sal recupera su voluntad y recuerda que está muerto. Así es capaz de escapar al control del hechicero que lo ha despertado y de regresar a su tumba para descansar.

[49] «¡La mar! ¡La mar!»

[50] Del francés, *bain* («baño») y *démarrer* («arrancar o comenzar»). Se trata de un ritual vudú para liberar espiritualmente, limpiar o purificar tanto el cuerpo como la mente de una persona con mal de ojo y malas energías. Incluye elementos líquidos y sacrificios, además de plegarias a los *loa* (divinidades del panteón vudú).

[51] «¡Hemos llegado!»

[52] Guiso típico de caldo especiado, normalmente con verduras y pescado.

[53] Sacerdotisa o hechicera en la tradición afrocaribeña. Más que con el vudú, las *obeah* se relacionan en la etnia *akan* con prácticas espirituales y de curación con raíces (presente sobre todo en Ghana, Costa de Marfil, Togo y Burkina Faso).

[54] «Nanna-ya, Nanna-ya / hija del espíritu de la montaña / Nanna-ya, Nanna-ya...»

- [55] «La boca que come sal.»
- [56] «Aprende inglés por tu cuenta.»
- [57] Pilar central de los templos vudúes. El término se emplea también para denominar a las matriarcas.
- [58] Inicialmente, este monumento de Puerto Príncipe simbolizaba la opresión y explotación de los esclavos, pues junto a él desembarcaban los barcos negreros. Sin embargo, con el paso del tiempo se ha convertido en un símbolo de la lucha por la libertad y la resistencia cimarronas. La Croix des Bossales (Cruz de los Bosales) se asocia con los primeros levantamientos de los esclavos, que llevaron a la caída del dominio francés y a la independencia de Haití tras la Revolución Haitiana (1791-1804).
- [59] En el panteón vudú, Erzulie Dantor (también llamada Erzulie Freda) está vinculada con la maternidad, el amor y la venganza. Está especialmente relacionada con las luchas contra la opresión y con la resistencia de los esclavos durante la Revolución Haitiana.
- [60] En español en el original.
- [61] La revolución ghanesa (1981), liderada por Jerry Rawlings, intentó reformar el Estado y tuvo un éxito parcial, pero muchos la consideraron una decepción.
- [62] Banda del Caribe francófono (Guadalupe y Martinica) que, desde su fundación en los años setenta, revolucionó la música antillana con la creación y difusión del género *zouk*.
- [63] «El libertador» en lengua akan. El título se asocia principalmente a Kwame Nkrumah (1909-1972), padre de la independencia de Ghana y primer presidente del país libre.
- [64] «Habitaciones disponibles» y «Hotel completo».
- [65] Técnica tradicional de teñido de telas que utiliza cera para crear diseños y patrones. Es muy popular en varios países de África y

Asia.

Índice

Tierra mezclada

Solo

Ayissé

La castaña y el frutipán

Variaciones sobre un mismo tema: No woman, no cry

Tierra mezclada

Kakador

Nanna-Ya

Tres mujeres en Manhattan

Mount Shasta (15 000 pies de altura)

Wayang Kulit

Sobre este libro

Sobre Maryse Condé

Créditos

Notas